

DANIEL BELMAR

ROBLE HUACHO



EDICIONES CULTURA

SANTIAGO - CHILE

DANIEL BELMAR

ROBLE HUACHO

NOVELA

PROLOGO DE

NICOMEDES GUZMAN

EDICIONES CULTURA

Santiago de Chile

1947

Colección Novelistas Contemporáneos
de América

Director: Nicomedes Guzman

VOLUMEN VII

ROBLE HUACHO

Es propiedad del autor
Inscripción N.º 11767.
Editorial Cultura
Santiago de Chile.

Portada de Roberto Marquez

DANIEL BELMAR O EL HALLAZGO DE UN NUEVO NOVELISTA

HABLANDO DE LA novela chilena y sus características en relación con la novela latinoamericana en general, nos hemos permitido en algunas oportunidades plantear modestamente como problema insoluto por hoy la creación entre nosotros de la obra nacionalmente representativa. Nuestra idea alrededor del problema reside en el hecho concreto impuesto por nuestra conformación geográfica: si lo que pudiéramos llamar la esencia espiritual de la raza conserva en el alma de nuestros hombres sus más específicas virtudes, los caprichos del medio: pampa, desierto, montañas, disímiles ciudades, archipiélagos, sur helado e inhóspito, determinan reacciones humanas de matices diversos, ora grises o verdes, ora violentos o apacibles.

Hay quienes, saturados de tradicionalismo extranjerizante —no sólo en lo económico los imperialismos tienen cooperadores criollos—, reclaman para nuestra América o para Chile un tipo de novela de cartabón,

en que lo psicológico, el análisis de las almas, los sentimientos en lucha, etc., sean los padres o los padrinos exclusivos de los hechos novelescos. El alma humana, arguyen, es única y universal. Pero, las almas, decimos nosotros, viven y discurren ligadas férreamente a un hecho y a una realidad superiores. A este hecho y a esta realidad, se les llama medio. Nosotros no pretendemos polemizar sobre estos asuntos. Declaramos solamente que novelas como "Un perdido", de Eduardo Barrios; "Gente en la Isla", de Rubén Azócar; o "Ránquil" de Reinaldo Lomboy, sin ser propiamente novelas representativas, no podían producirse en otro país que no fuera Chile. Psicológicas, naturalistas, imaginativas, sociales, o lo que fueren, según las clasificaciones acostumbradas, ellas son, por sobre todo, chilenas.

Es el mismo caso de este nuevo escritor que nos honramos en poner hoy en contacto con el público nacional.

No creemos mucho en la eficacia de los prólogos. Los verdaderos talentos se imponen solos. Por esto —y reconociendo el talento de novelador de Daniel Belmar y el emocionado y humano contenido de su "Roble Huacho"— hubiéramos querido evitar la redacción de estas líneas. Más aún, la amistad que nos une al novelista bien pudiera aparecer ante el público como un compromiso de elogio. Sin embargo, como valorizar no es elogiar, y como hacer justicia no es alabar, nos hemos dispuesto a encarar la tarea.

Por otra parte, el caso de "Roble Huacho" nos atrae por la relación que él tiene con nuestras ideas alrededor de la novela chilena. Insistiendo en la im posibilidad de que entre nosotros se produzca la gran novela representativa que tantos esperan —y que otros tantos desprecian antes de que aparezca, en aras

de una pasión decadente y literariamente extranjerizante—, creemos estar en lo cierto al descubrir en “Roble Huacho”, de Belmar, un síntoma revelador y sugestivo.

Novela de un pueblo, de un villorrio, de una pequeña aldea dejada no de la mano de Dios, sino de los poderes públicos, “Roble Huacho” confirma en forma patética y mordaz la necesidad que nuestra novela tiene de seguir un destino de interpretación total de la nacionalidad, al través de lo local de aquí, de allá o acullá. La novela nacional ha vivido de esto: de un ir y venir, entre zona y zona, entre ciudad y ciudad, entre campo, montaña y desierto. De súbito, el chispazo maestro, el látigo que fustiga realidades y sensibilidades, el filón de positiva luz sobre lo que nos pertenece y nos muestre en la desnudez de cuerpo y alma que un pueblo ha menester presenciar para entenderse mejor.

La novela chilena está en el filón preciso. La superación de lo local permitirá aglutinar todos los claroscuros en un solo matorral de luces y sombras, de entre cuyas espesuras se yerga en cuerpo entero el alma de Chile.

La virtud de las grandes novelas reside precisamente en la diferenciación que las caracteriza, en relación con los ambientes que interpretan. Si en lo formal se asemejan en muchos casos, no se puede negar que lo francés sólo se encuentra en la novela francesa, lo ruso en la novela rusa, (obsérvese la violenta diferencia de contenido y aun de forma que existe entre la novela de la Rusia zarista y la novela soviética), lo inglés en la novela inglesa, etc. Así, lo americano sólo se desprende de la novela de nuestros países.

Volviendo a Chile, hemos vivido en lo novelesco

una condena indispensable. Estamos agotando las posibilidades narrativas en lo regional o local. Daniel Belmar, acaso sea el novelista que bate uno de los últimos reductos. El y su novela, —según nuestro criterio, se supone—, son una sorpresa. Y lo entendemos así, sencillamente porque representan una nueva superación de las visiones que teníamos de ciertos ambientes y realidades locales de Chile. No podemos quejarnos de la ausencia de temas novelescos que reflejen la vida nacional de los pequeños pueblos o las mínimas ciudades. Lejos de esto, abunda en nuestra literatura el arte narrativo de provincia, con humanidad, intrigas, problemas y asuntos que les son peculiares.

Daniel Belmar se acerca ahora a nosotros con su "Roble Huacho", que es un girón de tierra y de humanidad desencantadas. Sólo en algunas novelas de Santiago habíamos asistido a un tan amargo espectáculo de vidas esperanzadas pero siempre en derrota, como el que nos presenta Belmar. No es entonces la sorpresa de "Roble Huacho" un hallazgo casual en el transcurrir de la novela chilena. Es una realidad que necesitaba aflorar al conocimiento criollo.

Quienes se han espantado frente a las pocas novelas de bajo fondo metropolitano que poseemos, que no prosigan en su viaje por estas páginas tremantes, por la vida de este pueblo que " palpita —como un corazón lento— por la arteria gris, esclerosada, polvorienta de su única calle".

Nos encontramos en presencia de un novelista no propiamente original —¡cuán difícil es ser original en literatural—, pero nos enfrentamos a un novelador de clase en extremo poderosa, floreciente de vigor, doloroso, melancólico, observador profundo, pa-rejo y sostenido en su estilo.

No falta en "Roble Huacho" la historia natural y humana del amor imposible que existe a lo largo de casi toda la novela chilena. Pero sí, falta —¡por suerte!— lo delectativamente anecdótico. Alrededor de un simple conflicto sentimental, se mueve la vida, con sus llamas plúmbeas, sus angustias, sus verdades viscosas, las intrigas oficiales, el dolor humilde, el fragor gris de las tormentas anónimas.

Nos preguntamos, a ratos, ¿de dónde diablos desenterró Belmar esta colección de vidas rotas y languidecentes?, ¿en qué lugar purgatorio se extiende un sub-poblacho como el que nos descubre el novelista?

Las interrogaciones no quedan en suspenso. Ahí están Pancho Ríos, el boticario romántico; Solveig, la amadora alucinada; el borracho Aliro García, oficial del Registro Civil, con su eterna tenida de huaso; Eva Mardones, la Celestina; Tito Andrade, el empleadito fiscal; Berta, la buenamoza del prostíbulo; René Jorquera, el Rucio Fernández, la opulenta Lentina, el degenerado Pata de Huasca; Genoveva la tortillera, la Ema del Tajo, el Jefe de Estación, la candorosa Armanda, el tenorio Sebastián Elgueta, Alfredo Walter, El Guata Bascur, el indio Cayupi, y otros tantos, seres de carne y hueso, de alma y sangre, y sus pasiones, y sus sentimientos, y sus odios y sus intrigas, para esgrimir las respuestas más humanamente categóricas, rotundas. La flor y nata, los sedimentos y los "conchos" de una pequeña sociedad en lucha, en reconcentradas angustias que, a veces, impulsan a la huida.

Encontrar argumento, el tradicional o secular argumento a esta magnífica novela chilena que es "Roble Huacho", es punto menos que imposible. Pero encontrarle vida es asunto que corresponde a la sen-

sibilidad del lector. Nosotros nos permitimos asegurar que pocas veces nuestra literatura se había emparentado a un mundo más amargamente triste, oscuro y desolado.

Daniel Belmar se incorpora a la literatura nacional con un libro que no es promisor, sino maduro. Recio en la concepción de tipos y caracteres, sin aparecer propiamente como un psicólogo y sin ostentar escarpelos que le acrediten como un cirujano de almas, es un narrador de fuerte cepa naturalista que, a fuerza de contar simplemente, y describir, y fijar gestos y palabras, desentraña vísceras espirituales con singular maestría.

En estos días en que la literatura social busca refuerzos y exige verdaderos fundamentos humanos, Daniel Belmar pasa a ocupar un lugar en la primera línea de nuestros escritores que quieren arrancar de los estratos populares una verdad positiva. Bien sabemos que se le tachará de escritor derrotista. Los que así piensen, que escarben en medio de las desoladas vidas que nos presenta Belmar, y que hallen en sus fondos más turbios la semilla de la esperanza. Que descubran en Solveig, por ejemplo, la dulce y soñadora, la romántica y tierna Solveig, el símbolo de una mejor vida, la superación humana que nos huye cuando no se la persigue con la pasión que ella exige.

En síntesis, Daniel Belmar, fija un ambiente y una humanidad; y fija también una posición literaria. "Roble Huacho" —título simbólico por otra parte— sale ahora a dar una vuelta por Chile contenido en un cúmulo de páginas vigorosas de contenido, y sentimentales y fuertes de forma. En cuanto a esto último, mucho habría que agregar. Mas, sobre los modos expresivos de Daniel Belmar, permítasenos que recurramos a un par de frases suyas: "En un rincón, una

magnífica ortofónica. En otro, el arpa para las remoliendas en grande, junto a la guitarra de grupa poderosa". Esto es: "...la guitarra de grupa poderosa". Basta, a nuestro entender, un solo golpe expresivo de esta fuerza objetiva para suponer que estamos en presencia de un escritor.

Y bien, como el tiempo vale más que los preámbulos, que sea el tiempo, en definitiva, el que apadrine el destino de este "Roble Huacho".

NICOMEDES GUZMAN.

Santiago, diciembre 1º de 1947.

A TI, QUERIDA MENA, A TU
VIDA HEROICA, PURA Y
GENEROSA, DEDICO ESTE
MI PRIMER LIBRO.
TU HERMANO,

DANIEL.

I

NO SOY OTRA cosa que un boticario pobre.
¿Y qué? Me asomo a la única puerta de mi
pequeña farmacia y, antes de cerrarla, me de-
tengo un instante a contemplar la noche profunda y
constelada.

Las estrellas brillan misteriosamente. El aire, seco
y frío, transmite la luminosa vibración titilante. La
obscuridad rueda por el mundo como un río atercio-
pelado y poderoso que inuñdara la tierra bajo sus
ondas de negras transparencias.

De las montañas vecinas desciende, en oleadas
densas, el perfume penetrante de los ulmos en flor.
Las "coigüillas" de una charca próxima, protegidas
por espesas vegetaciones que ocultan el agua estan-
cada, perforan el silencio con agudos estiletos, en un
concierto obstinado y violento.

El aire trae, a ratos, el sordo rumor del riacho cercano; el trémulo y eterno rumor del agua golpeando las piedras del fondo, las obscuras y lustrosas piedras inmovilizadas por el tiempo, pulidas y redondeadas por el fluir constante y sempiterno del agua inmortal.

Un leve resplandor enrojece el cielo, a lo lejos. Es la brasa encendida del Llaima en perpetua erupción, iluminando la nieve de los faldeos con pálidas tonalidades en descenso, hasta dejar como suspendido en la noche el cono refulgente.

Un hálito incontenible de vida en gestación asciende, desde el fondo de la tierra, por sus ocultos respiraderos. Se creyera escuchar el deslizamiento de las raíces bajo la tierra grávida, el tenue murmullo de la savia trepando, por las escalas vivas de los tallos, al encuentro de su magnífico destino de hoja y corola, de pólen y semilla, de aroma y color.

Corren los últimos días de Octubre.

Es la primavera en el sur.

MIRO la noche. Y siento deseos de cantar. Pero el impulso no va más allá de la conciencia; mis labios no alcanzan a modular las palabras; ni siquiera un sonido se produce en ellos. Sin embargo, la melodía se alza en mi mente de extraña manera.

Es como si un perfume olvidado cobrara, de pronto, su mágico encanto; como si una antigua resonancia volviera a vibrar en las fibras temblorosas del corazón.

Palomita blanca... vidalita...
pecho colorado.

Llévale esta carta... vidalita...
a mi bien amado...

Es una vieja canción argentina que en un tiempo lejano oí cantar, en el silencio de las noches, a los arrieros de mi padre durante un viaje que con él hiciera —siendo yo muy niño— por las pampas del vecino país.

No hay rama en el bosque... vidualita...
que florida esté.

Todos son despojos... vidualita...
desde que se fué...

El pasado cubre mis ojos con sus manos de bruma. Vuelvo a ver, velado por la niebla de los años, un polvoriento camino bordeado de ásperos zarzales. Por él cabalga mi padre, mi hermano Tuco, el indio Bernardo.

Ninguno de ellos vive. Un leve estremecimiento de frío me saca bruscamente del ensimismamiento en que me ha sumergido la evocación. Miro la hora en mi viejo reloj.

—¡Diablos... las once ya! Me voy a acostar... mañana tengo que levantarme temprano. El tren parte a las ocho.

Es curioso; cada vez que estoy solo habla mi pensamiento. No sé cuando adquirí esta costumbre que en más de una ocasión ha hecho reír a Lalo, mi ayudante.

Lanzo una última mirada sobre el poblacho en sombras. Al otro lado de la plaza alcanzó a vislumbrar la obscura silueta del convento franciscano. Una luz mortecina tiembla en una de las altas ventanas.

Cierro por dentro la puerta de la botica. Al desaparecer de la calleja la lámina de luz proyectada desde el interior, único signo de vida en la noche aldeana, una soledad sin límites desciende blandamente sobre la tierra adormecida.

Deslizo la lustrosa tranca de roble en las abrazaderas de metal; me golpeo las manos, y al darme vuelta, salta a mi encuentro el pequeño mundo en que voy moliendo lentamente mis días y mi alma.

—Bueno... vamos a ver cuánto se ha vendido hoy... No creo que sea mucho... vino poca gente al pueblo. Y estas malditas letras que me quitan el sueño... Diez... veinte... treinta... ¡carajo!... si siguen así las cosas voy a la quiebra... Es el colmo... ¡apenas treinta y seis pesos...!

Cierro airadamente el cajoncillo del dinero. Brota de su interior un jubiloso tintineo de monedas entrecrocadas alegremente.

Sonrí, no sé por qué.

La brillante luz del foco que cuelga desde el centro del techo, se dispersa sobre la pulida superficie del mostradorcillo y sobre los vidrios de la estantería en que guardo unas cuantas medicinas de patente. Haciendo ángulo con el mostrador, unas bajas mamparas —una de las cuales sirve de puerta— impiden el acceso de los compradores a la tras-botica. Allí, en altos anaqueles que circundan el fondo, he ido guardando frascos polvorientos, atados de yerbas, paquetes de algodón; un universo caprichoso e informe, revuelto, desolado. Frascos, frascos, con sales rojas, blancas, amarillas. Frascos con pomadas, con tinturas, con extractos, de etiquetas descoloridas y chorreadas. Un mundo frío e inmóvil que sólo vive en mi memoria y del que tantas veces he deseado huír.

Me encamino lentamente a un rincón. Y hago girar el interruptor de la luz. Instantáneamente se inicia un roce furtivo, un deslizamiento de ágiles patas de terciopelo corriendo velozmente en la obscuridad. En alguna parte de la estantería ocurre un choque apagado; en seguida, un golpe blando en el piso como de una pelota de trapo que huyera al instante.

“Malditos ratones. Van a terminar por comerme vivo. Y este muchacho que olvidó otra vez armar las trampas”.

En medio de espesas tinieblas busco a tientas el camino de mi alcoba. En la obscuridad percibo, de pronto, intensamente, el olor especioso y penetrante de las yerbas desecadas con que atiendo la demanda de mi clientela campesina, devota de las “meicas” que infestan la localidad.

—“Me queda poca sanguinaria... ¿Qué se habrá hecho el viejo “Matico”?... viejo borracho... Tengo que pedirle otro saco de doradilla... y cachenhuen... Ratones asquerosos... me están comiendo toda la linaza... En fin... ¡qué más da!”

Largo un salvazo. Y me encojo de hombros.

MI alcoba es una pequeña pieza comunicada con la tras-botica y con el patio. Una ventanita de turbios vidrios empavonados, la ilumina suavemente en el día.

Un lecho en forma de diván, un lavabo de fierro, una mesa y su silla, un armario de estudiante, constituyen todo mi menaje. En un rincón, sobre una base de madera, una diminuta caja de fondos luce su promesa de fortuna. En la pared, encima del lecho, una repisa con libros ennoblece la fría desolación de los muros desnudos.

Colgado de una percha, un viejo sombrero roído en la copa por los ratones agrega al conjunto su nota de abandono, de tristeza irremediable.

Tengo por ahí, en una esquina, un par de zapatos de tacos gastados y suelas rotas. Hace tiempo debí tirarlos; pero ahí siguen, inmutables, las largas lenguas de cuero brotando de las oscuras bocas deformes.

Falta aquí, naturalmente, una mano femenina

que sacuda el polvo, que aviente colillas y telarañas, que cosa el botón esquivo, el ojal desgarrado. Pero...

—“¿Cómo diablos voy a mantener una mujer si apenas gano para sustentarme solo?... Además, las muchachas de este pueblo arrancan de mí... Es mi fama de borracho y comunista... No voy a misa. Si la gente supiera las “curaderas” que me he pegado en el convento con el padre Esteban... ¡ayayay!... ¡estamos jodidos, Panchito!

Escucho un momento. Sonríe al percibir los sonoros ronquidos de Lalo. Duerme en un compartimento vecino, comunicado con mi pieza y con la calle.

—“Mi pobre “güefñi”,... acepta su mísera paga sin protestas... ¿cuándo pasará esta maldita crisis?... Hace ya dos años que no me compro ni una camisa. Todos los centavos se van en pagar y pagar... En fin, ya estoy saliendo de mis deudas... pero no puedo reponer mi surtido... nadie me fía. Mi farmacia ya está mostrando el esqueleto. Tengo que hacer milagros para tapar los huecos y aparentar lo que está muy lejos de ser mi pasable situación... La gente no tiene ni para comer... menos aún para comprar remedios... se mejoran solos... o mueren, simplemente. ¡Estoy frito!...

Me despojo vivamente del vestón. Lo lanzo, iracundo, sobre el lecho. Me arremango lentamente los brazos de la camisa; cargo con parsimonia mi vieja pipa de nogal, la fiel compañera de mis noches solitarias, con el áspero tabaco que fumo. Elijo un libro al azar.

Mientras vacío en una copa el escaso contenido de una botella de coñac, que extraigo —como un tesoro— de la caja de fondos, siento un ronco ladrido cercano. A continuación, furtivos pasos precipitados. Luego, en la puerta de la farmacia alguien golpea apresuradamente.

—¿QUIEN es?...

Contesta una voz desfallecida.

—Soy yo, Panchito... Yo...: Aliro García... ¡ay... me acaban de tajar...! Abre pronto, hermanito... me voy en sangre... ¡ay!...

Desatranco la puerta con celeridad. En el hueco iluminado, destacándose sobre el oscuro fondo de la noche, surge el alegre rostro de ratón de Aliro García.

La risa lo sacude; por algunos momentos no le permite hablar.

—Yo soy el herido, Panchito... ¡Y aquí está la sangre!

Alzando el brazo muestra una gran jarra llena de vino.

—¡Ja... ja... ja...! Mándate un trago mientras tanto.

Me cruzo de brazos. Lo miro con falsa severidad.

—¡La gran pucha!... ..No imaginas qué susto me has dado, garrapata... Y ¿qué andas haciendo a estas horas?...

—Te vengo a buscar. Mejor dicho, me mandaron a buscarte. Pero... bebe, pues, viejo... No es nada de malo este tintito.

Cojo con ambas manos la jarra que me tiende mi amigo. Me estabilizo, abriéndome de piernas, y alzo el tiesto echando la cabeza hacia atrás. Bebo. El vino regurgita alegremente... uno... dos... tres grandes sorbos hasta que el líquido, rebalsando las comisuras, me corre en dos delgados y oscuros hilillos hacia el mentón.

No puedo reprimir un estremecimiento. Con una mano devuelvo la jarra, y, mientras me limpio el rostro con el dorso de la otra, Aliro García repite la maniobra, haciendo chasquear los labios.

—Bueno, pues. Ponte la chaqueta... aquí te espero... ¿Te acuerdas de la Adriana?... llegó esta

tarde, y quiere verte. Está en casa de la Eva, por supuesto... Me rogó que viniera a buscarte. Con Tito Andrade y René Jorquera tenemos una poncherita para alargar la noche... también está el "rucio" Fernández...

Aliro García nota mi vacilación; insiste.

—...No me digas nada. Sabemos que eres un bebedor solitario, que no te gusta la remolienda... Pero acompáñanos ahora... La Adriana quiere escuchar otra vez tus canciones y tus versos... además, estaremos solos... Vamos, viejito... no digas que no...

Una sombra cruza por mi mente. Suelto el pensamiento.

La Adriana,... me acuerdo de ella. ¡Cómo pasa el tiempo...! Era una prostituta jovencita de la que casi me enamoro. Un día cualquiera se marchó sin decirme nada. Tal vez la aburrieron mis versos.

Aliro García espera ansioso mi respuesta. Lo miro en silencio.

—Bueno, vamos allá. Tengo muy poco dinero... pero no importa. Todo me parece bien, ahora... Entra un momento. A cambio de tu apestoso tinto, tomarás un "Tres Palos" de añeja virtud... como la de la señorita Laura... ¿eh?

—¿Cognac?... No, mi hijito... muchas gracias... tinto no 'más.

Y vuelve a incursionar, largamente, por la panzuda jarra.

—¡Bárbaro!... ..Bueno, vamos andando. Se fué al diablo mi viaje de mañana... En fin... este otro domingo iré a visitar a mi madre.

ALIRO García es el oficial del Registro Civil en el poblacho. Marcha a mi lado, vivaz y gesticulante; embutido en su sempiterna tenida de huaso: corta chaquetilla de gabardina constelada de botones; pantalones estrechados en los tobillos; botines de "un

tiro", de altos tacones; faja colorada en la cintura; cordobés plomo ladeado sobre la ceja.

Nunca se le ha visto montado. El "rucio" Fernández ha dicho una vez, en su presencia:

—El único caballo que monta Aliro es la Laura Martínez.

Fué el primero en celebrar la salida.

ES corto el camino hasta la casa de la Eva; dos cuadras a lo más. A pesar del sigilo con que caminamos, vamos dejando detrás un rastro de perros despertados, una huella de iracundos ladridos resonando en la noche.

Un agrio rencor me aprieta los nervios. Digo sin pensar:

—Pueblo de perros... desde el juez para abajo. Palabra que dan ganas de rociar estricnina y no dejar uno vivo.

Aliro salta:

—¡Pshss...! ...¿y mi perdiguero?... Envenena si quieres a esos que no ladran... éstos son los peligrosos... Pero a mi hermano Simbad... eso sí que no... ¡eh!... ya estamos.

Nuestras furtivas siluetas se desvanecen en la sombra espesa y siniestra que proyecta la vieja casona, alta construcción destartalada cuyos dos pisos cobijan el "negocio" de doña Eva Mardones, la gorda y alegre proxeneta. Abajo, en el primer piso, el salón. Arriba, las horrendas alcobas de prostíbulo pobre.

Aliro García empuja suavemente la puerta entornada que se abre en silencio. Entramos. Aliro cierra la puerta, atracándola por dentro. Desde el fondo del oscuro y largo pasillo viene el apagado murmullo de una animada conversación.

—BUENAS noches.

—Buenas noches.

—Qué hubo, Pancho Ríos... adelante.

—Buenas noches... buenas noches...

—¡Oh, Panchito... qué ganas tenía de volver a verte!... ..No me mires así... estuve muy enferma... ahora ya me siento mejor... Por favor, no me compadezcas. Quiero que me trates como antes... perdóname... me fui tan estúpidamente...

Dos brazos ansiosos rodean mi cuello. Siento junto a mi mejilla el contacto ardiente de un rostro febril y humedecido. Oigo como un susurro la voz de la mujer levemente enronquecida.

Me aparto ligeramente. Cojo con mis dos manos el vértice de los estrechos y delgados hombros que tiemblan convulsos. Dos brillantes ojos alucinados me contemplan fijamente.

—No, pequeña... no te martirices. Estaba escrito... Además, te encuentro lo mismo que antes... tal vez un poquito más delgada...

Vacilo un momento.

—...pero así estás mejor... más interesante... pareces un junco... ¿no es cierto?

Los demás asienten con aire de complicidad.

El salón es una vasta cuadra de muros encalados y cielo raso oscuro. Del centro del techo pende una lámpara de varias luces que multiplican sus destellos en dos grandes espejos, el dorado de cuyos marcos casi ha desaparecido bajo las cagarrutas de las moscas.

En un rincón, una magnífica ortofónica. En otro, el arpa para las remoliendas en grande, junto a la guitarra de grupa poderosa.

Adosados a las murallas, viejos sillones de raída felpa que en un tiempo fuera roja, muestran aquí y allá repugnantes lamparones, manchas de vino o grasa, profundos tajos zurcidos a la diablo, recuerdos

tal vez de espuelas eufóricas o quien sabe de qué turbias peleas.

En un ángulo propicio, la cantina. Detrás del mesón cubierto de copas, se afana doña Eva agitando con sus rollizos brazos una gran ponchera de vino con duraznos. Aliro García, pese a las fingidas protestas de la adiposa hembra, palmorea suavemente las gruesas nalgas que no dejan de temblar.

De alguna parte llega olor a comida recalentada. Y un sonido fugaz de cucharas chocando contra platos.

En el centro del aposento, un gran brasero encendido atempera el frío de la noche.

Acodado en el mesón, Tito Andrade fuma, imperturbable. Junto a él, Berta, la buenamoza de la casa, ligeramente beoda, canturrea una cancioncilla.

René Jorquera permanece sentado en uno de los brazos del sillón del cual se levantara Adriana para saludarme. El "rucio" Fernández, arrellanado en el desvencijado sofá del frente, contempla con irónica curiosidad el descomunal lunar cubierto de tupido y negro vello que la opulenta Leontina —sentada sin ceremonias sobre las rodillas del muchacho— ostenta como una condecoración sobre la floja pulpa de uno de los muslos.

Todo es viejo, sucio, mezquino. Un ambiente frío, triste, muerde la pobre alegría de mis amigos. Hemos rodado hasta el fondo de la vida. En vez del lugar a que aspirábamos —creyendo merecerlo— un destino ciego nos arrebató nuestros sueños, hundiendo nuestra juventud en la desolación y el desencanto. Ellos tal vez pueden irse. Yo..., no sé. Acaso rueden aquí todos mis años, derrumbándome como esta vieja casa de tristes rameras, sintiendo el corazón devorado por feroces polillas.

Miro un espejo; devuelve mis rasgos, desvaídos, como un viejo retrato borrado por el tiempo.

TITO Andrade es empleado fiscal; trabaja en la reparación de los caminos. René Jorquera y Manuel Fernández dirigen la sucursal de la Caja de Ahorros del poblacho. Los tres tienen conmigo un pasado común, un vínculo fraterno que se remonta a los lejanos años infantiles. Hicimos juntos los primeros cursos en el Liceo de Temuco, el viejo Liceo desaparecido en un incendio y que a menudo evocamos con liviana nostalgia.

La vida nos aventó, después, por caminos dispersos. Flotamos por acá y por allá —en las alturas y en las charcas— como las semillas de los cardos, traídas y llevadas por el viento, hasta caer en el surco propicio, o morir.

Durante mucho tiempo ignoramos mutuamente nuestros destinos. Hasta el recuerdo de los rostros quedó sumergido en ese oscuro rincón de la memoria que almacena lo olvidado y que de pronto abre, como una caja de sorpresas, la ventana del tiempo perdido.

Ahora la suerte nos ha vuelto a juntar en este pequeño pueblo de la antigua frontera mapuche, sin que el escepticismo de los tiempos que corren —avivado por la más intensa de las crisis financieras que soportara el país— nos impida resucitar el cariño de una infancia revivida. Sin esfuerzo alguno, como algo natural, nos hemos entregado al goce de una amistad simple, pura, levemente irónica.

La permanencia de mis amigos en el poblacho se halla condicionada por voluntades extrañas. Una disposición inesperada puede alejarlos cualquier día, llevarlos a otros ambientes, cortar bruscamente el nudo afectuoso y tierno que remolca mi soledad. Y que me defiende de la torpe hostilidad de los caciquillos del lugar.

René Jorquera es un magnífico muchacho, tranquilo y taciturno. Dotado de un vigor físico excepcio-

nal, heredado de la madre vasca, impone su prestancia sin alarde. Bohemio hasta la médula, bebe su vino "por la mujer que amamos y que nunca conoceremos".

Manuel Fernández luce una brillante y aplastada melena de pelo de choclo. Vive con su madre y René Jorquera en una modesta casita del poblacho. Sometidos a todas las privaciones a que los condena un empleo de mínima cuantía, jamás hablan del futuro. Viven nada más, vegetando en la oficina amenazada de cierre por la escasez de movimiento, esperando el ascenso o el traslado que mejore su condición.

Tito Andrade es un vividor jovial y mujeriego. Cuando viene al pueblo come en el Hotel y duerme en casa de la Eva. Se le ha creído agente confidencial, y se le teme. Pero entre nosotros "descuera" a los milicos encaramados en el poder y que, según ha dicho, han desorbitado la administración civil y hundido el país en la bancarrota y la miseria.

Aliro García es un amigo ocasional. Es un hombre de pasado obscuro y misterioso. Nos busca constantemente. Parece que lo atrae la libertad de nuestras actitudes.

EL ponche, servido por Aliro García, circula profusamente. Una leve euforia, una suerte de exaltación del sentimiento, una sutil y placentera lluvia de alegría derramando sus aguas en el fino redaje de las venas, subiendo hasta el cerebro como una marea invisible y poderosa, pronto me envuelven en sus cendales impalpables.

No pienso en nada; me deslizo plácidamente hacia el olvido. Sentado en un sillón contemplo a mis amigos que bailan; la musiquilla de la ortofónica resuena en mis oídos como si estuviera distante, filtrada por el tamiz de la ligera embriaguez, idealizada, lejana.

Y sin embargo, aun estoy triste. Miro las manos de la prostituta sentada en mis rodillas, unas manos

delgadas, de finos dedos pálidos; estas manos transparentes que en otro tiempo amé tal vez, y que hoy sólo me causan una piedad profunda.

Una ronda de ponche suspende el baile.

Todos se sientan; la conversación languidece; se reanuda en voz baja; hablamos de cosas sin importancia. Sólo Berta quiebra la medida, de rato en rato, con una risa corta y falsa, sujetando las manos de Tito Andrade empeñado en subirle las faldas.

Acuden a mi memoria unos viejos versos.

Te alzas

**de un ignorado acervo de recuerdos,
espiral luminosa y perfumada
de silencios...**

**Viajas de nuevo por la tierra triste
de mis cantares y mis sueños...**

**Y tu sombra liviana y transparente,
nuevamente acaricia mis deseos...**

Apoyada en mi hombro la Adriana llora, dulcemente, escuchando el poema que le susurro en el oído. Sin darme cuenta, elevo la voz que suena grave y profunda, llena de melancolía.

**Vuelves... Ahora como entonces
los brazos del ansia te tiendo...**

**Como un árbol amargo y desgreado
por las alas del viento...**

—¡Bravo...! ...¿son tuyos estos versos?

—¡Oh... no, René!... Me hubiera gustado escribirlos... Pertenecen a un compañero de la Universidad cuyo nombre ya he olvidado... La Universidad... ¡qué lejos está todo éso!... Pero, ¿qué diablos les pasa?... ¿por qué están todos en silencio?... sirve

otro trago, Aliro... dame coñac ahora...

—¿Coñac?

—¡Claro!... ¿por qué no?

—Es raro... ¿no?...

El "rucio" Fernández desliza una mano bajo el escote de la ramera, palpando los grandes senos marchitos.

—...¿No te parece raro, Leontina, que cada vez que traemos a este maldito Pancho Ríos no podemos remoler?... No sé qué diablos me pasa... me pongo triste... me acuerdo de tantas cosas... de la chinita que dejé en Chiloé... Y esta vieja lechuza sentimental es el culpable.

Tito Andrade cuelga la mirada en un rincón del techo constelado de telarañas.

—Es esta vida perra, carajo...

Y levanta el puño como si fuera a golpear un enemigo invisible. Pero el ademán se esfuma en el aire; y ríe con su fresca risa optimista.

—...¡Por la puta!

El "rucio" Fernández reprocha:

—No seas "roto"... ¿de qué te quejas?... Tienes un buen sueldo... viáticos... y nadie a quien ayudar... En cambio yo... mi madre todo el tiempo enferma... Y todavía estoy devolviendo el dinero que entregué de más a ese maricón desgraciado...

RECUERDO la tarde aquélla, seis meses atrás, cuando el "rucio" llegó a mi farmacia convertido en la enseña viva de la desesperación. Era un fin de mes. Desde la mañana el "rucio" estuvo pagando los cheques de los sueldos fiscales de la comuna. Por la tarde, al hacer el arqueo de su caja, le faltaron mil quinientos pesos. Ni siquiera informó a René Jorquera, su jefe inmediato. Corrió, desalado, en mi busca.

Entró en la farmacia, temblando, pálido, los labios secos.

Durante largo rato manoteó, increpó, juró como un condenado, hasta vaciar la tortura que lo hería adentro. Estaba seguro de haber entregado el dinero faltante a "don" José del Carmen España, director de la escuela de hombres de Pichi-Lleuque, un cincuentón relamido y repugnante, grueso, flácido, de mejillas rojas y grandes bolsas bajo los ojos, oliendo eternamente a perfume barato, y de quien se contaban extrañas historias con los jornaleros de la estación.

—Pero... ¿tienes alguna prueba concreta para afirmar esta acusación?

—Prueba concreta, no... Pero hubieras visto la mirada que me lanzó cuando contaba los billetes... una mirada rápida, furtiva, preñada de codicia... un atisbo talmado... repelente... No hallo qué hacer. Si no reintegro el dinero me van a echar de la oficina... y mi pobre vieja se va a joder.

Miré al "ruclo" con piedad. Le aconsejé que se entrevistara personalmente con el director. Pichi-Lleuque distaba sólo diez kilómetros. En un buen caballo demoraría una hora, a lo más, en ir y volver.

El "ruclo" regresó cuando anocheceía, abatido y furibundo a la vez. Con la más viscosa de sus sonrisas el director negó suavemente haber recibido un centavo más de lo que correspondiera al monto de su sueldo.

¿Qué hacer para salvar al "ruclo"? ¿A quién recurrir? Yo no tenía un solo peso. Un nombre acudió súbitamente a mis labios:

—Don Casimiro... Es el único que te puede ayudar. Vamos a hablar con él... ¿cuánto podrías devolver mensualmente?

—Pss... Cien pesos a lo más... ¿sabes cuánto gano?... Apenas trescientos noventa pesos, con los descuentos... ¡Maricón desgraciado... quizás qué privaciones voy a tener que sufrir por su culpa!...

Don Casimiro, un español taciturno, diminuto, cenceño, que vivía solitario en las afueras del pueblo, con una ama vieja, sus canarios y sus perros, escuchó bondadosamente el relato del "rucio". Sin decir palabra, sacó un fajo de billetes de una caja de fondos. Separó, con dedos lentos, la suma perdida.

—Aquí tiene, mi amigo... Me lo devolverá en la forma que pueda; no... no... Váyase tranquilo. En esta vida debemos ayudarnos unos a otros... sin egoísmos... como hermanos...

TITO Andrade sigue fumando sin soltar la cintura de la Berta. Habla pausadamente, como si monologara:

—Sí... No digo que no... Pero estoy en el aire. En dos o tres semanas más me llevan a la provincia de Malleco... Los fondos para los caminos de Cautín se están agotando... Y los trabajadores... Pobre gente... No sé qué irá a ser de ellos... Tal vez vuelvan a las ciudades, a morir hacinados en los albergues, comidos por los piojos... Es una cosa triste... 1930... ¡qué año apocalíptico!

Se produce una especie de vacío. Flota en el aire un silencio obscuro. Una gran mariposa nocturna choca a cada instante contra las bugías mosqueadas. Aliro García, embriagado, dormita, cabeceando; el sueño lo empuja hacia adelante, en bruscos desplomes. Abre, entonces, los ojos asombrados. Y sonríe. Y vuelve a adormilarse.

Tito Andrade empuja a la Berta, quietamente. La pareja se escabulle por el obscuro pasillo. Siento el crugido de los peldaños que conducen al piso alto. Luego, tras un breve silencio, un sommier chirría agriamente.

Vamos en la segunda ponchera. Apenas estoy un

poco mareado; no he podido embriagarme. Siento la cabeza pesada. Bostezo.

¡TAC... tac... tac...!

—¿Quién será? Anda a ver, Leontina.

—Voy, señora.

Al momento está de regreso.

—Es el “Patas de Huasca”... parece que viene borracho... ¿le abro?

Doña Eva nos mira. Nadie dice nada.

—Bueno... ábrele.

Y como disculpándose:

—Si no... me echa la puerta abajo.

Se hace un silencio hostil.

TAMBALEANDO, entra Ricardo Cuevas, congestionado, sudoroso, turbios los ojos por la borrachera. Rebelde mechón cáele sobre una ceja. Estruja en una mano el abollado sombrero cubierto de tierra.

Debe el apodo a las largas y flojas piernas que dan la impresión de brotarle desde el pecho.

Logra abarcar con gran esfuerzo, extraviada la mirada, el grupo de asistentes.

—Qué hubo... Eva.

—Qué dice, don Ricardo... ¿qué quiere que le sirva?

El borracho alcanza a ver las copas, semi vacías, en el mesón. Atisba su contenido, torvamente.

—Sírveme... ponche...

—Es que... la ponchera es de estos caballeros... ¿le sirvo otra cosita?...

—¡Ah!... ¡claro!... ¡Qué voy a ser caballero yo!... ...¡qué voy a serlo yo!...

René Jorquera saca con ostentación un gran pu-

fielo y se suena ruidosamente. El borracho se sobresalta; parece haber chocado contra un muro. Se bate en retirada.

—Bueno... dame una "pilsen".

El hipo lo sacude desde el ombligo. Se apoya de bruces en el mesón. Las copas tintinean. Desdeñando el vaso que le tienden, "Patas de Huasca" empina la botella de cerveza, vaciándola de un largo trago. Mientras bebe, la abultada nuez baila rítmicamente.

—Hip... ¿Cuánto te debo?

—Este... son dos pesos, no más.

El borracho empieza una laboriosa búsqueda tras las monedas esquivas. Mete los torpes dedos en los bolsillos del chaleco; los saca arrastrando los forros; cae una goma de borrar que desaparece, dando botes, bajo el mesón. Ni en la chaqueta ni en los pantalones encuentra el dinero. Vuelve a meter los dedos, tras infinitos esfuerzos, en el chaleco, refunfuñando. De rato en rato lanza aviesas miradas a su alrededor.

Las hembras miran, divertidas, las maniobras del borracho. Mis amigos callan, hoscos, duros.

"Patas de Huasca" encuentra por fin las monedas. Paga y sale, tropezando, perdido el entendimiento en las espesas brumas de una embriaguez definitiva.

—ME comían las manos por "casarle" a esta basura... fornicador de gallinas.

—¿Eh?

—¿Cómo?

—¡No digas!... A ver... cuenta.

—Pero... ¿acaso no lo sabes?

El "rucio" Fernández se acerca a René Jorquera.

—...La señora Meche, dueña de la pensión en que vivió "Patas de Huasca" antes de su matrimonio con la desgraciada que hoy es su mujer, le contó a

mi madre que este bellaco le mataba las gallinas... así... bueno... penetrándolas.

—¡Qué bruto!...

—¡Increíble!...

—...La pobre señora se hacía cruces cada vez que encontraba una gallina muerta. Al abrirlas, todas presentaban el mismo aspecto... como si dijéramos... este... "hemorragia interna"...

—Je... je... je...

Dofía Eva interviene:

—El día antes de casarse, sus amigotes le dieron una comida en el Hotel... Vinieron aquí, después... todos "curados"... "Patatas de Huasca" se quedó con la María "Pichicho"... ¿se acuerdan de ella? ...¡el muy chanco!... Se puede decir que el mismo día de su matrimonio... Lástima de su señora.. tan joven-cita... y es una mártir, la pobre...

DE repente, cercano, resuena el vibrante canto de un gallo. Como si fuera una señal, un reguero de clarinazos se va perdiendo a la distancia.

Por una ventanuca de vidrios empañados, se insinúa la claridad indecisa, levemente azulada, del amanecer.

La luz de la sala es cada vez más pálida. Tengo deseos de retirarme. Brota un bostezo aquí y allá; hay un gesto de cansancio, de hastío, en los rostros ajados.

Despertamos a Alíro García que duerme en un sillón. Pagamos el consumo a prorrata.

La Adriana se oprime contra mi brazo. No me quiere soltar. Ruega humildemente:

—Por favor... no te vayas, Panchito. Quédate conmigo... no seas malo.

Miro a la hembra marchita con honda piedad. Los labios exangües, las grandes ojeras violáceas, destruyen todo deseo. Además, siempre he creído una quimera la resurrección de los amores destruidos. Es

imposible regresar al pasado; no se podría vivir, tal vez.

Trato de evadirme sin lastimar la cariñosa oferta:

—No, pequeña... ahora no. Otro día... Es necesario que te cuides; ya tienes bastante con esta trashedada... No vale la pena que te desgastes más... Te conviene descansar...

Miro a mis amigos.

—¿Nos vamos?... Bueno..., ¡hasta otra vez!

—No se pierdan, pues... Tienen su casa.

AFUERA, un manto translúcido de escarcha embellece la tierra. Los hierbajos brotados al amparo de las viejas cercas parecen cristalizados en una envoltura de azúcar. Las soleras de las veredas destacan su fino rastro de vidrio esmerilado. Una sutil neblina agita sus cendales levemente rosados por un sol que asciende, anunciando su esplendor desde detrás del horizonte.

II

LA VIDA DEL pueblo palpita —como un corazón lento— por la arteria gris, esclerosada, polvorienta, de su única calle.

La sensación de quietud, de inmovilidad permanente, de algo definitivamente paralizado que la calle produce, se neutraliza con la ruda vitalidad del río que la flanquea por un lado, con sus aguas corriendo eternamente hacia lejano destino, el mar.

Salta, corre el agua, empujándose, con prisa, ansiosa de llegar; venciendo las piedras; olvidándose a veces en ciertas raíces, en ciertas oscuras raíces desconocidas y misteriosas.

Por el otro lado, la línea del ferrocarril entrega su promesa de viaje, de traslado físico hacia lejanos lugares, hacia distantes ciudades ignoradas en que viven hombres felices, donde hermosas mujeres alivianan la vida y su tormento inexplicable.

Pero ahí sigue la calle.

Y permanece, tendida en el tiempo como una hue-
lla ciega y sin color; como una leve grieta cruzando el
rostro del tiempo, el rostro de piedra de los años caí-
dos para siempre.

HACE ya mucho, antes que la crisis asomara su
careta trágica sobre los campos ubérrimos, cada ma-
drugada volcaba sobre el pueblo un desfile intermina-
ble de carretas fleteras.

Construída con dos sólidos guiones unidos en án-
gulo agudo para aprovecharlo como pértiga, gravi-
tando sobre chillonas ruedas talladas a hacha en un
tronco propicio, la carreta transportaba su dura carga
de maderos y tablones.

Así iba la montaña al encuentro del hombre, san-
grando por el corazón de sus rojos pellines, de sus pá-
lidos laureles olorosos. Rezumando una savia que no
terminaba de morir, y se escurría hacia el polvo de los
caminos en recias lágrimas heroicas, a través de los
cerrados párpados de los blancos avellanos, de los dul-
ces mañíos, de los rosados raulies, cuyas hermosas ve-
tas habrían de maravillar los ojos de quien sabe qué
gentes en quien sabe qué lugares.

Delante de la carreta, el carretero, enhiesto, tran-
quilo, polvoroso; hiriendo con la "picana" cruel el
flanco de los lerdos bueyes inmutables, de húmedos
hocicos rumiadores que hilaban una baba cansina.

De una "barandilla" colgada el tarro con grasa de
pino para lubricar los ejes chirriantes; de otra, la bol-
sa con harina tostada para "hacer la mañana".

Detrás trotaba el perro, cansado, melancólico,
vencido; fuera la roja lengua acezante; gachas las
orejas; llenas de cascarria y de mugre las largas lanas
colgantes.

CAIDA la tarde regresaba el carretero, trepado en la carreta vacía, junto a su perro, cantando; con las alforjas repletas a cambio del dinero ganado en la jornada, para el dulce goce de los padres ancianos o de la callada mujer que esperaban allá en la choza lejana.

Era la vida. Y su pequeña felicidad intrascendente.

HOY, en la calle solitaria sólo se ven escasos callejeros amarrados a la puerta de los magros negocios.

Las rudas carretas fleteras de otro tiempo han desaparecido. Tal vez pudren sus maderas inútiles junto a la humedad de los aserraderos paralizados, sumergidas en la hierba que las va cubriendo poco a poco, al lado de las "canchas" atiborradas de troncos derribados y cuarteados, hundidos, socavados por voraces polillas, desmenuzados por la lima del tiempo que destruye sin piedad todo humano anhelo; escuchando ahora —como en otro tiempo el ronco canto de los carreteros en la tarde— el sordo chirrido de los grillos agoreros.

No se sabe qué dioses implacables han devorado, en las lejanas ciudades donde se dicta la suerte de los hombres, la realidad tangible, segura y cariñosa de las dulces monedas con que las gentes compran su derecho a vivir.

Es inútil trabajar, allá en la espesura, la laboriosa "percha" de carbón, velando día y noche para que no se queme. Inútil labrar, en el corazón de la montaña silenciosa, el celoso durmiente de medidas exactas, el bermejo durmiente de pellín que se defiende del hacha agresiva apretando el redaje de sus venas invisibles e impenetrables.

Es inútil todo esfuerzo. En el poblacho nadie compra nada. No hay dinero.

Es la crisis, y su angustia irremediable golpeando el corazón del hombre indefenso.

EN las afueras del pueblo, más allá del puente que cruza el río, solitario sobre una eminencia, el retén de carabineros domina el caserío como un centinela adusto y amenazante.

Frente a él, dando forma al callejón por donde el campo entra libremente en el pueblo, se alza un ruinoso tendido de informes viviendas, terrosas, oscuras, miserables. Con ligeras variantes, todas son iguales: sin ventanas, los muros roídos por el tiempo, de podridas maderas desajustadas formando anchas grietas por donde se cuele el frío y la lluvia, el viento y el polvo, el invierno y el desamparó.

Ocho o diez familias viven allí. Forman una población horrenda, una sociedad de harapos y de hambre, piojosa, comida por la sarna y la miseria. Temerosa, olvidada.

Los hombres, taciturnos y huraños, no hacen nada. Hace ya muchos meses que no ven una moneda. No hay trabajo; es inútil buscarlo, ni por la comida.

A principios de invierno, el gobierno inició un plan de construcción de caminos. El júbilo de volver a sentir en las duras manos callosas el contacto familiar de palas y picotas; de empapar —otra vez— con esfuerzo y sudor el ripio de las canteras; de partir, cantando, las azules piedras cuarzosas, se esfumó como la bruma cuando se supo que se emplearía exclusivamente en esta labor a los cesantes de las salitreras traídos al sur el año anterior.

Había que desparramar —sal a puñados— esa turba andrajosa, informe y molesta, que en las ciudades

amenazaba el prestigio del gobierno y la tranquilidad de los ricos con la piojería de los albergues y el pánico del exantemático, aunque murieran como perros, tirados en las cunetas, abrazados para siempre a la tierra ingrata que los rechazaba de todas partes.

Y ahí siguen los hombres del poblacho, inactivos, silenciosos desgraciados.

Las mujerucas, iracundas y rebeldes, desahogan la amarga pesadumbre de su miseria en los lomos esquivos de la chiquillería gritona, siempre famélica; la chiquillería espantable, de grandes cabezas hírsutas y vientres hinchados, saltando, para evitar los coscorrones, sobre casposas piernas de alambre y gruesas rodillas raquílicas.

¿Cómo se mantiene esa gente? No es posible que puedan sobrevivir con la media docena de papas y el puñado de "locro" que reciben diariamente en las ollas del pobre.

Tal vez comen raíces, o hierbas. Quien sabe si tierra.

Arriba, el cielo azul, inconmovible. Bandadas de patos salvajes rayan las tardes con su flecha alada.

Abajo, el río murmura su sorda queja, mientras el sol-dora la tierra, indiferente a la tristeza sobrehumana del hombre que desea morir.

LA chiquillería pasa la mayor parte del tiempo en el río. Algunos, los mayores, pescan, sentados en las barreras del puente, bajo la mirada despreciativa de los carabineros. Es una labor divertida pero infructuosa. El río apenas tiene, en esta parte, una braza de profundidad; el lecho, sembrado de piedras, ofrece una tenaz resistencia al impetuoso descenso del agua. Y la hace hervir, formando una espuma cabrilleante, metálica, de estaño fragmentado, que aleja a los peces.

Brillantes los ojos, tensos los nervios por la espera, los rapaces atisban el frágil anzuelito que allá abajo tiembla al impulso del agua hervidora.

Es inútil; no pica el salmón. Los muchachos deciden suspender la pesca después de muchas horas de inmovilidad. Arrollan cuidadosamente la delgada soguilla en la cañuela de colihue, y tiran al río el cebo inservible: un grueso nudo de lombirces ciegas y contorsionantes.

Poco tardan los pescadores sin fortuna en incorporarse a la pandilla reidora y bulliciosa que se persigue a pedradas por las riberas cubiertas de grandes piedras acogedoras, en donde la defensa es fácil y segura.

Infancia haraposa y hambreada; y sin embargo, infancia. Por encima de ella resbala la vida miserable sin hincar su garra de amargura que, sólo más tarde, en las lindes de la pubertad, cobra su profundo y desolado sentido.

Infancia soñadora y alegre en que los días van acumulando, silenciosamente, su ceniza invisible e imponderable. Dulce país de magia y de milagro, perdido en el tiempo, lejano, inalcanzable; hacia donde alguna vez torna el hombre los ojos angustiados, pero hacia donde todo regreso es imposible.

Agua... infancia... y sol...

III

EN LA ULTIMA casa del callejón, exactamente al frente de las pesebreras del retén, transcurre la vida y la pasión de Genoveva "la Tortillera". Aún cuando hace ya tiempo que abandonó la venta de las tortillas, todo el pueblo la conoce por el mote.

Tiene cinco hijos: dos muchachitas crecidas y tres rapaces pequeños, cada uno de distinto y desconocido padre. Es posible que ni la propia mujer sea capaz de ubicar cada progenitor entre el mocerío que, en las tardes, de regreso a la montaña, dejara las últimas monedas de los fletes en las manos ávidas de loba en celo.

Ahora Genoveva se retuerce en el lecho ,agrio y amargo; de sus furtivos amores. Pero no es el goce del acoplamiento el que la sacude y la estremece.

No.

Es dolor.

Genoveva "la Tortillera" está alumbrando.

Dos o tres mujeres se afanan en torno a la enferma, haciendo resonar las chancletas sobre el desnudo pavimento de tierra apisonada.

Una sola pieza constituye la vivienda. En los oscuros rincones, separados por increíbles tabiques de sacos rotos, los dos camastros en que duermen los chiquillos ocupan todo el espacio disponible. Son camastros de pobre, sin colchones ni plumas, con negras sábanas por las que desfilan los años sin que el agua y el jabón agiten sobre ellas sus manos de espuma y de frescura.

Ahí no hay nada. Ni jarros, ni cucharas, ni muebles. Nada, sino lo indispensable para no morir: un techo para cubrir la desventura; un jergón de "pellejos" para volcar, como sacos de inmundicias, los trémulos cuerpos ateridos.

Afuera, el sol de la tarde gasta sus oros dadivosos, a manos llenas, derramando sobre la tierra soñolienta su marea de espigas luminosas.

Adentro, una penumbra asaetada por flechas trémulas en que cabalga, cabrilleante, el polvillo del aire, destaca violento contraste con el exterior en llamas. Un rayo de luz cae, desde un agujero del techo, sobre la cabellera de la hembra doliente, iluminando, a ratos, un rostro febril y sudoroso, de pómulos brillantes y cárdenos.

Las inquietas manos de la mujer suben y bajan unas sábanas terrosas que dibujan, como dunas movedizas, el vientre grávido y deforme, hinchado, sacudido por el hijo lento que no quiere nacer.

Una vejaruca desdentada, de lacios mechones blancos y rostro impasible cruzado por infinitas arrugas que van a morir entre los labios sumidos, fuma un "puchito" moribundo que traslada a cada momento, pegado a la lengua, de una a otra comisura.

Genoveva "la Tortillera" grita en la tarde como un animal herido. Hace dos días y dos noches que el hijo enrumbó hacia la vida, pero una mano misteriosa lo retiene allá en el fondo de los sacos maternos.

El dolor crisca y retuerce a la desgraciada. Se aferra con las dos pálidas manos a la sogá que cuelga de las vigas. Trata de alzarse, apoyada en los talones, contrayendo las vísceras en un supremo esfuerzo para expulsar la carga palpitante que le desgarrá las entrañas.

Todo es inútil, y vuelve a desplomarse sobre el duro camastro, gimiendo, temblando, mordiéndose los hinchados labios, los ojos desorbitados por obscuro terror.

—¡Ave María... Señorcito!... ¿qué le parece, vecina, si mandamos a la botica?... Don Panchito es bien "curioso" para los remedios... Puede mandar algo que le dé fuerzas a mi comadre... Fíjese que ya tiene hasta la lengua hinchada...

—Se lo iba a decir, vecina... Mandemos a la Armanda... ¡llámela! Ahí en la cocina está haciendo hervir el agua para lavar el "encargo"... Señora... señora Genoveva... ¿le quedan algunas chauchitas...?

La enferma mira a sus acompañantes. Mueve negativamente la cabeza. Y en los ojos, turblos por el dolor, se refleja una angustia sin límites, una sombra desolada que envuelve con pesados crespones el brillo de las lágrimas.

—¡Dios mío...! Yo tampoco tengo nada. Ni siquiera un pollito que vender... ni un huevo siquiera....

—Pero, vecina... Vaya no más a la botica... El caballero tendrá que compadecerse de los pobres... Cómo va a ser tanta la mala suerte...

—De veras, vecina... Vuelvo enseguida.

La mujeruca envuelve las delgadas espaldas en

raído chal, y sale trotando. Por un momento se sienten sus pasos descendiendo la cuesta, rumbo al puente.

La ansiosa espera se corta, a cada instante, por el débil quejido de la mujer que ya no es capaz de gritar.

AL cabo de una media hora se oye de nuevo el chancleteo, esta vez cuesta arriba.

—Mandó estas obleas... que se tome una cada dos horas hasta que nazca la criatura... Si no, que lo llamen para ponerle una inyección.

De las manos enjutas surge una bolsita de papel en que se lee:

Sulfato de quinina 0,30 grs.

Tomar una cada dos horas.

Las vecinas incorporan a la parturienta, a medias, sujetándola por las axilas. La cabeza desmayada ha perdido toda facultad para erguirse: rueda como un pesado balón de blando pedúnculo. Hay necesidad de sostenérsela. Una de las mujeres moja la oblea en el agua de un cantarito de greda.

—¡En nómbrese a Dios...!

Genoveva traga la cápsula. Y queda otra vez quieta, desarticulada, caídos los párpados, las manos desmayadas sobre el vientre perezoso.

Afuera, una ronda infantil eleva su coro cristalino:

**Hay que tener niñas hermosas,
redunfín... redunfán...**

De una puerta cualquiera irrumpe una mujer que desbanda a las menudas danzarinas.

—¡Váyanse, diablos...! No molesten a la vecina.

Un soberbio crepúsculo de metales indecisos reproduce sus últimas lámparas en los ventanales de la iglesia que allá, en el pueblo, al otro lado del río, destaca su airoso campanario.

Un horizonte de plata azulada permite recortarse, nitidamente sobre el fondo brillante, las siluetas de los álamos que bordean el río.

Suena una campana de voces cantarinas. Una estrella aparece súbitamente. Un perro ladra a lo lejos.

La noche cae, lentamente, sobre el mundo.

—¡ARMANDA...!

La chiquilla asoma, furtiva, la cara curiosa por la puerta que da a la cocina, en donde hace ya dos noches que permanece casi sin dormir.

Es la hija mayor de Genoveva; la adolescencia ha puesto destellos inefables en los magníficos ojos.

—¡Tráete el lamparín...! ya estamos a oscuras.

La muchachita desaparece, pero al momento está de vuelta. Cuelga sobre la cabecera del lecho materno el humoso candelero, y regresa a la cocina. Se encucilla a la vera de la fogata que ilumina con rojos y cambiantes resplandores su gesto pensativo de adolescente.

Piensa. Suspira. Distingue a ratos la voz de sus hermanos que juegan repartidos en la vecindad. Recuerda los ojos sobornadores del jefe de estación que hace algunos días le hiciera ciertas proposiciones mientras le mostraba, así, al descuido, un fajo de billetes, echándole en las narices su tufo a vino.

Es viejo y gordo el jefe. Tiene las manos horribles, recogidas por feas cicatrices, recuerdo tal vez de algún accidente, o quemaduras, quien sabe. Pero, también, hermosos billetes.

Ella necesita otra pollera, otra blusa, y unos zapatos. Así podría conseguir, acaso, que el empleado de la Caja de Ahorros se fijara en ella.

Sí, aceptará al jefe. ¿Qué tanto va a perder? Es más: ya no tiene nada que perder. Froilán, el hijo de la vecina, un año mayor que ella, hace tiempo la inició en la vida amorosa. Perdió la virginidad como quien pierde una aguja.

¿Alguien la reprochará? ¿Su madre? Ella la ha sorprendido tantas veces yaciendo con los fletadores. Poco le gusta el jefe, es cierto. Pero ella necesita esos billetes.

Es a "don" René a quien quiere. El mozo ni siquiera la ha mirado; sin embargo, ella lo adora. Al lado de la fogata sueña su imposible sueño de amor, perdida la mirada en las rojas lenguas que lamen el tarro en que hierve el agua. Gruesas burbujas revientan en la superficie tumultuosa, lanzando gotas hirvientes que, al caer sobre las brasas, chirrian suavemente.

Un alambre amarrado en las vigas sostiene sobre la hoguera una "teterita" de fierro; hierve también el agua que contiene, esperando el momento del parto para entonar a la enferma con un mate reparador. El azúcar y la yerba se encuentran celosamente guardadas en un rincón, dentro de un tarro, para preservarlas de la voracidad de las ratas.

LAS mujeres, dentro de la pieza, callan. El tiznado lamparín emite más humo que luz. Un negro rasgo de hollín avanza por el agrietado muro, hacia arriba.

—¡Ay... ayayalcito...!

Las vecinas se afanan en torno al lecho.

Una mano diligente recoge las cobijas. Tiembla el monstruoso vientre; se endurece. El ombligo disten-

dido es como un cráter obscuro y apagado. Los muslos, inertes, abren su cruz eterna, sobrehumana.

Ocurre un leve, un imperceptible reflujo. Y de pronto, como un vómito de sangre y de inmundicia, aparece una criatura sobre el tibio pellejo que lo espera.

Antes que mano alguna pueda tocarlo, el frágil prematuro encoge el cuerpecillo de cera atormentada. Un puño diminuto, de dedos transparentes que la ausencia de uñas ha transformado en gelatinosos estambres, se estremece levemente como el ala de un pajarillo moribundo, moviéndose en un esfuerzo ciego quién sabe si hasta la boquita enmudecida que un designio implacable se obstina en mantener cerrada.

Eso es todo. Y se inmoviliza para siempre, el rebelde puñito desplomado como una flor marchita.

Un olor dulzaino y caliente se derrama en el aire; un olor a matadero, a sangre recién vertida, asciende; un olor denso, viscoso.

Las mujeres se persignan, reverentes. Doña Rita, la vieja del cigarro, liga el cordón y levanta el pequeño cadáver, con manos trémulas. No se escucha sino el rumor del agua cayendo en una jofaina de madera, y el chapoteo de unas manos lavando algo que trata de escurrirse, algo que oscila como un véndulo roto, algo agrio en fin.

La enferma expulsa la placenta, ya sin dolor. La recogen en un tiesto y salen a enterrarla en alguna parte del sitio.

—RECEMOS, vecinas.

Voces apagadas, en sordina, vierten sobre la solemnidad del momento, su fe serena, resignada.

—Padre nuestro que estás en los cielos...

El lamparín humea su luz mortecina. Las som-

bras de las mujeres se proyectan sobre los muros como fantasmas que crecieran, se doblaran, se movieran, cayendo desde el techo hasta el piso para repetir, a cada instante, la misma trayectoria.

—El mate, chiquilla...

Sobre la angustia de la hora, el mate es una realidad cariñosa, humana, consoladora

La enferma, desligada ya del sufrimiento, quieta, recuperada, bebe con fruición el brevaje estimulante.

A ratos llora, mirando el pequeño envoltorio tendido a sus pies.

—Dios sabe lo que hace, vecina... Tal vez sea mejor que haya "caminado" el angelito... Quizás de qué cosas lo libró Dios...

—Claro, comadre... Usted hace más falta... No llore más... tiene tantos hijos a quien cuidar...

La mujer asiente a todo. Tampoco se opone cuando doña Rita hace la proposición de enterrar al "finadito" debajo de las goteras.

—¿Que no vé, comadre, que murió "moro" el pobrecito?... Sí... solamente el ruido de las goteras no dejará que su "animita" salga a penar por los siglos de los siglos... Sí... recémosle un rosario... y después, ¡lo enterramos no más...! Sólo nosotras sabemos lo que ha pasado... ¿quién va a tener interés en averiguar nada?... Padre nuestro que estás...

—... venga a nos el tu reino...

AL lado afuera de la casuca, un hoyo cavado justamente bajo el surco que han formado las gotas de lluvia de incontables inviernos cayendo desde el alero, recibe la livianísima carga.

El niño que murió "moro" reposa, envuelto en viejos trapos, bajo la tierra acogedora.

Es media noche.

Todo ha ocurrido en las sombras.

La procesión de fantasmas desaparece.

En lo alto, las estrellas parpadean con sus temblorosos ojos de plata.

Un astro filante raya el cielo con fugitivo dardo de luz.

IV

FRENTE A LA plaza del poblacho, al lado de la botica, instalado en amplia casa de madera, el Hotel acoge a todo el mundo.

Por una de sus puertas se entra de inmediato, desde la calle, a la cantina. Por otra, a una ancha galería flanqueada de piezas para alojados. Al fondo, bajo techo, la cancha de palitroque.

Son las seis de la tarde.

En torno a una de las mesas del bar se agrupan los oligarcas de la aldea. Si no fuera por ellos, hace tiempo que don Damián, el hotelero, se hubiera visto en la necesidad de cerrar el establecimiento.

Don Damián vive incorporado al grupo que lo sustenta, y que también lo zahiere sin piedad por su fortuna en el juego.

Ahí están. Juegan, beben, chismorrean.

Todas las tardes se reúnen a cierta hora, con una precisión digna de mejor destino.

Nunca faltan ni don Marcelo ni don Andrés: dos gabachos gesticulantes y bulliciosos, melífluos, desconfiados, astutos.

El uno es agente maderero. Sus vinculaciones con los terratenientes del contorno lo han ido colocando, insensiblemente, en el centro de la vida económica del caserío. Lo conocen en toda la provincia; su desmedida afición al "crudo" —whiskey con agua, azúcar y limón— le ha tornado el rostro en una máscara roja, cruzada de venillas bermejas, en que se destacan los lacios bigotes galos amarillentos por la nicotina. Los ojos de águila giran sin cesar, encerrados por unos párpados recogidos —desprovistos de pestañas— para fijarse a ratos en un punto cualquiera con mirada cruel.

El otro es comerciante. Su gran tienda y almacén "La Favorita", lo mismo que la "La Joven Sultana" del turco Halabí, provee el consumo de la comuna entera; surte también los menudos almacencillos del poblacho, así como las pulperías de los fundos de la región.

Son poderosos. Y la conciencia de serlo los induce a la arrogancia, al orgullo, el desprecio. Están por encima de la ley, más allá del derecho.

Junto a ellos alza su estatura feudal don "Nacho" Cabrera, señor de horca y cuchillo en sus vastos dominios. De una pequeña heredad —"Los Notros"— surgieron las millonadas que hoy ponen altaneros destellos de soberbia en los ojos aindiados.

Haciendo correr los cercos de los deslindes, quemando las sementeras de los vecinos, apaleándolos con su mazorca de peones, don "Nacho" Cabrera venció a todos los pequeños hijueleros que lo circunda-

ban; de esta manera fueron cayendo en las manos rapaces, valiosos terrenos pagados a vil precio. Sólo un parcelero recalcitrante, el viejo Anguita, se ha atrevido a desafiar la ira del poderoso. Pero don "Nacho" sabe esperar; en el momento oportuno caerá como un alud sobre el labriego infeliz.

Hoy sus fundos enclavan en los contrafuertes cordilleranos. Por encima de una dilatada floresta plana la voluntad soberana. No se mueve una hoja sin su permiso. El vive en "Los Notros", en los aledaños del pueblo; pero sus caporales rigen con mano de hierro los dominios distantes.

Es un ogro cuya hambre se aplaca con tierras, nada más que con tierras. Hay que tenerlo grató; y los gabachos lo adulan y lo lamen.

Los demás, el alcalde, el tesorero comunal, el inspector de la Municipalidad, son infelices marionetas en las manos poderosas. Son mínimos parásitos profitando del favor condescendiente, pero que exige una sumisión incondicional.

EL juego rompe la monotonía de la tarde.

—Yo mando... ¡Tengo ases y diucas!

—Despacito, chincolito... ¡Tengo tres trenes!

—Ah... bueno ¡Mande si puede!

Los cubiletos de suela chocan contra la superficie barnizada de la mesa. Ruedan los dados zahoríes. Ojos astutos atisban, de soslayo, la jugada decisiva. Manos desconfiadas tapan los resquicios que se forman al levantar ligeramente los "cachos".

—Ya está... Encarámese hasta las vigas. ¡Me fui...!

—Le ofrezco.

—¡Nada!

—Le imploro.

—No pierda el tiempo ¡Tengo full!

—¡Maldición...! Volví a perder. Bueno... ¿qué se sirven...?

Sin esperar el asentimiento de los demás, don Damián ordena al muchachuelo que detrás del mesón seca y acomoda las copas en el reborde de una estantería cuajada de botellas:

—¡Checho..., repite la corrida!

Oscar Venegas, tesorero comunal, es el perdedor. De baja estatura, gordo, calvo, el tesorero se asemeja a una oruga de hinchados ojos.

Ahí no más, a la vuelta de la esquina, vive con su mujer y su pequeña hija. Gana quinientos y tantos pesos mensuales, los que le alcanzarían para vivir sin apremios, tal vez. Pero el whiskey es caro, y el Hotel lo atrae de una manera irremediable.

Siempre pierde. Es posible que le hagan trampas en el juego, pero sus ojos cegatones nunca han podido sorprender la maula. Para cubrir sus pérdidas en el Hotel ha echado mano a los fondos confiados a su custodia; el desfalco sube ya de los diez mil pesos. Hasta ahora nadie se ha dado cuenta de la estafa, ni siquiera su ayudante Ricardo Cuevas. Pero cualquier día puede venir un inspector; y entonces acabará todo; irá a la cárcel, quizás.

Un temblor irreprimible lo sacude entero, hasta los zapatos.

—¿Tiene frío, don Oscar?

—No, don Segundo... Como se le ocurre... con este calor.

—No se ponga nervioso, entonces.

Don Segundo ríe suavemente, con una risa de gelatina que le estremece las abultadas mejillas, la papada colgante. Ríen los frondosos mostachos desmayados sobre los labios negros que al entreabrirse, dejan ver dos relucientes colmillos de oro. Ríe la gruesa

cadena de plata tendida sobre el chaleco desabrochado que muestra la alzada pretina del pantalón por donde se desborda, en blandos rollos, la panza prodigiosa.

Don Segundo es el alcalde. Sobre la frente prócer aparece a cada instante copioso rocío que don Segundo enjuga con un gran pañuelo de seda azul.

Don Segundo es rico. Tiene fortuna; la hizo aguando el vino de varias generaciones de borrachos. Su bodega "Por mayor y menor" vierte ríos de vino sobre las cantinas, los prostíbulos y mesones de la región.

Es el alcalde. Y en ese puesto de autoridad comunal ha aprendido a reír: la bobalicona risita es como otra cara que lo defiende astutamente.

OTROS dos contertulios caen a la mesa.

Uno es don Alfredo Walter, un mestizo ancho y grande, de ojos porcinos y nariz de espátula. Es el tenedor de libros del gabacho Andrés Bourdachet, en cuya casa vive. Don "Nacho" Cabrera lo ha hecho nombrar juez de subdelegación.

Bajo una actitud servil, Walter alienta grandes ambiciones. Quiere ser alcalde y socio de su actual patrón. Como una araña solapada va tejiendo su tela de manejos e intriguillas. Por ahora tolera el pabel de factotum de don Andrés. Pero la vida es larga.

El otro, Sebastián Elgueta, es la espina clavada en el corazón de don Segundo Moreno, el alcalde. Como él, se dedica a la venta de vino por mayor y menor. Nunca ha querido llegar a un acuerdo de precios; compite abiertamente. Y aun cuando don Segundo le demuestra una aparente cordialidad, en el fondo lo odia ferozmente.

Buen mozo, elegante, atildado, Sebastián Elgueta

es el tenorio del poblacho. Vive en una pieza al interior de su negocio donde transcurre su impenitente soltería.

Es un gavilán insaciable. Mujerucas, muchachuelas, adolescentes, todo el sórdido hembraje del pueblo, han pasado por el lascivo semental, a cambio de algunas monedas; y muchas, por un litro de vino.

SIGUEN jugando. Los "crudos" menudean. El tesoro pierde.

Don "Nacho" habla:

—...desde la loma los ví cuando descueraban la oveja. Eran cinco, los carajos. Me quedé solo, atisbándolos, mientras el mozo que me acompañaba iba en busca de refuerzos... Pronto llegó el mayordomo de "Los Notros" con los peones del fundo, todos montados. Nos repartimos para cortarles la retirada... y les caímos encima. Pero... vieran ustedes la insolencia de los rotosos. ¿Creen que se asustaron?... Nadita... Cuando el mayordomo los increpó, uno que parecía el jefe, flaco, ojizarco, malagestado, nos tapó a palabreros... que no eran perros... que no se iban a morir de hambre...

Alfredo Walter lo interrumpe:

—¿Y por qué no me los mandó para acá, don "Nacho"?... Yo los hubiera arreglado en menos que canta un gallo.

—No... no. No hubo necesidad... Se fueron con su merecido. Sacaron cuchilla, los desgraciados. Yo manoteé al revólver... pero no hubo para qué correr bala... Casi los matamos a pencazos. No les van a quedar ganas de volver por las mismas... Ya me habían volteado cinco ovejas... y una ternera. Pero eso fué en "La Rinconada"... El mayordomo dice que son los cesantes... los que trabajan en los caminos. ¡Vaya Ud. a saber...! todos eran desconocidos.

—¡Hombre!... está grave la cosa ¿no?... Los ca-

rabineros son muy pocos... y la comuna muy extensa.

—¿Y qué hace el subdelegado?

—Y qué va a hacer el comunista ése... Boticario desgraciado. También dice que la gente no se puede morir de hambre... Les da alas a los ladrones... les da alas.

—Vamos a tener que echarlo... El intendente de la provincia es amigo mío... Hablaré con él para que le pida la renuncia... Tal como están las cosas, es un peligro mantener en estos puestos a gente así... sin criterio. Necesitamos una persona que sea garantía para todos... por ejemplo... usted, don Marcelo.

—¡Oh...! Si quieren nombrarme... acepto...

—¡Checho... otra corrida!

—OYE, Elgueta... ¿es cierto que andas detrás de la Lucha, la sobrina de doña Palmira?... No seas diablo, hombre... no perdonas cáscara de papa.

El gavián sonríe, halagado.

—Las malas lenguas, don Andrés... Qué culpa tengo yo...

—¿De ser buenmozo...?

—Mujeres jodidas... no lo dejan tranquilo a uno.

—Ten cuidado con la vieja. Es de armas tomar.

Los gabachos rien. Don Segundo los acompaña quietamente, los demás beben.

Don Damián grita:

—¡Otra corrida..., Checho!

EN una mesa cercana, Ricardo Cuevas conversa con su compadre Gabriel Torres. Una botella de vino, a medias, y dos copas vacías decoran la mesilla en

que se afirman. La madera se ha quemado en los bordes, a trechos, con las colillas olvidadas. Toda la superficie se encuentra martillada, llenas de rastros, de huellas dejadas por el golpe de los "cachos" iracundos.

—Fíjate que anoche pasé, así de pasada, donde la Eva... ¿A que no sabes quien está allá...? La Adriana..., esa chusca flaca que el año pasado estuvo enredada con el boticario y que se fué con... ¿cómo se llamaba ese profesor que le pegó al turco Halabí?... vaya... no me acuerdo.

—Poblete.

—Ah... sí. Poblete. Y ahí estaba otra vez el boticario y los de Caja... tomando ponche. No me saludaron... ni fueron capaces, por decir de la gente, de ofrecerme un trago. Pero me las van a pagar.

—No seas arrebatado, "Patatas de Huasca", mira que esos gallos son tiesos.

—ME río.

Gabriel Torres vuelve a llenar las copas. El vino brota, gorgoriteando, de la botella. Caen algunas gotas sobre la mesa.

Ricardo Cuevas queda meditabundo. Se sobresalta al sentir un codazo de Gabriel Torres.

—Mira, Ricardo... Ahí están.

En el hueco de la puerta han aparecido las fornidas siluetas de Tito Andrade y de René Jorquera. Los muchachos miran el local, y deciden instalarse en el ancho mesón. Se acodan allí y piden cerveza, con las espaldas vueltas hacia los asistentes.

René Jorquera luce los gruesos hombros ceñidos por immaculado vestón. La deslumbrante blancura de la prenda sugiere a "Patatas de Huasca" una idea maligna. Se inclina hacia su compadre, cuchicheando algo. Simularán una riña. Se regocijan de antemano.

Un momento después estalla una acalorada dis-

puta entre los dos compadres. Un sonoro puñetazo sobre la mesa hace el silencio en la cantina. Se alcanza a percibir al vibración de las copas estremecidas por el golpe.

“Patatas de Huasca” grita:

—¡Abajo Ibáñez...!

—¡Cállese, hombre...! ¡No sea tonto!

—Por qué me voy a callar... ¿acaso no tengo boca?

—¡¡Cállate, mierda!!

Todos miran. René Jorquera se da vueltas. En ese mismo instante, el contenido de la copa de “Patatas de Huasca”, lanzado contra la cabeza de Torres y esquivado por éste con rápido movimiento, se aplasta sobre el pecho del mozo.

La alba chaqueta se empapa súbitamente. Una oscura mancha morada rompe la impoluta armonía del blanco vestón.

“Patatas de Huasca” se levanta, amistoso, arrepentido, excusándose:

—Perdone, señor Jorquera... Fué sin querer. Es que Gabriel me sacó de paciencia...

La burda comedia no ha engañado a nadie, menos al afectado.

René Jorquera avanza tranquilo, sin aspavientos, glacial. Ricardo Cuevas siente un escalofrío que le recorre el espinazo.

—¿Ah... sí...?

La pesada mano del muchacho atrapa a “Patatas de Huasca” por las solapas. Con impulso irresistible lo atrae hacia sí; los rostros quedan separados por escasas pulgadas.

—¿Ah... sí...?

Ricardo Cuevas siente deseos de gritar, pero el terror lo ha paralizado. René Jorquera lo mira un momento, fijamente, en los ojos hipócritas. Y de pronto,

un puño poderoso golpea entre las cejas taimadas.

“Patatas de Huasca” se derrumba como un saco de arena. Y ahí queda, en el piso, encajado bajo la mesa, inerte.

Todo ha ocurrido en el mayor silencio. René Jorquera torna al mesón, mirándose la mancha de vino. Termina de beber la cerveza y, sin mirar a nadie, dice simplemente:

—¿Salgamos, Tito...?

Nadie dice nada, nadie se mueve. Sólo se escucha, a lo lejos, el sordo ruido de las bolas corriendo en la cancha de palitroque.

El puñete ha sido soberbio.

Bajo la mesa tiemblan levemente dos flojas y largas piernas.

—¡Checho... otra corrida...!

V

DESDE LA VEREDA le hablo a mi ayudante:

—Lalo..., no te olvides de filtrar el jarabe... antes que se enfrie. Por si alguien me necesita, dí que en una hora más estaré de vuelta... La tarde está magnífica... voy a dar un paseo por la orilla del río.

Lalo asiente, impasible. Los negros ojos indígenas brillan bajo las cejas tupidas. Una sonrisa reprimida al instante quiebra, fugazmente, humanizándola, la perenne seriedad de un rostro impenetrable. Me mira en silencio. Me cree un ente extraño; no concibe la utilidad de mis paseos por la orilla del río.

Me alejo lentamente, absorbiendo con fruición el aire de la tarde.

Me detengo un momento en la abierta oficina del Registro Civil; logro atisbar a Aliro García en una actitud solemne, declamatoria, incompatible con su

traje de huaso. Con voz campanuda y mesurada lee los artículos de la libreta matrimonial a una pareja campesina que acaba de casar.

Aliro pierde la compostura ante el guifio que le hago. Se aturulla; extravía la gravedad. Y termina por reír abiertamente, alargando la libreta a los recién casados. Testigos, padrinos, parientes, sonríen también. La novia, tímida y ruborosa, no alza los ojos. El novio, fornido muchachón, se levanta el "chamanto" de vivos colores y guarda, en un bolsillo interior, la libreta flamante.

SIGO mi camino. Una liviana alegría me aprisiona entre sus muros transparentes, una alegría suelta y ligera, aérea, así como de humo, flotante.

En cierto lugar la calle se hunde en un arco que recupera su nivel hacia el final del pueblo, en dónde se bifurca en dos callejones: uno que empalma con el camino público, y otro que tuerce hacia el río, que conduce por rutas vecinales hasta el espeso corazón de la montaña que allá, lejos, mancha de oscuros verdes los faldeos andinos.

La calle del pueblo es un documento vivo y palpitante, humano. Tiene hombres que se afeitan detrás de las ventanas; zapateros que clavan estaquillas; carnicerías llenas de moscas zumbadoras en torno a corderos descuerados que cuelgan, por las patas, de crueles ganchos torturantes.

Hay un carpintero que cepilla ciertas maderas, ciertas olorosas maderas cuyas virtutas salen a la vereda, rodando con sus graciosas espirales coruscadas.

Hay una mujer que vocifera, una criatura que llora. Por una puerta escapa un muchachuelo, corriendo; en el dintel de otra, sentado sobre un cajón, un hombre de pantalones remangados se lava los pies haciendo extraños visajes al tiempo que hurguea en

medio de los dedos sudados.

Hay un puesto de verduras atendido por una hembra rubia, pecosa, de ojos azules; una cocinera en que una mujer gorda y morena fríe "pequenes".

Hay...

Toda la comedia humana, y su drama invisible, sin espectadores, sin aplausos, sin telón. Con un escenario inmutable por donde rueda la vida, pequeña, grande, obscura, misteriosa; donde los días desploman su cansancio angustiado, su tedio de empañadas cenizas.

Una muchacha joven y linda se asoma a una ventana. Los oscuros ojos pensativos miran sin ver. Aun el amor no la ha tocado con sus dedos de azúcar, y de acibar. Sueña en la tarde tranquila y plácida.

De alguna parte viene el rasgueo apasionado de una guitarra, y la voz de una mujer que canta: una dulce voz cristalina, llena de sugerencias y saudades.

ALCANZO hasta el puente. Me acodo en las barreras y miro durante largo rato el agua fugitiva.

Unos rapaces se bañan por ahí, cerca, desnudos. Los bronceados cuerpos enjutos brillan al sol como vivas estatuas de bruñido metal. Gritan. Saltan. Se sumergen. Y al salir, el agua resbala en cascadas de relucientes gotas sobre los torsos plásticos.

Continué mi paseo, río arriba.

El riacho corre entre dos riberas dispares. Una de las orillas es baja, accesible. Por ahí me encamino.

La margen opuesta, alta, escarpada, bordeada de quilantales, forma a trechos profundos remansos, traidores raudales en que el agua se espesa, gira sobre sí misma, lentamente, copiando en las linfas trémulas la imagen invertida de las grandes hojas de los pangues, cuyos gruesos tallos —"las nalcas"— se afincan tenazmente en toda la extensión de la escarpa, cubriéndola de un manto esponjoso, denso, móvil, que cobija

tal vez fríos reptiles, culebras ciegas, húmedos y extraños insectos.

En ciertos lugares la floresta llega hasta los propios bordes de la quebrada. Añosos robles de extendidas copas forman como una especie de gruta vegetal, de bóveda en silencio, por donde fluye el agua profunda y misteriosa.

En uno de estos sitios me agrada descansar. Sobre una pequeña meseta a la orilla del agua, me tiendo de espaldas. Inclino el rostro y lo hundo en la hierba olorosa.

Los finos tallos ondulan levemente al soplo del viento. Una hoja cae dulcemente, gira en el aire como si quisiera elevarse, toca el agua y es arrastrada por la corriente, girando, girando, hasta sumergirse.

Arriba, el cielo azul, lejano, profundo. El sol hace brillar las hojas de los árboles y les arranca furtivos resplandores. Un halcón cruza en lo alto, planeando raudamente, sin batir las alas majestuosas. Se alcanza a divisar el curvo pico rapaz brillando al sol.

Cierro los ojos y echo a volar mi pensamiento. Un confuso tropel de imágenes emerge de mi mente. Cosas olvidadas, lejanas, perdidas, cobran de nuevo su presencia invisible, su tono incoloro, su cuerpo transparente.

Nombres de mujer, amorés fugitivos, cuerpos amados un instante, desfilan, confundidos, por los amargos senderos del recuerdo. Brota un rostro esfumado, sin nombre; un nombre cariñoso, suspendido en el aire, un nombre sin dueño y sin destino, crece en el silencio angustiado del corazón. Pero desaparece, y su huella de humo no alcanza a trizar la soledad.

Un deseo indeciso golpea con sus pálidas manos las altas puertas de la esperanza.

...¿Donde... donde estás, pequeña...? Muñeca distante y desconocida, de manos leves y ojos enig-

máticos, encendiendo sus lámparas risueñas allá en el fondo de los días no gastados.

... Y tú, Panchito, niño sempiterno y silencioso ¿qué has hecho de tu alma? ¿Dónde está la poesía que envenenó tu adolescencia...? ¿donde los sueños, la quimera, la ilusión...? Esta es tu tierra. Te adhieres a ella como las parásitas de los bosques, como el áspero quintral de rojas flores. Tal vez eres un árbol. O una piedra. Por encima de tí fluyen las aguas eternas del tiempo que sí olvida pero que no perdona...

Cojo una esferita de villanos maduros. Soplo sobre ella, y una bandada de blancas plumillas se esparce en el aire diáfano.

ES hora de volver. Mi regreso es lento, sin prisa, desmayado.

Con una fina caña flexible en la mano, voy descazando los tallos de la hierba que crece exuberante en el terreno fertilizado por el río. Un manto de tupida grama cubre el suelo con su marea de olas inmóviles y densas.

Aquí, allá, las apretadas cabezuelas de las compósitas y las abiertas campanitas de la correhuela abren los ojuelos curiosos de sus corolas blancas o amarillas. Miran tal vez el viento que pasa. O la ligera nube que cruza el espacio como la vela desplegada de un barco solitario.

—¡SEÑOR Ríos..., señor Ríos!

Me vuelvo. El zapatero Vivanco es quien llama, asomado a la puerta de su taller. Es un hombre viejo, pequeño, de barbas crecidas y ojos lacrimosos. Habla curiosamente con su boca torcida, mordiéndose los pelos del bigote caído.

—Perdone, señor Ríos... ¿me podría hacer el favor de echarle una miradita a mi hija?... No sé qué

tiene... es algo raro. No quiere que nadie la vea... Por aquí... pase no más.

Entro en la casa. Sorteando las silletas que bordean el banco zapatero, me deslizo hacia el interior lleno de penumbra a pesar del sol que afuera incendia la calle con sus fuegos inagotables.

Palpo una vez más la sórdida pobreza en que se debate la gente del poblacho. Esta vivienda es como la mayoría: una misma pieza que sirve de comedor y dormitorio. Arriba, las vigas desnudas, ahumadas, muestran colgantes cendales de telarañas cuajadas de esqueletos de moscas, de vacías fundas de mariposas atrapadas y sorbidas por las arañas feroces e insaciables. Las hojas de periódicos y de revistas con que han empapelado los muros, se ven rotas en largas líneas paralelas sobre las junturas de las tablas.

En cierto lugar cuelga una oleografía de Arturo Prat con la espada desenvainada, emergiendo de los restos de una embarcación que se hunde. Más allá, un retrato de Balmaceda entre dos afiches de propaganda de cigarrillos.

En la pared, sobre el testero de un lecho, se afirma una repisa en que descansa una estatuilla de la Virgen de Lourdes; junto a ella se desmenuzan los hierbajos de un Domingo de Ramos.

Aquí y allá, míseros muebles: una mesa grasienta, dos o tres sillas desfondadas, una alacena con copás, un baúl.

El zapatero es vrudo. La hija reemplaza en los menesteres caseros a la madre desaparecida: adereza las pobres viandas, aseá la vivienda, sale a repartir las composturas.

Ahora yace en el lecho, enferma. La atiende una vecina piadosa, pero la muchacha se ha negado tenazmente a revelar la naturaleza de su dolencia.

Le hablo con suavidad.

—A ver... cuénteme lo que le pasa.

La muchacha calla, enfurrufiada, los ojos bajos. Sucias cobijas la cubren hasta el mentón. Yace de espaldas; las ropas del lecho se pliegan dejando adivinar las piernas abiertas, las rodillas levantadas.

La vecina interviene:

—Dice que siente mucho dolor en el bajo vientre... Ya, pues Julia... dígame al caballero lo que le pasa... Entonces, ¿cómo se quiere mejorar...?

La muchacha no alza los ojos. Transpira copiosamente. Las ásperas crenchas, negrísimas, se desparrraman sobre la almohada como un zarzal radiante.

Intuyò vagamente el motivo por el cual la muchacha rehuye la explicación. Le hablo a la vecina:

—Señora... ¿quiere dejarme un momentito con la enferma?

La mujer se retira, obediente.

Un agrio olor de axilas transpiradas me hiere el olfato al acercarme al lecho misérrimo.

—Bueno... dígame ahora qué es lo que siente.

—No sé... No hallo la manera de explicarlo... Tengo hinchado abajo... es mejor que me vea... Me duele muchísimo.

Con súbito movimiento echa las ropas hacia atrás. Dos o tres pulgas desaparecen velozmente, a grandes saltos. Una de ellas ha caído en mi camisa. Me sacudo vivamente, preso de una leve inquietud.

Sobre el negro camastro, el cuerpo de greda, semidesnudo, descansa en extraña posición. La corta camisa, en harapos, deja ver los senos macizos, firmes, llenos de juventud, de erectos y morados pezones.

La muchacha abre un poco más las piernas, sin decir nada. Queda a la vista un sexo en toda su cruda realidad, un sexo torcido, de pelos espesos y crespos; un sexo semejante a una boca deforme, deshumanizada, como la de algún horrible animal desconocido;

una boca monstruosa, macerada, de labios negros: uno de ellos atrozmente hinchado, tumefacto, doloroso. De entre ellos fluye como un río lento y asqueroso, gruesa secreción lechosa y nauseabunda.

Me acerco casi hasta hundir el rostro entre los muslos trémulos. Miro atentamente. No puedo reprimir un ligero silbido. "Gonorrea. Claro... ésto es gonorrea. Y complicada con... ¿cómo diablos se llama esta complicación?... ¡ah!... bartolinitis... Eso es: bartolinitis... Compresas calientes de licor acetato de aluminio hasta que ceda la inflamación... Cuando será el día en que se venga un médico a este pueblo desgraciado... Estoy trasgrediendo la ley... No debo atender enfermos... Pero esta gente tampoco se puede morir así... como perros... sin atención... Mire, mire... quien lo hubiera creído... tan sería que parecía esta negra..."

Digo en voz alta

—Le voy a mandar un remedio para que se aplique compresas calientes... lo más calientes que pueda tolerar sin llegar a quemarse... No se asuste; no es muy grave ¿no?... Una vez que se le deshínche y no tenga dolor, dígame a su padre que haga un sacrificio y la lleve a Temuco... a ver médico. Y no se meta con nadie, ¿eh?, mientras no mejore completamente... Hasta luego ¿no?

Al salir, encuentro una muda pregunta en la boca torcida del viejo.

—Mire... su niña se ha metido en diabluras. La han contagiado con una purgación... Mande a buscar un remedio para compresas, ella sabe ya como se las va a aplicar.

La expresión del viejo no cambia. Ni siquiera se asombra.

—Este... ¿y cuánto le debo?

—No... nada. No se preocupe. El remedio le va a costar dos pesos... Pero será necesario que la lleve a un médico; sólo así se podrá mejorar definitivamente... Y que se culde, ¿no?... hasta luego.

—Muchas gracias, señor Ríos... Dios se lo pagará, señor Ríos...

TRES personas me esperan en la farmacia; los tres son viejos conocidos, aun cuando ésto no es mucho decir pues, sin excepción, conozco toda la gente del poblacho.

Sentado en el umbral de la entrada, el indio Cayupi aquieta su figura encogida y triste, absorta, extática. Ni siquiera me mira cuando paso a su lado.

Adentro de la farmacia, apoyado en el mostrador, "el Guata" Bascur charla con Lalo.

Sobre un escaño de madera que tengo por ahí, descansa Margarita, mi lavandera, con una criatura arrebujaada en los brazos maternos.

Entro por la puerta de las mamparas a la trasbotica. Al cabo de un instante salgo por detrás del mostrador.

Atiendo a la mujer en primer lugar.

—Qué hubo, Margarita... ¿cómo sigue "Moroco"?

—¡Bah...! Ese ya se mejoró... ahora le traigo a éste.

"Este" es el hijo menor de mi lavandera: un cretino de seis años que aparenta dos. La deforme cabezota oscila blandamente, apenas sostenida por un cuello de hilo; los grandes ojos inexpresivos miran temerosos, tímidos ojos de animalucho indefenso. Se oprime contra la mujer; rodea con los bracitos descarnados los enjutos hombros maternos.

—Bueno... y ¿qué le ocurre a este joven?

—Mire..., no sé. Le ha aparecido una "flota" de

granos en todo el cuerpo... En la noche, sobre dormido, se hace tiras la piel... rascándose.

Margarita desenvuelve el pequeño idiota que la deja hacer sin chillar; recoge la basta camisa de tocuyo para mostrar el abdomen del muchachillo; aparece el ombligo como un pezón hinchado y repugnante. Leves rasguños cruzan la piel en todos sentidos, uniendo rojas excoriaciones que conozco muy bien. Es sarna, la vulgar, molesta sarna, que martiriza las noches de los pobres en el mundo.

—Ya... Espéreme un minuto. Le haré una pomada que lo va a mejorar en poco tiempo.

Me hundo en el confuso universo de la tras-botica; en un mortero de loza preparo rápidamente un poco de pomada de helmmerich que vacio en una cajita de viruta. De un tarro de lata extraigo unos cuantos terrones de sulfureto. Hago un paquete con todo.

Vuelvo al mostrador.

—Mire, Margarita. Disuelva uno de los terrones de sulfureto en agua caliente y con esta solución lava las partes enfermas del chico... Después se las cubre con la pomada... Es preferible que le haga el remedio en la noche... En dos o tres días estará bien.

La mujer me mira con aire vacilante. Yo sé lo que ésto significa. Me anticipo para ahorrarle la explicación:

—No... no importa. Llévelo no más... me pagará cuando pueda.

—Muchas gracias, señor... Me lo puede descontar del lavado de este mes... Hasta luego, señor.

La mujeruca sale en silencio, sin hacer ruido, como deslizándose. Se detiene un momento en la esquina de la calle; moja con saliva la punta de los dedos y procura alisar los tiesos y delgados pelos del cretino. La espalda curvada bajo el peso del niño, es un arco en derrota, un signo de cansancio y melancolía.

Dejo para lo último a "el Guata" Bascur. Llamo al mapuche:

—¡Eh... Cayupi!

El indio despierta de su letargo. Se endereza trabajosamente. Entra. Y pide:

—Un veinte "contra"...

—No seas porfiado, Cayupi... Te he dicho tantas veces que estás enfermo del pulmón... Estás perdiendo el tiempo.

La faz inmutable del indio refleja una incredulidad de piedra.

—Quien sabe, pues... Mapuche no creer, pues. Machi diciendo que es "mal"... Vende "contra" no más.

—¡Pero si estás tuberculoso...! Tu mujer murió de lo mismo... Vas a contagiar a todos tus chiquillos si no los apartas de tu lado... Vete a Temuco a ver doctor... No seas ignorante... no existe tal "mal"...

—Machi diciendo que es "mal"... Machi sabiendo mucho... no engaña a mapuche. Vende "contra" no más... Mapuche está jodido.

Una tos seca, dolorosa, sacude a ratos, como una brizna, al indio mísero. Miro con honda lástima el rostro consumido por la enfermedad, devorado por la fiebre que abrillanta la piel adelgazada en los pómulos y en el mentón, como si la osamenta pugnara por emerger hasta la superficie, allí donde la vida libra su desesperada batalla con la materia ruin.

En las pupilas vidriosas asoma una tristeza sobrehumana, un temblor de agonía que sobrecoge. Todo el dolor de las razas vencidas, condenadas a la extinción total e irremediable, vaga por estos ojos fijos en que la muerte ha impreso su sello cruel.

La voz del mapuche suena ronca y monótona, insistiendo:

—Vende "contra" no más, patrón...

Me encojo de hombros. Es inútil luchar contra esta clase de ignorancia, contra este concepto primitivo de la vida que, en la imposibilidad de abstraerse y analizar, conduce al individuo, inerme, por las rutas de la superstición hasta el aniquilamiento definitivo.

Vuelvo a la tras-botica. De un alto anaquel cojo un frasco del que extraigo dos bolitas de naftalina. Las vacio en un saquito de papel y las entrego al indio que no se ha movido de su sitio.

El mapuche levanta una mano; entre los dedos esqueléticos aparece una antigua moneda que lanza sobre el mostrador. La vieja moneda de plata rebota sobre la madera lustrosa y tintinea alegremente.

—Chacul ví, patrón... Hasta luego... ¡muchas gracias!

Miro un instante la silueta del indio que se aleja por la calle polvorienta. Va con los ojos cerrados, como un sonámbulo, recto hacia la muerte. Se pierde a lo lejos, hundiéndose en la opaca mediatinta del atardecer.

“EL Guata” Bascur es el herrero del pueblo; debe el sobrenombre al descomunal desarrollo de su panza, aun cuando la crisis lo ha hecho perder unos cuantos kilos.

Es un paquidermo lento y pesado, gigantesco, de patas tiasas por el reumatismo. En la pequeña y rapada cabeza, los párpados capotudos no alcanzan a ocultar la malicia de los ojillos vivaces. Una gruesa nariz, grasienta y sensual, cae sobre la boca pequeña de finos labios. Una sonrisilla irónica y talmada vaga constantemente por entre los dientes podridos.

Viene a visitarme muy a menudo; nunca compra otra cosa que no sea alcanfor. Lo usa disuelto en una maceración de hierbas en aguardiente, para fricciónarse las piernas doloridas e hinchadas.

“El Guata” es una especie de enciclopedia andan-

te. Como la mayoría de los hombres, conoce un remedio para cada enfermedad. Me ha conversado, a veces, de extrañas curaciones que ha logrado obtener con gentes desahuciadas por los médicos. Cita misteriosos nombres de enfermedades: el mal de "hijada", el dolor del "padrejón", la "postema de la huevera". He sentido a menudo una ardiente curiosidad por conocer mayores detalles acerca de estas cosas; pero me he abstenido de inquirirlos para no descender en la estimación del herrero que es un terrible alacrán; si llegara a darse cuenta de que las ignoro, saldría a desprestigiarme a los cuatro vientos.

En su oficio es un artista... por lo caro que cobra. Ahora, con la crisis se ha desbandado toda su clientela. Con los escasos "pololitos" que le caen de cuando en cuando, no alcanza a comer. Ya hubiera muerto de hambre si no fuera por la ayuda que le prestan los padres del convento.

Así y todo, "el Guata" es un elefante ríjoso y sentimental. Cada dos o tres meses aparece una mujer nueva en la obscura herrería. Son hembras infelices que "el Guata" recoge no sé de donde, mujeres estropeadas por la vida, gatas tristes y famélicas, renovadas implacablemente por el lascivo paquidermo.

—Qué dice, mi amigo Bascur... ¿cómo está su señora?

Sin moverse de su sitio "el Guata" me tiende su manaza. Cada vez que se la estrecho tengo la sensación de meter mis dedos en un saco de paja podrida. Mi mano desaparece en esa pata fofa, helada, y húmeda.

"El Guata" me mira sonriendo maliciosamente:

—Tuve que echarla, don Panchito... Era muy comedora... me dejaba mirando... de las cuelgas...

—Ja... ja... Bueno, dígame... y que tal se portaba.

—Regular no más... Ay, don Panchito... me moriré y no me gozaré una señorita de sombrero... Pero ¿por qué no le dió un remedio al mapuche que acaba de irse?... No hay nada mejor para el pulmón que una piedrecita de alumbre disuelta en un poco de agua, y unas gotitas de ácido "sinfúrico"... en ayunas...

—Ni por nada... es preferible que lo vea un médico. Este indio tiene medios para hacerlo.

—Bah... los médicos... ¿y qué saben los médicos...? Cuando yo me enfermé en Valparaíso... después de la caída que me costó la "pega" en la marina... los doctores se daban cabeza con cabeza para descubrirme la enfermedad... uno decía que era el cerebelo... otro que aquí... otro que allá... Si no hubiera sido por el doctor Chatterton... un inglés que miraba "los iris", me habría muerto como un perro...

—Pero ¿en qué tiempo fué eso, Bascur...?

—A ver... espéreme... sí... fué el 96.

—Pero la medicina ha hecho grandes progresos desde entonces...

—Sí... no lo niego... Pero es que son muy brutos... Mire, le voy a contar un cuento que me narró el mismo doctor Chatterton... ese sí que era buen doctor... él fué quien me recomendó las "fletas" de alcanfor con vegetales... Bueno. Resulta que en un pueblo había un doctor y un vecino muy rico... El rico estaba enfermo de un oído... cada tantos días tenía que venir el doctor con sus pinzas para hacerle una curación... y el rico se mejoraba por otros pocos días... Pasaron los años, y el doctor seguía viviendo con lo que le pagaba el rico... Creció la familia del doctor y al mayor de los chiquillos lo hizo estudiar medicina... y también fué doctor. Resulta que cierto día, el doctor viejo tuvo que salir del pueblo y dejó al

joven para atender a los enfermos... Mientras el viejo estaba ausente, se volvió a enfermar el rico de su oído y tuvo que ir el joven a curarlo. Cuando el viejo volvió, el joven le contó que lo habían llamado de la casa del rico... Entonces el viejo, todo asustado, le preguntó: —¿Y qué le hiciste?... Y el joven le dijo que le había sacado un gusanito... — ¡Pedazo de bruto!... ese gusano fué el que te costó tu carrera... con ese gusano tengo todo lo que tengo... la casa y la chacra... me hubiera dado un fundo también... ¿te hubiera costado mucho dejarlo donde estaba...? retirándolo un tantito... sólo para calmar los dolores del “cauque”?... En fin... ya eres doctor... que ésto te sirva de experiencia.

—¡Ja... ja... ja!

—Sí, pues... así son... Y ahora déme dos pan-citos de alcanfor... mire que las piernas me están doliendo como diablo...

VI

LA OFICINA DE contabilidad de la tienda "La Favorita" sirve de juzgado dos veces a la semana. Alfredo Walter, el contador del "gabacho" Bourdachet, desempeña allí las funciones de juez de subdelegación.

Hoy, justamente, es día de juzgado.

Mientras llega el secretario, Alfredo Walter se afana, trepado en un taburete frente a un alto escritorio adosado a la pared, en un enorme libraco. Hojea con cuidado las grandes páginas que contienen las enredadas cuentas de los hijueleros de la región. De cuando en cuando anota una marca aquí y allá con la pluma que extrae, delicadamente, desde detrás de una oreja colorada y repugnante.

Los infelices campesinos piden todo el año y pagan con sus menguadas cosechas.

Cada cuenta es un intrincado documento de robo

y avaricia; ahí se anotan, a menudo, dos veces las mismas cosas, a precios usurarios, increíbles. De nada vale protestar contra las liquidaciones impresionantes. El señor Walter es el juez y puede hacer embargar, como ya lo ha hecho, bueyes y carretas hasta que el deudor mísero pague, aunque reviente.

Por otra parte, el invierno es largo, y conviene estar en buenas relaciones con el único proveedor, aun cuando éste sea un ladrón sin conciencia.

La oficina ocupa uno de los extremos del vasto almacén; un tabique de vidrieras la separa de los altos anaqueles sobrecargados de mercaderías.

Son las diez de la mañana. Detrás de los largos mostradores se agitan tres o cuatro dependientes atendiendo la demanda de la clientela que nunca merma; casi toda la venta se hace al crédito.

Entran y salen hombres de campo, silenciosos, huraños, de rostros atezados; extraños sombreros de grandes alas caídas, asegurados a las testas impasibles por sebientos barboquejos, parecen acentuar el gesto estolico.

Por una de las puertas del almacén irrumpe, de pronto, don Ismael Garrido Franco, secretario del juzgado. De talla mezquina, elegantísimo, cuidadosamente rasurado, el señor secretario marcha a paso elástico haciendo girar entre las manos abaciales brillante y grueso bastón de airoso puño.

Pasa velozmente ante los empleados que lo contemplan, divertidos, haciéndoles un extraordinario saludo: sin mover la cabeza guiña rápidamente los párpados de sabandija bajo las cejas difuntas.

En su afán por estirar en lo posible la menguada estatuta, don Ismael abomba el tórax raquíptico, quebrando hacia atrás la cintura de avispa, dando la impresión de andar encorsetado.

Penetra como una tromba en la oficina. Con cui-

dado exquisito cuelga de una percha cualquiera el pulido bastón. Las manos leves, como alas de mariposa, destocan el blanco chambergo de castor; sopla sobre él para quitarle un polvillo inexistente; insatisfecho aún, lo frota por el borde del ala con la manga del planchado vestón. Reaviva enseguida, de un vigoroso plumerazo, el brillo rutilante de los zapatones charolados; se alcanzan a ver los tornasolados calcetines color lagarto. Un rojo clavel incendia las solapas de cartón. Una gruesa esmeralda de utilería en el anular izquierdo, difunde por los dedos pálidos un resplandor verdoso, de hongo o de cadáver.

El señor secretario es un personaje pintoresco y fantástico, escapado talvez de las páginas de una revista para sastres.

Alfredo Walter, el juez, lo mira entre divertido e irónico.

Son dos bribones que se complementan admirablemente; el secretario aplaude y confirma las arbitrariedades del juez. Este, hace la vista gorda frente a las rapiñas del secretario que masca a dos carrillos en los menudos litigios lugareños. Don Ismael cobra derechos judiciales a todo el mundo; si la gente no dispone de dinero, acepta gallinas, pavos, ovejas; aun se atreve con piezas mayores. Cuentan que embargó una ternera a un mapuche recalcitrante; como el indio exigiera un recibo, don Ismael le estampó en el antebrazo un timbre de la oficina que decía: CANCELADO.

—¡BUENOS días, don Alfredo...!

La voz del secretario escapa sibilante por la frun-
cida boca de culo de gallina. Un incisivo bambolean-
te, solitario en la orfandad de las encías, imparte re-
pulsivo gesto de comadreja a la faz enjuta y lívida.

Alfredo Walter contiene difícilmente la risa cada

vez que oye hablar al secretario. Viene a su memoria el hilarante espectáculo brindado por don Ismael en cierta ocasión en que, con el propósito de allegar fondos para la organización de una brigada de boy-scouts, un grupo de aficionados del poblacho —entre los que se contaba el secretario— diera una representación teatral.

El juez evoca la escena, y se regodea.

El teatrillo del convento, lleno de bote en bote, flota en una penumbra azulada y ligera. Un apagado murmullo de conversaciones en voz baja, derrama su mosconeó sobre los pacientes espectadores. Algúen tose; otro, se suena las narices. Un boy-scouts provisto de una bandeja de madera, vende chocolates y rollos de menta por aquí y por allá.

El estrafalario paisaje pintado en el lienzo del telón, ondula levemente: parece que tambalearan, bo-rrachas, ciertas extrañas vacas que por ahí pacen, en un prado inverosímil.

Cuando la gente empieza a aburrirse y se insinúan leves protestas de suelas restregadas, el teloncillo oscila y se alza, lentamente. Se hace un silencio súbito. Aparece el escenario, diminuto, iluminado por potentes candilejas. Caras de niño, curiosas, asoman por entre las bambalinas.

En el centro del proscenio, una silla.

Momentos después hace su entrada triunfal el secretario Garrido, vestido de gaucho: amplias bombachas que se abolsan sobre las cortas botas de potro; brillante blusa blanca, de seda; pañuelo azul al cuello. En la mano derecha cuelga el rebenque de mango forrado en cuero y de ancha lonja que arrastra por el piso; en la izquierda, airosa guitarra cuyana.

El secretario se inclina, y el aplauso estalla como una granada. Es un interminable batir de palmas, una ovación que don Ismael recibe con gesto indiferente,

quien sabe si despreciativo. Los ojillos de comadreja miran altañeros; las comisuras arqueadas hacia abajo retuercen la boca en un signo de menosprecio.

Cesa el aplauso. Don Ismael afirma un pié en el asiento de la silla, y crispa las manos de buitre sobre las cuerdas que vibran apasionadas. El embrujo de los "entorchados" se apodera de los asistentes. En un silencio religioso se alzan las notas cadenciosas de un vals; brota la música llena de nostalgia, cariñosa, triste...

Súbitamente, el secretario rompe a cantar. Pero... ¡demonios!... ésto no es canto; es un chirrido insoportable, un ruido de lima afilando un serrucho, algo que hace doler los dientes, algo que ofende cualquier tímpano.

La gente se asombra; se mira consternada. Muchos se ruborizan en la obscuridad. Y el secretario, ahí en el proscenio, berrea como un poseso, frente a la compacta multitud que se pierde en la penumbra; estira la boca de culo de gallina, y el diente solitario asoma como un gancho oscilante.

Una gozosa voz de chiquillo grita, de pronto, en la galería:

—¡Oye, Peyuco...! ¡Agüáitale el "alcachófero"...!

La gente suelta el chorro de la risa. Un torrente de carcajadas desborda sus aguas rumorosas. La gente ríe a gritos, apretándose el estómago, los ojos llenos de lágrimas, sin piedad.

El secretario corta en seco la representación. El rubor le quema el rostro, las orejas. Se desconcierta; pierde el tino, y huye hacia adentro como un gato mojado.

Estuvo dos meses sin salir de su casa.

EL juez torna a la realidad. Habla lentamente.

—Mire, Garrido... tenemos dos causas que evacuar hoy. Una contra el boticario... ¡por fin me lo

pesqué en una... y parece que gorda...! En días pasados despachó unas obleas para "la Tortillera"... esa chusca pobre que vive frente al retén... y la hizo malparir. La criatura nació muerta, y fué enterrada al lado afuera de la casa... Se supo lo ocurrido por una pelea entre vecinas, una de las cuales denunció el hecho a Carabineros... El sargento hizo excavar en el lugar indicado... y ahí estaba el feto, podrido... Hice detener a todas las mujeres comprometidas... Ahí en la calle están, esperando... Haga citar al boticario... y si se resiste... que lo detengan. En todo caso pasaremos esta causa a Temuco...

—¡Ajá!

—La otra causa es una demanda del viejo Anguita contra don "Nacho" Cabrera... Aquí no podemos hacer nada... El viejo dice que don "Nacho" le corrió los cercos... y pide un agrimensor para rectificar los deslindes... Traté de retener esta demanda a pedido de don "Nacho"... pero el viejo se presentó en Temuco y ahora la piden desde allá... No se puede "embuchar..." No podemos hacer otra cosa que darle curso.

—¡Ajá!

—Bueno pues, Garrido. Cite al boticario.

El secretario se sienta con parsimonia detrás de su escritorio, y extiende la orden. El juez la firma sin mirarla, y la hace llevar por uno de los carabineros de la pareja que cuida a las detenidas.

APOYADO en el mostrador le escribo a mi madre. Hace ya muchas semanas que no voy a verla, y pienso que estos cuatro renglones la tranquilizarán. Pero no encuentro qué decirle. Todo lo que me ocurre es tan mínimo, tan sin importancia. Es como si viviera en una isla remota, solitaria, llena de bruma... Ter-

mino la carta de cualquier modo.

Doblo el pliego y lo introduzco en un sobre. Mientras mojo con la lengua los bordes engomados, oigo venir por la calle unas rudas pisadas. Momentos después, el carabinero entra en la farmacia. Viene a mi encuentro con aire decidido, hoscó. Sin saludarme, junta los talones que chocan secamente; tintinean los brillantes espolines; la obscura carabina rebota en la culata de la pistola que cuelga del lustroso cinturón.

Me asalta un vago temor; siento como si una misteriosa amenaza pendiera sobre mí.

El uniformado se saca lá rígida gorra, y extrae de su interior un papel que me alarga, inclinándose con tiesura. Reconozco la pretenciosa caligrafía del secretario, citándome al juzgado para esa misma mañana. No indica el motivo.

—Perfectamente... en un momento más estoy allá.

—Es que... debo acompañarlo personalmente.

—¡Pero ésto es un atropello...!

—No sé nada yo... La ley pareja no es dura.

—Tiene razón... La culpa no es de usted... vamos andando.

Salgo tal como estoy, embutido en el blanco guardapolvo que uso en la farmacia. El carabinero me acompaña en silencio.

Al entrar en la sala del juzgado alcanzo a ver, por la ancha ventana que da a la calle, un grupo de mujerucas sentadas en la vereda; entre ellas reconozco a Genoveva "la Tortillera". Viene a mi mente, veloz, el recuerdo de las obleas de quinina que despaché no hace muchos días para acelerar el difícil parto de la pobre mujer. Ya sé a qué atenerme. Piso terreno conocido; me tranquilizo instantáneamente. El juez se quedará con las ganas de atemorizarme.

Alfredo Walter, el juez, sentado detrás de su es-

critorio, se ha convertido de pronto en la imagen misma de la ley. El bribón, astuto y solapado, conoce la técnica de impresionar con la majestad de la justicia. El rostro colorado y vicioso, de ojos de cerdo y nariz espatulada, se ha transformado en una máscara fría e implacable, en una cara de cemento, dura, petrificada.

En otro tiempo, cuando llegué al poblacho, fuimos amigos. Me indicó la manera más fácil de ordenar la contabilidad de mi farmacia, y aun llevó sus favores al extremo de firmarme los balances que debía presentar anualmente a la oficina de Impuestos de Cautín. Yo le correspondí curando las gonorreas que atrapaba periódicamente en casa de la Eva, cada vez que caía allí una nueva pensionista, venida de Temuco o de Lautaro, trayendo sus perifollos y sus lacras.

Hoy, Alfredo Walter es mi enemigo jurado. Entre nosotros nunca ha ocurrido el menor choque; pero la hostilidad es sorda, latente. Ya no me acuerdo en cual momento empecé a retirarme de su turbia amistad; fué tal vez cuando, por boca de mis infelices clientes, comenzaron a llegar a mi conocimiento extrañas historias de atropellos y arbitrariedades.

No sé si por quijotismo o por ironía, salí al encuentro del juez dentro de sus minúsculas fronteras. Sin mostrar mi juego, empecé a minar su aparente poder ante los campesinos, aconsejando a uno y a otro acerca de las actitudes que debían asumir en el juzgado; divulgué ampliamente los tarifados de los juzgados de sub-delegación a fin de evitar a los desgraciados litigantes el pago de multas excesivas.

Poco tardaron todas estas cosas en ser conocidas por Alfredo Walter. Para vengarse, alineó en mi contra a todos los caciquillos del poblacho: los empleados de la Tesorería, los repugnantes municipales, los "gabachos", el turco Halabí, el hotelero.

Así y todo, esta espesa fauna no pudo impedir mi nombramiento de sub-delegado de la comuna. Pero si algún día me sorprendieran en un trasplés... ¡ay de mí!... me destrozarían a feroces dentelladas.

No les temo. A través de sus solapadas calumnias, mi juventud pasea su desencanto, su indolencia, y sus sueños imposibles...

ME esfuerzo en dar a mis palabras un intenso matiz de burla.

—Buenos días, señor juez... No tengo idea para qué me han citado.

Desde detrás de la mesa que lo ampara, se oye el áspero chirrido del secretario:

—Señor Ríos..., usted está hablando con el juez. Según el Código, a los jueces se les debe tratar de "señoría"...

—No diga... ¿de veras?... vaya... vaya. Lo ignoraba completamente. Le ruego perdonarme, "su señoría"...

La estatua de cemento carraspea solemnemente. Deja escapar las palabras con gravedad:

—Señor secretario..., lea a la persona citada el parte de Carabineros.

Nuevamente el grillo hace oír su desagradable chirrido. Lee íntegramente, con fechas y membretes, la comunicación redactada por el sargento del retén.

—Bueno... y ¿qué tengo que ver yo en todo este asunto?

—¡Ah... no sé!... Lo he hecho citar para inscribir su declaración en los antecedentes que me voy a ver en la obligación de enviar a Temuco junto con todos los detenidos por este delito.

—¿Sabe que está bueno...? Si tuviera que prestar declaración cada vez que vendo una oblea de quinina, sería mejor que me viniera a vivir al juzgado... ¡Ja... ja...ja...! No será usted el que me mande a Temuco. No olvide que todavía soy el sud-delegado a pesar de todos los manejos que desarrollan ustedes para largarme de ese cargo... Además... ésto no es un delito. ¡No, señor...! Es una inhumación ilegal, por ignorancia. Me parece el colmo del rigor la detención de estas pobres mujeres por algo que no alcanza a ser un hecho delictuoso... Son infelices mujeres desvalidas... todas tienen hijos pequeños... Hay que imaginar el desamparo en que queda toda esa gente...

—La ley pareja no es dura, joven.

—Palabras... Todos dicen lo mismo para justificarse ante la propia conciencia. La ley justa es siempre magnánima...

—Mire, joven... déjese de "fisologías" y vamos al grano. ¿Vendió o no vendió esas obleas de quinina de qué habla el parte?

—Seguramente... No lo recuerdo con precisión. Me da lo mismo.

—Es todo lo que queremos saber. Anote, señor secretario.

El grillo garrapatea velozmente una hoja de oficio. Termina de escribir y se rebulle, inquieto, en el asiento. De tiempo en tiempo sufre agudos ataques de histeria, y forzosamente necesita recurrir a mis ampollas de luminal. Trata de paliar las asperezas.

—Ya está, señor Ríos... firme aquí... Ajá... Puede retirarse. Creo que tendrá que ir a Temuco. Esta causa tenemos que pasarla al Juzgado del Crimen... Váyase tranquilo... a usted no le pasará nada.

—¿Y qué cree usted que me va a pasar?... Me parece ridículo todo ésto... ¡hasta luego!

DESPUES de algunos momentos, el secretario hace llamar a las mujerucas. Doña Rita, Genoveva "la Tortillera" y las otras vecinas entran en la sala, lanzándose miradas hostiles, desconfiadas, temerosas.

Detenidas la tarde anterior, la noche pasada en el cuartel ha hecho más profundas las arrugas, más revueltas las hirsutas cabelleras, más tristes las obscuras ojeras.

El grillo encorsetado alza su chirrido desde el fondo de su rincón:

—Rita Muñoz... ¿juráis decir la verdad.....?

VII

UBICADA EN EL extremo oeste del poblacho, la estación de los ferrocarriles enfrenta un pringoso núcleo de cocinerías que acogen al viajero humilde.

Son casuchas miserables, hendidas, de techos desplomados. En otro tiempo, cuando el flete de maderas hacía entrar en el poblacho hasta dos mil carretas diariamente, estos oscuros figones conocieron etapas de gran esplendor.

En torno a largas mesas forradas en zinc, circundadas de bancas de madera en que se sentaban hasta diez personas a la vez, se afanaban las mozas sirviendo los humeantes platos de "cazuela", el "pebre" picante, el vino capitoso. Desde detrás de grasientos mostradorcillos, las patronas vigilaban con ojos de lince a los taimados clientes para impedir que se fueran sin pagar el consumo.

Hoy, la crisis ha transformado estas fondas en cantinas y prostíbulos clandestinos. Allí, muchas veces, en lo alto de la noche, se escuchan rasgueos de guitarras, roncadas voces vinosas, el "tamboreo" resonante de la cueca. Son orgías pequeñas y tristes, de escasas monedas, de vino furibundo y violento que pone en los ojos turbios sus destellos de tragedia latente.

A menudo, la ronda de carabineros irrumpe en lo mejor de la fiesta. Manos rápidas hacen desaparecer con presteza copas y botellas, empujan beodos hacia el patio, acomodan febrilmente los míseros trastos desordenados por la remolienda. Sólo entonces se abre la puerta a la temida autoridad; entran los carabineros, hoscos, socarrones, insobornables, y revisan hasta debajo de los hediondos camastros.

Cai nunca comprueban una infracción. Pero, a veces, una damajuana olvidada basta para justificar el parte y la subida multa que es imposible pagar con dinero sino con veinte o treinta días de prisión.

Estas contingencias van aparejadas con el oficio, y todas las fonderas las aceptan de antemano. Todas... menos la Ema "del tajo" en cuya casa se reúne gente "principal" a jugar brisca o "lado y lado". Vecinos curiosos han logrado reconocer entre los furtivos parroquianos a Alfredo Walter y a Sebastián Elgueta, entre otros.

La Ema "del tajo", una hembra madura, de ojos negrísimo y obscuro rostro cruzado por honda cicatriz que origina el mote, se ufana de la amistad de estos hombres y los atiende con especial cuidado.

Las indudables ventajas que extrae la fondera de sus relaciones con el juez, le han valido el odio mortal de parte de sus sebosas competidoras quienes la han hecho víctima de incontables brujerías.

La Ema "del tajo" se burló en un comienzo de es-

tos manejos, pero hoy vive llena de terrores; el alma primitiva y supersticiosa tiembla ante las misteriosas fuerzas que la amenazan obscuramente. Personas oficiosas le han dicho que todas las noches la "velan" en casa de "la Polca", una viejecilla fiata, de nariz nauseabunda y uno de los azules ojos entelado por espesa nube.

La Ema "del tajo", enferma de espanto, ha denunciado a Carabineros los hechizos con que la "están matando a pausas". Alfredo Walter ha metido sus manos en el asunto, pero se ha estrellado contra la macquería de "la Polca". La mujercilla se ha defendido marrulleramente; acorralando al juez con gangosas palabras y las pestilentes emanaciones de las chatas narices.

Y así corren los días, lentos, tristes, desesperanzados.

GUMERCINDO Soto, secretario de la Municipalidad ha bebido toda la tarde en casa de Ema "del tajo".

Retaco, macizo, pendenciero, el secretario Soto es un borrachín solitario. Cuando está bebido insulta a los amigos y a los que no lo son, curiosa costumbre que lo ha hecho recibir palizas descomunales. No hace mucho, Cristóbal, un temible cojo vendedor de pescado, lo agredió a muletazos hasta aturdirlo. Una ancha cicatriz —recuerdo de esa gresca— le hiende la frente; trata de disimularla con una onda de pelo, muy aplastada y relamida, lo que le da un extraordinario aspecto de "marica".

En cuanto a Cristóbal, seis meses de cárcel le han enseñado, prácticamente, las ventajas de la templanza.

Gumercindo Soto sigue bebiendo sin tasa ni medida. Acodado sobre una mesa, cuenta a la Ema "del

tajo", que lo escucha pacientemente, una larga historia. El no es ningún "aparecido"; pertenece a una gran familia "del norte", dueña de minas y de fundos; sus hermanos son personajes altamente colocados; sólo él salió andariego. Pero cualquier día, sin decirlo a nadie, regresará al terruño a hacerse cargo de su herencia. Dejará sin pena este nido de culebras que no saben reconocer los méritos de un "caballero" como él...

La mujer reprime un leve bostezo. El hombre bebe vaso tras vaso, tartajando. Toda la amargura de una vida mínima, obscura, lamentable, aflora a la superficie de la conciencia que el vino ha tornado hiperestésica. De los hinchados labios brotan tremendas diatribas contra el alcalde:

—...Si es un pendejo "enterado"... un roto metido a gente, un coimero... un analfabeto. Fijese, Emita, que un día que falté a la oficina hizo despachar un telegrama para congratular a S. E. el Presidente de la República por la escapada en el atentado del puente de Maipo... El telegrama decía más o menos así: "Segundo Moreno, alcalde de Roble Huacho, se "adhiera" al atentado contra V. E. ... etc..." Por suerte, la señorita del telégrafo se negó a despacharlo... "Se adhiera"... ja... ja... ja. Exactamente como si se tratara de un banquete, el desgraciado.

El secretario se va de la lengua; sigue machacando, interminablemente, sobre el mismo tema.

De pronto, un bostezo que casi le desquicia las mandíbulas, lo trae bruscamente a la realidad. Mira la hora: ya va mucho de noche. Se restriega los ojos; se despereza, estirando los brazos.

Es hora de dormir. Paga. Y sale, erguido, en esa curiosa actitud de los borrachos que quieren disimular la ebriedad sin conseguirlo.

A poco, lo toma el aire de la noche. Le sobreviene

un mareo súbito; la calle se ha transformado en una cinta que ondula frenéticamente, en una superficie recorrida por olas vertiginosas que lo transportan de tumbó en tumbó. El secretario Soto avanza de lado, sujetándose en las cercas para no caer; cruza las bocacalles a toda prisa, tambaleando, describiendo grandes eses.

Cerca de la Municipalidad, en una de cuyas piezas interiores transcurren sus noches de solterón empedernido, logra escuchar una voz que lo llama:

—Señor Soto... ¡eh!... señor Soto.

La voz parte de la casa de doña Palmira Uribe. El borracho vuelve sobre sus pasos, y repara en el pasadizo iluminado, en la ancha puerta de calle abierta de par en par. ¿Cómo fué que no vió todo ésto, segundos antes, al pasar?

—Buenas noches, señora Pal... mira... Hip... En qué puedo... servirla.

La mujer se da cuenta del lamentable estado del hombre. No halla qué actitud adoptar; un desaliento profundo, una gran ansiedad desmayan el rostro envejecido. Las palabras brotan llorosas:

—Señor Soto... necesito hablar urgentemente con "Mañunguito" Fernández... ¿Por qué no me hace el favor de ir a decirle que venga inmediatamente?... Hágame este favor... por lo que más quiera.

El borracho tambalea, pero el sueño se le ha espantado de repente. Una curiosidad sin límites agranda los ojos turbios. ¿Para qué querrá esta vieja al "rucio" de la Caja de Ahorros?

Aquí hay gato encerrado. La mente del ebrio trabaja febrilmente, tratando de coordinar las ideas que se atropellan; descentradas, en el cerebro embotado por la borrachera.

Tiene que hacer un esfuerzo verdaderamente heroico para contestar de tal modo que no se transpa-

rente su ávida curiosidad:

—Este... ¡hip!... Cómo no, señora... In... mediatamente.

La mujer lo ve partir; se afirma en el marco de la puerta; la mirada humedecida se hunde en la noche solitaria y enemiga. Un profundo suspiro brota del viejo pecho; los ojos se llenan de lágrimas. Un leve desvanecimiento, del que se repone al instante, incorpora un girón de la noche en el corazón acongojado.

¡TAC... tac... tac...!

Silencio.

¡¡Tac... tac... tac...!!

Una voz soñolienta, acatarrada, pregunta desde el interior de la casa en reposo:

—¡Eh!... ¿quién es?

El borracho no alcanza a oír. Golpea más fuertemente.

¡¡¡Tac... tac... tac...!!!

La voz, enteramente despertada, grita con ira, enronquecida:

—¿Quién golpea, carajo...?

—Este... hip... soy yo. La señora Palmira... este... la señora Palmira... este ... hip...

—¡Hasta cuando...!

El "rucio" Fernández se revuelve en la cama, empapado en sudor. Su madre, desde el lecho vecino, al sentir que el muchacho busca los zapatos en la obscuridad, le susurra quedamente:

—No, hijo... no te levantes. Te puede dar una pulmonía... es preferible que despiertes a René.

El borracho, afuera, ha logrado oír el murmullo, y se calla.

El "rucio" Fernández golpea el muro.

—¡René!

Silencio.

—¡¡René...!!

—¿Ah?

—Oye, René... No sé quien diablos está ahí afuera, "curado"... ¿por qué no te levantas?

—Al tiro.

Un momento después se entreabre la puerta de la calle, y asoma por ella la negra melena de René Jorquera.

—¿Usted, señor Soto...? Diga no más...

—Este... la viuda Uribe necesita urgente... al señor Fernández... este... hip... ¡Buenas noches!

—¡Eh, oiga...! ¡Vuelva!

Es inútil llamarlo. El borracho se aleja de allí, tambaleando. René Jorquera lo mira un instante y sale corriendo, detrás, en calzoncillos.

—Oiga, amigo, ¿Qué es lo que pasa?... ¿qué le ocurre a la señora Palmira, ah?

—Este... y qué sé yo... Dijo que fuera Fernández... nada más.

—¿QUE le ocurrirá a la señora Palmira?... Debe ser algo grave... Pero es imposible que vayas, Manuel... No debes ir... estás muy resfriado.

—Tiene razón tu madre, "ruclo"... No te preocupes; yo iré. En un momento más, salgo... voy a ponerme la ropa.

Al cabo de breves instantes René Jorquera corre, velozmente, por la calle desierta. Un grueso chaleco de lana, de cuello alzado, lo protege del frío de la medianoche.

Está helando. Una luna de harina, en lo alto, derrama sobre la tierra un resplandor pálido.

El volcán Llaima rompe el cielo diáfano, a lo lejos, con la antorcha fija de su cráter en llamas. Las aterridas navajas del "pueche" desuellan sin piedad la cara del muchacho que corre en la noche.

Aúlla un rosario de perros despiertos. Y sus aullidos ascienden agudamente en la lechosa transparencia lunar.

—BUENAS noches, señora. Manuel no pudo venir: está un poco enfermo... Si en algo la puedo servir... disponga no más.

El muchacho nota que la anciana se parece extrañamente a su madre ausente. Tal vez ocurre que todas las viejas se parecen; llegadas a ciertos límites de vida, las arrugas quiebran los rostros en idénticos surcos, sumergiendo bocas y ojos, levantando pómulos y mentones ajados y marchitos.

La anciana llora, apretando el rostro con las manos sarmentosas.

—Ay... Dios mío. Mi chiquilla... la Lucha... se me arrancó. Se me fué con ese canalla de Elgueta... Qué voy a hacer ahora, Dios mío...

Leves estremecimientos recorren el cuerpo enjuto de la pobre mujer. Solloza largo rato; se va calmando después, lentamente. Y acumula detalles de lo ocurrido.

René Jorquera evoca fugazmente la figura vulgar, insignificante, de la sobrina de doña Palmira. Su vida, una página en blanco, resume la pequeña historia de las románticas muchachas que languidecen en los pueblos, aplastadas por el aburrimiento y el hastío. Cansada de esperar, en el ardiente sueño de la adolescencia, la llamada indecible del amor ideal, plegó las alas de la voluntad —como una avecilla triste— y se dejó caer en las trampas arteras de Sebastián Elgueta.

La anciana habla, llorosa. El mozo escucha en silencio.

Hacía tiempo que el gavilán rondaba la presa. Anoche no más, ella los sorprendió "pololeando" a través de los barrotes del dormitorio de la muchacha. Enrostró al hombre su proceder torcido: ¿Por qué no llegaba a su casa? ¿Para qué dar que hablar a los vecinos? Ella en el fondo hubiera deseado el matrimonio de su sobrina con el señor Elgueta, siempre que todo se hiciera decentemente, no así, a escondidas.

Hoy se acostó a la hora de costumbre, a la oración. La muchacha se quedó en la cocina, lavando la vajilla. Ella, doña Palmira, rezó su rosario por el descanso del alma del difundo Uribe —antiguo carrilano, Dios lo haya perdonado— y descabezó tranquilamente su primer sueño. Despertó alrededor de las once de la noche; las luces permanecían encendidas, y la casa, en silencio. Atemorizada, llamó a la Lucha. Nadie contestó. Volvió a llamar. Nada. Entonces se levantó. Buscó por todas partes, hasta en la "casita". Nadie. La Lucha se había ido.

—Qué voy a hacer ahora, Dios mío... Este bribón la tiene encerrada en su pieza.

—¿Qué edad tiene su niña, señora?

—¡Si es menor de edad...! Anda en los dieciocho. La crié desde que tenía cuatro años, la pobrecita... Y ese canalla que la ha deshonrado... Si estuviera vivo Uribe...

—Calma, señora... ¿qué podemos hacer?... Disponga de mí, con confianza.

—Acompáñeme al cuartel, por favor. Allá sabrán lo que debe hacerse.

Doña Palmira cierra la puerta de su casa, y tranqua, decididamente, al lado de René Jorquera. La fiebre de la acción ha despertado en ella, súbitamente, antiguas bizarrías. El desaliento ha pasado por en-

cima de su espíritu, sin doblegarlo. Ella va a enseñar al tal Elgueta a burlarse, así, de las mujeres. Tendrá que casarse con la muchacha. En caso contrario, irá a la cárcel por corruptor de menores.

El deseo de desquitarse corre por las venas de doña Palmira como fuego líquido. Las viejas articulaciones crujen en la marcha acelerada.

A lo lejos, ocultándose en los huecos de las puertas, una sombra furtiva persigue a la pareja. Es Guimerindo Soto que, a toda costa, quiere saber de qué se trata.

EL cabo de guardia del retén informa a la viuda que ellos, los carabineros, nada pueden hacer sin una orden escrita del juez. Un allanamiento sin mandato competente, es un atropello que se puede pagar muy caro... tal vez con el despido, quien sabe si con la cárcel.

La anciana decide recurrir al juez: Acompañada del mozo, vuelve sobre sus pasos en busca de la orden legal.

Sobre la calle desierta, la luna proyecta largas sombras fantasmales.

Alfredo Walter, juez de sub-delegación, a medio vestir, escucha con socarronería la historia que le cuenta la viuda. El rapto es una fábula; él lo sabe bien. Su amigo Elgueta lo tenía al corriente de los progresos de este amorío.

El juez extiende la orden de allanamiento sin ninguna dificultad. La presencia de René Jorquera, y su silenciosa actitud, crean un clima de respeto y dignidad.

La viuda coge el documento, y sale, altiva. Los pasos de la pareja resuenan, por breves instantes, en el silencio de la noche, rumbo al cuartel. Luego se apagan.

La calleja se estira como una serpiente muerta.

bajo la luz fría e inanimada de la luna.

AL cabo de un momento, Alfredo Walter, cubierto con una manta de castilla que le emboza el rostro, sale a la calle. Echa una profunda mirada en dirección al retén, y alcanza a vislumbrar, no lejos de allí, una sombra huidiza que procura ocultarse en la oscuridad de una puerta.

El juez se encamina hacia ella, decididamente. Bajo la manta empuña, con nerviosidad, el revólver fiel.

Al sentir los pasos cercanos, la sombra trata de perderse en el hueco, confundirse con las tinieblas propicias. Pero una voz firme lo inmoviliza de inmediato:

—¿Quién está ahí...? Salga... ¡O lo quemamos!

—Don Alfredo,... no dispare, por Dios. Soy yo:...

Soto.

—¿Eh?... ¡qué suerte, hombre! Acompáñeme.

Vamos inmediatamente a la plaza de Elgueta.

—Este... ¿y qué ha pasado?

—Por el camino le contaré. Pero... apresurémonos... antes que sea tarde... antes que vuelva la vieja con los carabineros.

Alfredo Walter, mientras camina, va narrando al secretario, cuya embriaguez se ha espantado del todo con el susto, los detalles de lo sucedido.

—Sí pues... Tenemos que salvar a Elgueta. Para eso están los amigos,... ¿no le parece, Soto?... Hoy por tí...

—De veras ¿no?... je... je... El chasco que se va a llevar la vieja...

—MIRE, Soto... aunque echáramos la puerta abajo, Sebastián no nos va a sentir. Tiene la plaza

muy al fondo, detrás de la bodega... Vea si puede saltar por la cerca...

El secretario Soto se ha encaramado en el muro de madera. Salta. Cae blandamente sobre la tierra suelta del sitio, y desatranca el destartado portón. Por ahí entra Walter; los dos gandules se encaminan, furtivamente, hacia la parte posterior del edificio en una de cuyas piezas duerme Elgueta.

La puerta del fondo ha quedado sin pestillo. Al primer impulso se abre suavemente. Los dos hombres penetran, silenciosos, en una pequeña galería que conocen muy bien pues allí han estado, a menudo, bebiendo.

No se oye el menor ruido.

—Pss... Elgueta... pss...

Alfredo Walter golpea con los nudillos, ligeramente, la puerta interior.

—¡Eh!... ¿quién es?

—Pss... Elgueta... venga rápido.

Cruje un sommier en la pieza vecina, y ágiles pisadas desnudas se acercan a la galería. Se abre la puerta, en la obscuridad, con agudo chirrido. El secretario Soto raspa una cerilla que alumbra, fugazmente, el rostro inquieto del tenorio sorprendido.

—Apague el fósforo... ¿qué ocurre?

—Oiga, Elgueta... doña Palmira viene hacia acá con los carabineros. La chiquilla es menor de edad... échela para afuera... en caso contrario lo va a pasar mal... Nos vamos al tiro... no podemos quedarnos... Lo esperamos en casa de la Eva... así puede probar una coartada.

—Hombre... ¡cuántas gracias...! No creí nunca que la señora me sorprendiera; la chiquilla se iba a ir temprano... Pero esta es una jugada de la vieja...

me la va a pagar...

No resiste la tentación de darse tono:

—...y qué macanuda es la "cabra"... Estaba re-buena... se "rajó" como un lienzo.

Los otros reprimen la risa. Y al momento desandan el camino.

—YA, pues, mi hijita..., levántese. Su tía viene hacia acá con los carabineros... Tiene que irse inmediatamente.

—¿Cómo?... No,... ¡no me levanto!

—¿Eh?

—No... Si no me levanto. Pss... Después que me saca de mi casa, con mentiras, me quiere abandonar... ¡¡No me levanto!!

El gavilán arde. Se viste con premura; la nerviosidad le impide encontrar el botón oportuno, el ojal taimado. Estira la mano hacia la silla en cuyo respaldo ha dejado el vestón; no lo encuentra. Coge, en cambio, una prenda menuda, de seda, tal vez los pantaloncillos de la muchacha; la estruja, iracundo, entre las manos febriles; la arroja sobre el lecho.

La pieza sigue sumergida en espesas tinieblas. La mujer se ovilla en la cama, desnuda. El sommier cruje suavemente.

El hombre termina de vestirse. Y de pronto estalla, lleno de cólera, furioso:

—¿Te "vai" a levantar, mierda...? ¡O "querís" que te saque "en pelotas" para la calle...!

El rendido galán se ha convertido, de repente, en un granuja asustado, capaz de cualquier felonía.

La muchacha se atemoriza. Se sienta en el lecho y empieza una búsqueda nerviosa tras las ropas dispersas. El rocé de los vestidos deslizándose levemente,

en la obscuridad, sobre el cuerpo desnudo, enciende otra vez el deseo del hombre; pero lo reprime, y con los nervios tensos escucha, anhelante.

No se oye ni el más leve rumor.

La muchacha, vestida, se ha sentado ahora en el borde del lecho, indecisa. El hombre, impaciente, la coge de la muñeca y hala con ella, sin miramientos, como si se tratara de una mula taimada que resistiera el ronزال.

La muchacha tambalea; pero impelida por una fuerza que es incapaz de repeler, se ve conducida por entre medio de los toneles, camino de la entrada de la bodega. La tenue claridad que se cuele por una alta ventana embarrotada, baña de pavorosa penumbra los curvos vientres de las pipas alineadas a lo largo del vasto pabellón.

Hay un olor de vino agrio, de vino derramado sobre tierra húmeda; un olor a bodega que golpea el olfato y el estómago; un olor a vino enmohecido que produce bascas.

La muchacha se siente perdida, aun cuando el terror de verse indefensa entre las garras de un bruto inmisericorde la ha privado de toda facultad de razonar. Sigue cogida fuertemente por la muñeca, pero no siente dolor alguno.

El hombre no la suelta ni para desatranca la puerta de la calle, cuyas hojas abre silenciosamente. Se asoma por ella, furtivo, y mira hacia todos lados, con ansiedad, tratando de penetrar con la mirada hasta más allá de toda percepción. Bajo las cejas contraídas, las pupilas crecen en la sombra y relucen como los ojos de los perros.

La muchacha está a punto de gritar. Después que la dolorosa iniciación redujo los nervios excitados a su equilibrio psíquico, el terror ahora la hiende con agudas saetas de histeria.

Sebastián Elgueta ha palpado con las antenas del instinto, vibrantes en el peligro, el silencio y la soledad de la calle. De un violento tirón lanza a la muchacha hacia la vereda. Corre el cerrojo exterior, y aprieta un candado que chasca sordamente. Al guardar el manajo de llaves en el bolsillo trasero del pantalón, un leve crujido de metales frotados quiebra, fugazmente, el helado y silencioso cristal del aire.

El hombre se aleja a grandes pasos, en dirección a la casa de la Eva. Ha pasado junto a la muchacha, sin mirarla. A poco, su silueta se desdibuja, pierde los contornos, confundida en el opaco juego de luz y sombra que la luna proyecta en la indecisa perspectiva de la calleja.

La muchacha no se mueve. Permanece en el borde de la acera, atontada, estupefacta. Se siente desfallecer; se afirma un instante en una puerta cualquiera, y trata de pensar. Vergüenza, temor, humillación, confusos pensamientos aprietan el corazón herido.

Brilla la luna. Las soleras se van cubriendo, lentamente, de una fina capa de escarcha que reluce con chuzas golpea la noche con sus alas lentas y agoreras, suave fulgor esmerilado. El vuelo esponjoso de una lede trapos sueltos y blandos.

La muchacha sigue inmóvil. Intuye el escándalo, el comentario sin piedad, el desprecio de las amigas, las miradas aviesas de los hombres.

No puede hacer nada. ¿No? ¡Sí!... hay una salida, una sola. Morir. Como una protesta hacia la vida que ha destrozado su fe y su ilusión; que ha tronchado su esperanza y el orgullo, magnífico, de su castidad.

Como una sonámbula se encamina hacia la orilla del río.

SUBITAMENTE la calleja se cubre de ruidos. Re-

los tacones resuenan sobre la tierra escarchada. La luz de la luna se refleja sobre las hoscas botas de los carabineros, sobre los brillantes cinturones, sobre el obscuro empavonado de las carabinas que asoman sus trágicas bocas por detrás de los torsos decididos. El propio sargento comanda el grupo formado por tres hombres de tropa y René Jorquera.

La viuda Uribe, aconsejada por el sargento, se ha marchado hacia su casa a esperar los sucesos.

—¿Qué es ésto,... la puerta cerrada por fuera? Pero... ¡no es posible!

René Jorquera recuerda la actitud taimada del juez; repara en la amistad que siempre ha demostrado por Elgueta, en ese turbio compadrazgo que brota de los vicios comunes y que, a menudo, amarra más a los hombres que los altos pensamientos.

Ante la puerta cerrada, una ira profunda crispa la conciencia juvenil: he aquí una vida pura, soñadora, estrujada por manos brutales; un corazón de mujer, confiado, pasional, encendido y trémulo, que se rompe de pronto como un vaso de cristal contra la dura sensualidad de un cobarde escudado en la impunidad que le confiere la protección del amigote poderoso y sin escrúpulos.

—Mire, mi sargento... no sacamos nada con registrar la casa. El pájaro ha volado... alguien vino a avisar.

—No,... no... ¡Allanemos, no más! Podemos encontrar alguna prueba, algún indicio, algo, en fin, que pueda servir de testimonio... Hay que poner atajo a estos atropellos para que la gente se sienta segura... y por el prestigio de nosotros mismos... ¡Durán, rompa el candado!

El carabnero aludido introduce el cañón de su arma por debajo de las argollas y, haciendo palanca, logra hacer saltar los gruesos anillos de hierro que se

rompen con un ruido seco.

El sargento abre la puerta de un puntapié. Enciende su linterna eléctrica, y un potente haz de rayos perfora las tinieblas del bodegón. El grupo se encamina hacia las piezas interiores, sorteando las hileras de toneles.

René Jorquera está ya convencido de lo inútil que es este allanamiento. Sigue a los carabineros, no obstante, tropezando en la obscuridad.

La pieza de Sebastián Elgueta se encuentra en perfecto orden. No hay allí señales de lucha o de violencia. La inquieta luz de la linterna filsgonea por aquí y por allá, detrás del armario, debajo del lecho. Sobre la cama deshecha, unas oscuras manchas rompen la relativa limpieza de las sábanas. Los hombres se inclinan, curiosos, para observarlas desde cerca. ¿Será sangre? Pero ésto no significa nada: puede ser de una herida, de una hemorragia nasal tal vez.

Sobre el velador, un espejito abandonado rechaza hacia las ojos de los hombres la cegadora luz de la linterna.

Nada hay allí que pueda justificar una acusación. Flota, empero, en el aire, un tibio olor a mujer; un olor a pasión, a cuerpos trenzados y palpitantes; un olor caliente, a cópula y semen.

Por un instante fugitivo e inasible, los cinco hombres permanecen inmóviles, temblando allá en las oscuras raíces del instinto; sintiendo el corazón golpeado por espesas oleadas de sangre; las manos contraídas en una crispación que casi llega al dolor.

CERCA de la casa de la viuda, René se adelanta al grupo. La anciana espera, anhelante, afirmada en el marco de la puerta.

—Señora,... desgraciadamente la casa estaba sola. No había nadie. Es casi seguro que el juez puso a

Elgueta sobre aviso... Me imaginaba que su niña ya estaría de vuelta aquí.

—No, no ha llegado. Búsquela por favor... puede hacer una locura,... ¡y que sola quedaría yo, Dios mío!

—Señora,... no desespere. La buscaré hasta encontrarla... Tenga confianza.

La anciana lo ve partir al encuentro del grupo de carabineros que lo espera no lejos de allí.

—¿Qué podemos hacer, mi sargento...? Ya son las dos de la mañana... ¿dónde se habrá metido esta "cabra" del diablo?... Voy a echarle una mirada por la orilla del río, por si acaso... Déme un hombre... Usted puede recorrer el pueblo... ¡Ya, buena suerte!

René Jorquera, acompañado del carabinero, atraviesa la calle y siguiendo una ruta transversal llega en breves momentos a la barranca por cuyo fondo corren las aguas siniestras del riacho. Un espeso reborde de quillantales, proyectando su sombra contra la ribera baja, impide toda visión.

—¿Bajemos?

Un leve sendero diseñado en las quillas los conduce rápidamente hacia una pequeña plataforma que el impulso del agua ha excavado en el terreno rocoso de la barranca. Ahí, las mujeres de la vecindad lavan sus ropas; es un sitio peligroso, de aguas correntosas y profundas.

A pocos metros de distancia, en la plataforma libre de quillas, los dos hombres atisban una figura encogida, temerosa, absorta en la contemplación del agua vertiginosa y negra.

La muchacha no advierte la presencia de los dos hombres sino cuando ya los tiene encima. No hay posibilidad de evadirse, pues la plataforma termina a dos pasos de ella, en la hosca muralla de la barranca.

René Jorquera salta, veloz, y, estira el brazo en

violento agarrón. Pero la mano, ávida y decidida, zig-zaguea vanamente en el aire. La muchacha, lanzando un agudo grito, se ha arrojado con los brazos abiertos en la obscura vorágine que gira, trágicamente, a sus pies. Y que la arrastra en un agrio naufragio de ropas y cabellos emergiendo un instante; en el desolado naufragio de unas manos que en el afán inconsciente de sobrevivir, se alzan fuera del agua como tratando de asir la vida que se escapa, colgándose del aire, salvarse. Se oye un sonido extraño: el de una boca rebelde gritando debajo del agua, expulsando aullidos y burbujas, apagada al momento por el agua invasora.

Los dos hombres se paralizan; pero se rehacen de inmediato. Trepan con celeridad hacia los bordes de la barranca, y corren por su orilla siguiendo las aguas. Por fortuna, a pocos metros de allí, el lecho del río pierde profundidad; menudas piedras tapizan el fondo rompiendo el agua en inofensiva espuma.

Ahí, en ese lugar se puede intentar el salvamento. Pero mientras buscan una bajada propicia, ven con espanto una masa oscura que pasa dando vueltas, girando en el agua plateada y cabrilleante.

Ahora la barranca desciende y los dos hombres se encuentran, de pronto, sobre una ribera plana y accesible.

La ribera opuesta, alta y escarpada, cubierta de apretada vegetación, descuelga sobre el agua profunda festones de duras llanas, reclas cuerdas lignificadas, resistentes, elásticas.

En el preciso momento en que tal vez el misterioso juego de fuerzas que desarrollan las corrientes de los ríos empujara por última vez hacia la superficie el cuerpo semi-inconsciente de la muchacha, una de sus manos roza la pared de piedra de la escarpa, y se engancha en un espeso nudo del flexible ramaje.

Los festones no ceden, y el cuerpo queda balan-

ceándose, la cabeza y los hombros fuera del agua. El aire penetra a torrentes en los pulmones congestionados; la vida empieza a bullir de nuevo por las venas endurecidas un instante; el deseo de vivir cobra otra vez su imperio cósmico. El corazón late con violencia y el cerebro envía sin descanso sus mensajes misteriosos.

La muchacha grita. No quiere morir.

—¡Mamacita...! ¡sáquenme del río!... ¡¡socorro!!

Los dos hombres en la orilla opuesta no hallan qué hacer. Ninguno de ellos sabe nadar. El carabiniere saca un silbato, y un agudo pitazo perfora el claro corazón de la noche.

A poco llega el sargento y sus acompañantes, atraídos por la llamada. Traen un caballo sin bridas ni montura. Uno de los carabineros improvisa un renegade de soguillas. René Jorquera cabalgando "en pelo" se lanza al espeso raudal.

A los pocos metros el caballo pierde fondo y se hunde, repentinamente. El vaivén del agua casi desmonta al muchacho, pero logra afirmarse y guía al dócil bruto hasta el lugar en que la muchacha ha gritado. Bajo las sombrías enredaderas atisba, súbitamente, el cuerpo sumergido, zarandeado por la corriente, las manos crispadas como garras sobre el cordaje oscilante.

El muchacho acerca el caballo hacia la escarpa. Se inclina certeramente, y atrapa a la mujer por los cabellos. La moza suelta las manos en el mismo momento, y es remolcada brutalmente hasta la orilla. Ahí queda, aterida, silenciosa, las manos moradas por el esfuerzo y el frío.

—A ver, mi sargento... Echenmela aquí, por delante... Con cuidado,... miren que la pobre está tiesa.

La muchacha sigue rígida e inmóvil. Dos carabi-

neros la levantan en vilo y la cruzan como un saco en el caballo, por delante del mozo.

El caballito tiembla; el muchacho lo azuza con los talones.

René Jorquera trepa hacia el pueblo. Va taciturno; siente junto a su cuerpo las formas juveniles de la muchachuela, destacando sus suaves colinas por la ropa empapaña. Cruza las manos sobre ellas, y las palpa duras, inertes, heladas como piedra.

La bestia, el muchacho y la niña van chorreando; rezuman agua por todas partes.

Sobre la tierra endurecida por la escarcha va quedando un rastro mojado, una huella líquida que el hielo de la madrugada cristaliza al instante.

VIII

—¡DIGÜENES...! ¡LOS digüenes dulces...!

Abro los ojos. El pregón, rural y agresté, me ha despertado. Aparece y desaparece de mi mente la visión fulgurante de una canasta que vuelca por sus bordes, como un surtidor de burbujas rojizas una cascada interminable de flotantes digüenes.

Me siento en la cama; un cruel torniquete me aprieta las sienas. Un dolor intolerable me perfora el cerebro con sus chirriantes taladros.

Trato de alzarme, pero un mareo súbito me desploma sobre las almohadas. Y ahí quedo, como un pelele, laxo, roto, la voluntad vencida en el abandono físico. Cierro los ojos, y siento un balanceo extraño, como si de repente me hubiera vuelto ingrávido, como

si flotara en una atmósfera enrarecida.

De pronto, todo empieza a girar; espirales implacables me atrapan en sus anillos torturantes, y giro, giro... lanzado en un vuelo vertiginoso, a espantosa velocidad.

Grito, pero el sonido no alcanza a escapar de la órbita girante: cobra presencia y gira, a mi lado, como una cinta dura y reluciente.

Mi mente es un carrusel vacío, sin imágenes ni recuerdos, despojado de sensaciones a no ser las del movimiento. Los anillos concéntricos de luz y sombra, giran... giran... giran...

Estoy borracho. Hace apenas un par de horas que me he acostado. He bebido toda la noche en casa de la Evá, acompañado de la Adriana y de Alíro García. Al salir del prostíbulo —empujado por el hábito de dormir en mi lecho— el sol del nuevo día, alto ya sobre el horizonte, me ha puesto en evidencia, una vez más, ante los comentarios de los muchos madrugadores del poblacho.

No recuerdo en qué momento salí del burdel. Todo lo he olvidado; sólo guardo la impresión de unas manos —de la Adriana quizás— que luchaban por retenerme. Después, mi memoria es una espesa confusión de sensaciones.

Los diablos rojos del coñac han transformado mi sangre en un torrente de lava que enciende, a llamadas intermitentes, mi cuerpo trémulo. Una lengua de corcho, extraña, ajena, me invade el paladar reseco. Deseo llamar a Lalo, pedirle no sé qué... Pero no lo hago; una suerte de eclipse de la voluntad, un dejarme llevar en los remolinos mentales, ablanda y disuelve todo afán. Y me derrumbo en una especie de mordera que es como una caída vertical en los oscuros abismos de la inconsciencia.

Transcurren, así, dos o tres horas más.

HA pasado ya el mediodía.

Me incorporo a medias; llamo a mi ayudante:

—¡Lalo...!

El mocito acude al llamado. Se detiene en el umbral; me mira con sus negros ojos taciturnos.

—Señor...

Me cohibe, a veces, la respetuosa actitud de este extraño adolescente. Hace ya cinco años que trabaja a mi lado, casi desde el momento en que yo—recién egresado de la Universidad— instalara en el poblacho la modestísima farmacia. En aquel tiempo murió su madre, enloquecida por el alcohol, dejando al niño en absoluta orfandad. Lalo tenía entonces diez años; nunca supe quien fué su padre: tal vez un vagabundo de paso, un "falte" extraviado, algún buhonero trahumante quizás.

Recogí el niño, de la calle, como a un perro sin dueño. El trabajo del chico se redujo, en un principio, al aseo de la farmacia y al empaque de las mil y una sales, yerbas, pomadas, con que el hombre trata de paliar sus dolores, recuperarse del desgaste provocado por la vejez, la enfermedad, el vicio, la miseria. Ahora, después de esos años de aprendizaje, Lalo se ha convertido en un práctico eficiente; conoce al dedillo la variada nomenclatura farmacéutica, los trucos del oficio, las preferencias de la clientela. Diligente, esmerado, se afana en su labor, seriamente, conscientemente. Ya no podría pasarme sin él; me reemplaza eficazmente; abre la farmacia mientras duermo mis turbias trasnochadas.

El fútbol es su gran pasión. Aun recuerdo el destello de alegría que iluminó sus ojos cuando le regalé par par de "chuteadores" y un balón; esbozó un gesto que ahogó bruscamente; creo que fué el impulso de abrazarme; luego, dos lágrimas rodaron silenciosamente por las obscuras mejillas.

Siento por él un afecto profundo; es el fiel camarada de mi soledad; comparte mi humilde destino, vive a mi lado. Cuando me mira, hay en sus ojos una dolorosa ternura; una gratitud de perro enfermo, algo que me hace daño. Sé de donde viene esa tristeza perenne, esa melancolía sempiterna de la que aun no ha podido evadirse: es el recuerdo de la infancia miserable, el recuerdo de la madre borracha castigando sin piedad su cuerpo y su conciencia de niño, el recuerdo del temprano contacto con la injusticia y la brutalidad de la vida.

A veces, despertaba en la noche, gritando. Me levantaba entonces, para verlo, y al sentir mis pasos se hacía el dormido, avergonzado.

Ahora, de pie en el umbral de la puerta de mi dormitorio, espera en silencio mis palabras.

—Mira, hijo... estoy como si me hubieran apaleado. No sé si me levante más tarde... ahora es imposible. Cierra no más, y vete a almorzar. Dile a la señorita Laura que no me espere...

El muchacho sale, calladamente.

Vuelvo a cerrar los ojos; ya no siento mareos. Me paso una mano por la frente ardorosa, y una nítida sensación de frescura me invade agradablemente: es como un viento leve que agitara, rizando, un campo de espigas verdes. Pero al mismo tiempo me asalta allá en el fondo de la conciencia, algo como una especie de temor, de obscura vergüenza, algo así como un remordimiento.

—“Sí... claro. Soy un bebedor ocasional... pero no tiene nombre esta manera de embriagarse tan estúpidamente... Tengo que enmendarme... ¿cómo estará Aliro?... Seguramente duerme... cuidado por la señorita Laura.

Sonríó al recordar la flaca y apasionada solterona en cuya casa vive Aliro García, y en donde yo y

Lalo tomamos pensión de mesa.

AHI no más, a menos de media cuadra, en vetusta casa, espaciosa, solariega, se destuercen las horas —lentas y risueñas— de la señorita Laura Martínez. Es una mujer sencilla, simple en demasía, de edad indefinible: lo mismo puede tener cuarenta que cincuenta años. Pequeña, delgada, ágil. Sobre el rostro trigüeño las arrugas revelan, sin piedad, la huella de los años. Los hermosos ojos pardos, punteados de oro, resisten plácidament el embate del tiempo; seguramente conservan el mismo suave fulgor de la lejana adolescencia: brillan dulcemente, ora soñadores, ora tiernos, nunca con pesar ni enojo.

La señorita Laura alienta un corazón de niña que en la paz de la aldea ha sobrevivido al desencanto, a la inútil espera; en ella se ha secado, tal vez para siempre, la misteriosa fuente de la maternidad; pero el gesto liviano y alegre es un regreso constante a la perdida juventud.

Aliro García dió en galantearla, por travesura quizás por curiosidad. Ahora es halla cercado por una red impenetrable de culdados y afanes que, por lo generosa, es incapaz de romper. La mujer no pide nada, no exige nada; cree a pié juntillas todas las historias que le cuenta el hombrecillo; por intuición ha cerrado todos los caminos que puedan conducir a una desaveniencia que fuera pretexto, por parte del hombre, para un rompimiento.

La maledicencia los ha mordido sin misericordia. No obstante, la mujer ha logrado salvarse de la amargura casi sin darse cuenta, así como jugando, escudada en la mejor arma que pudiera encontrar nunca: su propia simpleza.

La casa de pensión se prolonga hacia el fondo en un conjunto de plezas, la última de las cuales forma

una alta buhardilla con acceso hacia el patio mediante una escala exterior de viejas maderas.

Allí, en esa especie de pajarera, duerme Reinaldo, hermano único de la señorita Laura. Todo el pueblo lo llama "don Rey".

"Don Rey" es un hombre maduro, de cuarenta años tal vez. Viste con desaliño unas viejas ropas, sueltas y holgadas. La mitad del rostro desaparece bajo la hirsuta barba, espesa y cerdosa; brillan los ojos alucinados, perdidos en el fondo de unas cuencas profundísimas; las manos sarmentosas, pálidas e inquietas, no descansan un momento: juegan los gruesos dedos de uñas sucias, hurgando las fosas nasales, alisando los pelos del bigote en un gesto repetido y maquinal.

"Don Rey" es un maniático, un chiflado. No trabaja; es incapaz de fijar la atención, incapaz de un esfuerzo sostenido y coordinado. Es un "volado", un hombre en fuga, huído.

Todo el día pasa en la calle, a caza de naderías que acumula en su inaccesible buhardilla. En cierta ocasión en que "don Rey" se encontraba ausente, conseguí de la señorita Laura el permiso necesario para fisgonear en aquel extraordinario tugurio.

Sobre el piso de la buhardilla, sobre repisas que circundaban los muros, extendíase la más estrafalaria colección de cachivaches —"chiches" como los llama don Rey— que uno pudiera imaginar jamás: astas de bueyes y de carneros, herraduras, latas vacías de sardinas y frutas, corchos, botones, zapatos inservibles, se alineaban, allí, en hileras ordenadas, cuidadosamente clasificadas.

Era un museo pintoresco y doloroso, creado por un ser extraño, por un ente de cerebro trizado en cierta obscura grieta, en cierta misteriosa ranura por donde escapa la unidad del pensamiento, la sutil amarra

del yo al mundo exterior.

“Don Rey” charla de la mañana a la noche. Habla de ciertas cosas lejanas, de ciertas gentes que vivieron antes en el poblacho. Conversa con todo aquel que quiere oírle, y, cuando no tiene auditorio, habla solo, en un monólogo de grandes ademanes que divierte y conmueve.

A veces, de tarde en tarde, “don Rey” se emborracha. Se encierra en la buhardilla, entonces; se tiende en su viejo camastro, a obscuras, y canta, con una voz profunda, de órgano, de grave tonalidad; no modula las palabras, sólo emite el sonido de extrañas canciones, un sonido poderoso, lleno de melancolía, como un rumor de resaca, siniestro.

LALO ha almorzado rápidamente. Después de una breve ausencia reabre la farmacia. Desde mi pieza siento el ruido de los maderos al desatrar la puerta.

Oigo unos pasos lentos que se acercan. Por el hueco de batientes asoman las barbas agrestes de “don Rey”.

—Don Panchito, ... ¿puedo entrar?

—Adelante, “don Rey”... Buenas tardes.

—Buenas tardes... Mi hermanita me mandó a preguntarle como se encuentra... si quiere comer algo... Té... té calentito... con azúcar... bien dulcesito. ¿Y para qué se puso a tomar “fuerte”?... Es muy “curadorazo” el fuerte... Don Aliro casi se murió... “arrojó” todito... Una vez me “curé” con fuerte... ¡juy!... me levaron los “diantres”... Levántese... llegó una niña a mi casa... es mi sobrina... Vaya a verla... es bien donosita... tetoncita...

—¡Ja... ja... ja...! Este “don Rey”...

El chiflado aprovecha la pausa para respirar; pero al instante brota la cháchara como de un caño

inagotable:

—...la pura verdad... Pero no habiendo como las mujeres de antes ... todo era mejor antes... las empanadas... más barato... Corría buena plata... Mi papá era buenazo para remoler... le decían "Califa"...

El maniático sigue hablando; enreda nombres, fechas, episodios inconclusos. Salta de un tema a otro sin transición, de golpe, rompiendo la unidad psicológica del relato. Mientras habla, los ojos codiciosos atisban todos los rincones en busca de "chiches". Se inclina de pronto, y recoge de por ahí unos pernos oxidados.

—Don Panchito... ¿me puede regalar estos "chiches"?

Ya ni me acuerdo con qué objeto adquirí esos implementos.

—Llévelos no más, "don Rey"... Mire, dígame a su hermana que me espere a tomar el té... Muy agradecido por su visita.

"Don Rey" aprieta amorosamente contra su pecho los viejos pernos.

—Mmm... hasta luego don Panchito... mil gracias... Este... ¿me convida un cigarrito?

Conozco la pasión de "don Rey" por el tabaco. Me rebullo en el lecho, y alcanzo mis prendas. Busco en todos los bolsillos. Nada. El hombre me observa, expectante; las barbas hirsutas tiemblan levemente; los ojos rebrillan, sensuales, bajo la maraña de las cejas. Termino por coger algunas monedillas que alargo a "don Rey"; las recibe lleno de dignidad, mascullando ciertas palabras ininteligibles; sale andando hacia atrás. Sus pasos se alejan, pesados, lentos.

Me visto con desgano. Me agacho para calzarme, y un mareo súbito me desvanece momentáneamente. Pronto me recupero; ya no siento la más ligera em-

briaguez. Largas horas de sueño profundo y reparador en el silencio sedante del dormitorio obscurecido y fresco, me han devuelto intacto a la normalidad. Siento, no obstante, una extraña excitación que se derrama por mis sentidos, afinándolos, agudizándolos.

Doy algunos pasos, y abro la ventanita del dormitorio; la luz del sol entra a raudales, iluminando el interior desapacible y revuelto.

Miro un instante el cielo alto y brillante. Aspiro ansiosamente el aroma penetrante de los eucaliptus que bordean la línea del ferrocarril en un corto trecho, no lejos de allí.

Desde la ventanita domino la visión del patio, amplio y liso, de tierra endurecida, inculta. El pozo del agua, en el centro, muestra su noria de podridas maderas, sus chirriantes cangilones. Más de una vez me he tendido sobre la peligrosa estructura a mirar el espejo negro y brillante del agua del fondo, lejana y misteriosa, plagada de algas verduzcas; las oscuras piedras de las paredes, por entre cuyos intersticios brota el agua de ocultas vertientes, reflejan, en sus pulidas superficies mojadas, la luz del brocal, la sombra fugitiva de la nube que cruza, del ave que pasa.

El fondo del patio da a la línea del tren. La cerca divisoria ha desaparecido bajo la invasión de la zarzamora triunfante; pero existe allí una vieja puerta que he tenido cuidado en mantener despejada. Por ella han entrado, en más de una ocasión, ciertas mujeres que me interesaban.

Hay un olor a hojas, un olor vegetal, a tallos nuevos; un olor verde y cálido que se siente en la piel, que se absorbe por los ojos en oleadas trémulas y luminosas.

Me rasuro cuidadosamente, mirándome en el ancho espejo que cuelga frente a mi lavabo. Estoy alegre. Silbo. La gilette hunde sus filosos rastrillos en la

ola jabonosa, dejando en pos una ancha cinta de piel limpia y reluciente.

Termino mi tocado. Sobre mi revuelta melena unas gotas de bayrhun esparcen su aroma fresco y varonil.

Salgo a la farmacia. No hay novedad allí; la diligencia de Lalo mantiene cada cosa en su lugar.

Abro el cajoncillo del dinero. Verifico la venta: una miseria. Algo me aprieta el corazón, algo me duele adentro, algo impreciso. Es probablemente la inutilidad de mi esfuerzo, de los años perdidos en la Universidad tras el título esquivo; la inutilidad de esos años laboriosos, de estudio intenso, de disciplina, para ganar quizás menos que Cristóbal, el cojo me vende pescado.

Pero ¿es posible que todo ésto sea inútil, perdido? No, tal vez. En un medio misérrimo, sin la menor esperanza de surgir económicamente, desempeño una labor generosa, altruista, humana. ¿Cuántas noches, bajo la lluvia inclemente de los crudos inviernos sureños, he debido salir para atender una criatura moribunda, un enfermo desahuciado, llevando un medicamento inútil, o una palabra de consuelo, a sabiendas de que esa gente no podría pagar nada?

·Sí... apenas alcanzo a vivir. Pero mis veinticinco años bastan para salvarme de la desesperación.

Son las cinco de la tarde. A través de la puerta de la farmacia se atisba un ancho sector de la plaza. Como rosadas umbelas los ciruelos japoneses alzan sus copas floridas desde los setos enanos de los jardines.

Salgo en silencio. Me encamino lentamente hacia la casa de la señorita Laura.

EL comedor de la pensión ocupa una ancha y alegre galería —de amplios ventanales— orientada en el sentido de la puesta del sol. La cruda luz de la tarde se atenúa, filtrada por albas cortinas opacas, bañando

la estancia en una especie de luminosa transparencia, en una suerte de claridad esmerilada y sutil.

Allí, escribiendo una carta, en una esquina de la mesa, veo por primera vez a Solveig.

La muchacha me mira y sonríe dulcemente. Una suelta cabellera brillante, negrísima, de reflejos azulados, destaca la palidez dorada de un rostro de marfil. Bajo el arco orgulloso de las finas cejas, el oscuro terciopelo de los ojos húmedos y ausentes se enciende en una chispa lejana.

Habla con dulzura:

—¿Usted es el señor Ríos?... Lo estamos esperando para tomar el té.

Una súbita timidez me paraliza. No encuentro las palabras oportunas. Siento vergüenza de mi traje desaliñado, de mi camisa suelta y sin corbata. No atino más que a mirar la suavidad indecible de ese rostro admirable. ¿Quién será esta mujer encantadora, esta magnífica y juvenil mujer apenas salida de la adolescencia, y patinada ya por una extraña melancolía?

Me siento cruzado por flechas trémulas. La muchacha me mira en silencio, sonriendo levemente. La boca entreabierta, de finos labios tersos, muestra la brillante cadena de los dientes.

No debe tener más de veinte años, veintidós a lo más. Una pollera azul, lisa, modela las caderas túrgidas; la blusa ajustada, de mangas cortas, oprime delicadamente los senos frutales, altos, trémulos. Los brazos desnudos, marfileños como el rostro, absorben la luz en la opacidad mate de la piel de trigo.

Estoy deslumbrado. Siento como una especie de sollozo que corre por mis venas hacia los labios mudos.

La voz de la señorita Laura rompe el encanto, trayéndome bruscamente a la realidad:

—¡Aha... apareció el perdido!... Panchito...

Panchito... se está matando. ¿Por qué bebe así...? ¡no sea niño!

Maldita tonta. Una oleada de rubor me quema entero. Seguramente la muchacha se formará la impresión de tener delante un borrachín despreciable.

Trato de dar a mis palabras un tono de velado reproche:

—¡Oh... no es paar tanto, Laurita...! No sé... La soledad a veces nos empuja a estas cosas... ¿y cómo se encuentra Aliro?

—¡Uyuyuy!... casi se ha muerto! Fíjese que lo traje el lechero... Tuvimos que acostarlo... era un saco... Se “ensució” en la cama...

La muchacha me mira; nos une una sonrisa de complicidad frente a la simpleza de la pobre mujer.

—...vaya, Panchito... ¡perdóneme! Todavía no le he presentado a mi sobrina... ¡ésta es Solita... la hija de mi hermana! Llegó ayer, no más... Bueno..., un momentito. Voy a traer la once.

Solita... ¡qué nombre más extraño...! No puedo contenerme:

—¿Cuál es su nombre?... ¿Solita?

—¡Oh,... no!... Me llamo Solveig... Solveig no más,... para servirle.

Un leve destello de burla asoma en sus palabras.

—Solveig... Solveig... un nombre de leyenda... Y yo, Pancho Ríos... no me atrevo a decir “para servirle” porque... la verdad... no sirvo para nada.

—¡Cómo!... No, pues... ¡sea sincero! ¿Por qué se hace valer tan poco?... Tenga cuidado,... mire que una de las formas de la vanidad es el autoapocamiento.

Absorbo la lección. La seguridad de la muchacha, la madurez de su juicio, me desconciertan. Trato de mantener mi punto de vista. Insisto.

—Pero... ¿por qué no me cree...? Si soy un pobre

diablo, un boticario infeliz... un fracasado... enterrado en este pueblo tan infeliz como yo mismo. He perdido la voluntad... Creo que nunca más podré salir de aquí... a menos que...

El rostro de la niña adopta de pronto un gesto de ansiedad, de meditación. Los párpados descienden levemente; las oscuras pupilas son dos faros lejanos, moribundos.

—...a menos que una fuerza exterior, ajena a mí mismo, me arrastre lejos... no sé donde...

Las últimas palabras me brotan roncas, angustiadas. No hay afectación alguna en ellas.

La muchacha me contempla intensamente. Siento como un efluvio tibio la ternura que emana de esos ojos oscuros, de esa mirada distante y misteriosa.

—¡Perdóneme...! No quise ofenderlo... soy una atolondrada. Pero creo que es usted muy niño... no ha vivido... Yo sí... ¡y mucho! ¡Míreme!... soy joven ¿no es cierto?... y dicen que no mal parecida... Sin embargo me han hecho mucho daño...

La voz es un susurro, un rumor de hoja en el viento:

—...pero ¿por qué perder la fe en la vida?... No tiene sentido echarse a morir... Hay que vivir, no más... vivir, simplemente... Esperar... Algún día llega la felicidad.

La señorita Laura entra con una ancha bandeja en las manos, interrumpiendo la conversación.

—Ya... a la mesa, antes que se enfríe el té... Panchito, a su lugar... Tú, Solita, te sientas aquí... ¿cómo te gusta?... ¿cargadito?

La fragante infusión brota desde el pico de la tetera en un chorro oscuro. Los terrones de azúcar se desmoronan dentro de la taza con suave chasquido; unas leves burbujas estallan en la superficie humeante.

La muchacha queda por un momento—con gesto pensativo—absorta en la contemplación de las blancas nubecillas que se disuelven instantáneamente en el aire trémulo.

Acodado en la mesa, una mano en la frente, observo con ansiedad a la muchacha que parece haberse alejado, de pronto, por un camino extraño hacia lo profundo de sí misma.

—Ya, pues... sirvanse pan... y mermelada. Eh, ...Solita... no te quedes dormida...

PASA el tren de la tarde, haciendo temblar la tierra. Un agudo pitazo rompe la blanda quietud de la calle. Vibran los vidrios de las ventanas, y hasta las cucharillas tintinean levemente, chocando contra las tazas vacías.

He escuchado mil veces la conmoción que produce la pasada del tren, tanto que ya ni siquiera lo advertía. Pero hoy todo ha cambiado, bruscamente. Un deseo impreciso, un anhelo de partir, de irme, de cortar las amarras con el tiempo caído, crece incontentiblemente, como una ola negra, dentro del corazón. Irme... sí... irme... Pero, ¿dónde...? Pequeño soñador, ¿acaso no sabes que la soledad está en todas partes, creciendo como un muro de niebla ante los ojos angustiados...?

La voz de la señorita Laura suena grata, próxima, tangible.

—No se vaya todavía, Panchito. ¿Pasemos a la salita?

—Pasemos.

La señorita Laura se sienta al piano, un viejo piano de roncadas y vetustas voces. Hojea un montón de papeles marchitos que por ahí reposan en una mesilla cualquiera. Extrae unos pliegos amarillentos, roi-

dos por los años; los coloca delicadamente en el atril envejecido. Me habla sin darse vuelta:

—A ver, Panchito... Cante esta canción... Le he hablado a Solita de su voz... quiere escucharlo.

Mi voz... algo trunco como todos los aspectos de mi vida. Era la esperanza de mi maestro de canto, un viejo cantante retirado que se esforzó en entregarme todos los recursos de su vasta experiencia, y que nunca me perdonó el haberlo defraudado.

Me acerco al piano. He cantado muchas veces con la señorita Laura, mas ahora estoy temblando. En el silencio de la tarde las notas alzan, súbitamente, su grave melodía:

Como divinos luceros
son tus ojos negros, dignos de admirar...
Y por ellos yo me muero,
más tus pestañas quiero poder siempre besar...

Siento fluir mi alma a través de la vieja canción. Mi voz de barítono, de profundo registro, maneja con soltura las modulaciones; se difunde en un clima de pasión, de tierno romance.

Cuando en su cristal
me suelo mirar... me causan placer...
Porque en ellos, yo
suelo adivinar su mucho querer...

La muchacha se aproxima; se oprime levemente contra mí. Siento como una quemadura en la piel, el contacto ardiente de un cuerpo adorable: el de esta mujer que tiembla a mi lado, amada ya para siempre. Extiendo el brazo y la cojo por la cintura; la niña se

abandona a la caricia. Bajo mi mano trémula, las caderas primaverales se cimbran levemente.

La canción termina en un apasionado juramento.

Nunca... jamás... podré olvidar
la expresión arrobadora de tu faz...

La señorita Laura sale a atender a Alro García que aun no se ha levantado. Solveig queda conmigo. Todo sucede sencillamente.

Miramos en silencio el atardecer a través de la ventana contra cuyos vidrios chocan las flores de un jardín exuberante. La cabellera de Solveig se ilumina a ratos con negros resplandores, con oscuros destellos. Bajo la mata radiante, el rostro emerge como una flor pálida y triste. Aparece en los ojos, otra vez, esa suerte de abandono, de ausencia, de lejanía, que me ha sacudido tan profundamente

Habla con su voz pequeñita:

—¿Conoce Puerto Saavedra...?

Evoco fugazmente un lejano veraneo en el poblado a orillas del río y del mar, las frías brumas de sus madrugadas, el agrio pitazo de los vaporcillos que conducen los pasajeros desde Carahue; y sobre todo, aquel viejo muelle solitario, batido por el oleaje incesante, hundiendo sus roídas pilastras de pellín en el agua verde y desolada. Recuerdo ese maravilloso viaje por el río Imperial, entre las riberas apretadas de verdura y grandes árboles en los altos ribazos inclinados hacia el agua poderosa rizada rudamente por el viento del mar. Y los extraños nombres de los desembarcaderos; Nehuentúe... Trovolhue... Tranapunte...

La voz de Solveig me llega como a través de la niebla.

—...allá vive mi gente... Esa es mi tierra... y mi pasado... Pero creo que me he despedido para

siempre de todas esas cosas... no sin pena... Cuando dejé el muelle, el viejo muelle de mi infancia, no pude contener las lágrimas... Lloré sin consuelo, como una criatura... En fin, todo pasó... Tal vez no vuelva más.

—Pero... ¿por qué?

Los ojos de Solveig se han empañado. La voz es opaca, delgada.

—¿Por qué...? Porque allá vive el hombre que es mi marido... no quiero verlo más... No sé por qué le cuento todas estas cosas. Quizás siento la necesidad de decírselas... Deseo que nadie más las sepa... ahora me siento libre... por fortuna no tuve hijos... pero ¿a qué hablar del pasado...? no tiene importancia. La vida siempre ofrece algo... Hay que amarla, Panchito... ¿no es cierto?

Me siento oprimido por una extraña angustia; es como un desaliento profundo, la sensación de algo irremediable, de algo que empezara a morir lentamente dentro de mí, como un perfume que se desvaneciera. No sé bajo qué signo he nacido; siempre llegó tarde a los lugares que me pertenecen. Mi vida es como un andén abandonado por el que pasan los trenes sin detenerse. Así la fortuna; así el amor.

—...mis hermanos no querían que me viniera... él, tampoco. No pude soportar más... huí. Tal vez viva con mi abuela paterna... en Temuco... Trataré de encontrar un destino... trabajar. Quiero bastarme a mí misma... no depender de nadie. Hacía muchos años que no venía a casa de tía Laura... aquí estaré un par de meses, o menos... quien sabe si más.

El día va apagando sus luces. Solveig se afirma, pensativa, en el marco de la ventana. Ha apoyado la frente en los vidrios empañados con mi allento.

Un cielo de plata ardida vierte sus láminas azules desde el fondo del horizonte. El silencio es también

plateado, denso, brillante.

Por ahí, en un rincón perdido un grillo canta sordamente. Suena una voz a la distancia, alguien que llama a alguien, una voz de niño, alborozada.

Continúo silencioso; no puedo decir nada. Sin embargo, algo se agita dentro de mi alma, un sentimiento confuso y grande, un deseo infinito, algo que grita hacia el corazón en llamas... "pero yo te amo, pequeña Solveig... mi pequeña flor misteriosa y dorada. Eres la vida y la felicidad... nutrida de esperanzas y dolor..."

IX

EL DOMINGO TIENE en el pueblo un color distinto a los demás días. Posee una fisonomía individual, precisa, incomparable.

Es un día de puertas cerradas, de ropas nuevas, de muchachitas vestidas de blanco. Tiene olor a zapatos recién lustrados, olor a pereza, a sábanas taimadas. Se abre como un bostezo en la boca llena de monedas de la semana.

Las campanas del convento pueblan el aire, desde temprano, de una sonoridad de metal transparente que fustiga la lenta devoción de los fieles.

A la primera misa concurre una extraña y escasa asistencia de vejarucas enlutadas y melancólicas, una pequeña multitud triste y arrugada, tiritona, que reza con monotonía la plegaria inútil, sin comprender el sentido profundo de la oración a pesar de la fe sobre-

humana que satura las pobres almas consumidas.

A media mañana se oficia una segunda misa, anunciada con tres "señas", cada una de las cuales es un repiqueteo jubiloso temblando en el aire tibio.

El rocío, bajo el sol cabrilleante, se ha transformado en una niebla tenue, vagamente azul, que arrastra sus velos impalpables a ras de tierra, ondulando con suavidad antes de desaparecer en la atmósfera ávida.

Por la calle soleada pasan algunos huasos acomodados, luciendo encendidos "chamantos" de gala. Las piafantes cabalgaduras golpean la tierra con sus cascos herrados, haciendo tintinear alegremente las cantarinas rodajas de las grandes espuelas.

Cada huaso es un pájaro raro, un papagayo rutilante y hosto, silencioso, inmutable. Por ahora maneja el caballo con cuidado, sobriamente; no así en la tarde, al regresar, excitado por el vino copioso y euforizante. Allá en las afueras del pueblo, lejos de la mirada ceñuda de los carabineros, lanza entonces el caballo en torturantes carreras a "la orilla de la cerca", cuyo remate es una parada en seco, una sofrenada brutal que sienta bruscamente la bestia sobre los cuartos traseros mientras los remos anteriores, clavados como palancas, resbalan sobre la tierra suelta levantando espesas nubes de polvo.

El huaso borracho, ahorquillado en la montura, es un centauro multicolor y bárbaro que galopa en la tarde, sin rumbo y sin destino.

RENE Jorquera y el "rucio" Fernández charlan conmigo en la esquina de la farmacia, abierta en la mañana del Domingo más por costumbre que por el aliciente de una venta que siempre es mínima.

Hay un gesto de risueña curiosidad, de alegre al-

borozo, en el rostro del "rucho" Fernández. Sonrió también, el mirarlo. René Jorquera cuenta algo con falsa actitud mohina:

—...apenas la chiquilla me abrió la puerta, me colé hacia adentro. La pieza estaba oscura como una cueva... te aseguro que se me anduvo entrando el habla. La chicuelita me tomó de una mano y me guió hacia el lecho. Ahí me senté... no podía hacer otra cosa por el momento. Atrapé la mocosa en la oscuridad y me la crucé por encima de las rodillas... ¿te das cuenta?... La muchachita se me apretaba como una lapa... Le tomé los senos... y el corazón le saltaba así...

René Jorquera empuña la mano y lanza, una y otra vez, brusca e isócronamente, los dedos hacia adelante, imitando la regularidad de las palpitations cardíacas.

—Je... je... ¿y...?

—Nada... Me contó que hacía apenas dos días que el jefe la había sacado de su casa para arrendarle aquella pieza...

En ese momento Aliro García se incorpora al grupo; alcanza a oír las últimas palabras. Inquiere curioso:

—¿Qué jefe?

René Jorquera lo mira, irónico:

—El jefe de estación, pues... no hay otro aquí. Bueno, como les iba contando, manoseé la "cabra" hasta que me aburrí...

—Tipo de poca paciencia...

—¿Eh?... La chicuela se desnudó con la rapidez de una cocota profesional... se metió debajo de las sábanas. Me urgía... tirándome de la tricota porque... por lo que pudiera suceder... fui sin chaqueta. Me saqué los pantalones. Los tenía en la mano todavía. cuando sonaron unos pasos en la calle... La chiquilla se sentó en la cama, amedrentada. Susurró: —"Pero

si me dijo que esta noche no vendría..." ...Yo me quedé inmóvil, sin respirar. Los pasos se detuvieron junto a la puerta... una llave chirrió en la cerradura. Sentí en el espínazo como si me estuvieran poniendo una inyección... Por suerte la "fiata" había trancado la puerta... La voz del maldito jefe, una voz aguardentosa, llamó quedamente: "—Pss... Armandada... pss... abra, mi hijita... ábrale a su viejo..." ...Y yo ¿qué podía hacer?... habituado a las tinieblas reparé en una ventanita que daba al patio... una ventana bajita, propicia... Sin hacer el menor ruido la abrí y salté. Me fui alejando en puntillas, furtivamente, con los pantalones en la mano, cuando de repente... no sé de dónde... salió un enorme perro, furioso, ladrando... Huí a saltos, como alma que lleva el diablo... Cuando llegué al cerco de zarzamoras, con la lengua afuera, no tuve fuerzas para saltar... me dejé caer no más, encima de las matas... por casualidad en ese lugar no estaban muy crecidas... ¡Miren cómo me quedaron las piernas!

Y con súbito movimiento se levanta los pantalones para mostrar las pantorrillas. Una rabiosa red de arañazos cruza en todos sentidos la piel maltratada.

—¡Ja... ja... ja...!

—¿Y qué fué de la chiquilla...?

—¡Qué sé yo...! Ya se habrá arreglado con el jefe... en la cama. Eso sí que me habría gustado saber lo que pensó el viejo al encontrar la prenda en cueros...

Aliro García me guiña los ojos, maliciosamente.

—¡Eh, Pancho... mira quien viene ahí...!

Me vuelvo. Por la calle llena de sol, viene Solveig. Un vestido blanco estrechado en la cintura por una faja de flores rojas, la oprime levemente. La amplia falda oscila en el viento como las alas de una mariposa. El paso firme y elástico, entrega una impresión

de vitalidad, de juventud. La airosa y magnífica mujer es un milagro de gracia, de extraña belleza.

Pasa frente a nuestro grupo. Saluda sonriendo. Nos inclinamos galanamente.

Habla con soltura:

—¡Hola, Pancho...! ¿vamos a misa?

La miro un instante, dudando. He conversado muchas veces con Solveig: unas, en casa de la señorita Laura a las horas de comida; otras, en mi farmacia hasta donde llega la niña con cualquier pretexto. Pero siempre ante testigos; casi prefiero que así sea, pues tengo miedo de arrastrarla a una locura. Sé que la atraigo, me busca constantemente, se me acerca cada vez más. El desencanto del primer instante al saber de sus labios que estaba unida a otro hombre, se ha ido diluyendo lentamente en mí. Uno se siente a veces derrumbado por la fatalidad; pero siempre se vuelve al equilibrio; el alma humana tiene una capacidad infinita para absorber lo irremediable, para inclinarse y aceptar las imposiciones de un destino absurdo. El pasado de Solveig es algo que no conozco, que no me pertenece, algo que no debería inquietarme. Así y todo, no quiero saber nada de él. Alguna vez la niña se ha sentido tentada a confiarme las dudas de su mundo interior, algo así como si el impulso de justificarse la impeliera a desnudar su alma. Le cierra la boca, entonces. Prefiero que la vida siga su curso inalterable, que suceda lo que ha de suceder; no quiero mover ni un solo dedo para torcer su rumbo o apresurar lo que ha de ocurrir inevitablemente.

La presencia de Solveig me embriaga como un vino antiguo. Junto a ellas las horas pierden su viejo tedio, pasan veloces como aves perdidas. He tratado de analizar mis sentimientos. Me parece que no es el deseo lo que hacia ella me empuja. ¿Qué de nuevo podría traerme? Es más bien algo que no conozco, una

ternura violenta, algo así como el anhelo de morir.

—¿A misa...? Y por qué no... Vamos.

Rozo en amplio gesto, con los brazos abiertos, los hombros de René Jorquera y del "rucio" Fernández:

—Hasta luego, alacranes...

Me asomo hacia el interior de la farmacia:

—Lalo, ... ¡cierra no más!

Y de dos trancos alcanzo a Solveig que me espera en la esquina de la plaza.

Cruzamos en silencio los jardincillos enarenados. A pocos metros de la iglesia siento unos rápidos pasos. Luego, alguien me llama: Me doy vuelta; es uno de los carabineros del retén.

—Señor Ríos, una palabrita por favor...

Me aparto un corto trecho.

—Mire, señor Ríos... manda a decirle mi sargento si puede alcanzar hasta el retén.

—¿No sabe usted para qué...?

—No... sí. Es que un indio se ahorcó anoche... Llevamos el cadáver al cuartel... Pero antes de entregarlo a la indliada que nos siguió, es indispensable que la autoridad constate la causa de la muerte.

—Pero... para éso está el juez de sub-delegación... diríjase a él. Yo soy solamente sub-delegado... una autoridad administrativa.

El carabiniere sonrie fugazmente.

—Es que no pudimos encontrar a don Alfredo en ninguna parte...

Vacila.

—Mire... le voy a decir la verdad. Estaba donde la Ema "del tajo"... "curado" como tetera. Hace tres días que está tomando.

—Caramba... yo no sé...

—Señor Ríos, vaya no más... por favor. Los indios nos tienen "cuereados" exigiendo la entrega del difunto.

—Ya está, pues... Qué le vamos a hacer... un momentito.

Alcanzo a Solveig que no se ha movido de allí.

—Me va a perdonar ¿no?... tengo que ir al cuartel... vuelvo enseguida.

—Podemos ir juntos...

—No... no. Se trata de constatar un suicidio... un ahorcado... algo horrible para usted...

—Oh... Pero no es necesario que yo lo vea... puedo esperar afuera.

—Bueno, vamos entonces.

—¿Sabe...? apenas han tocado la primera "seña". Si nos apresuramos, podemos volver a tiempo.

—De veras.

RECRUZAMOS la plaza y nos dirigimos rápidamente hacia el cuartel; el carabiniere tranquea muy adelante. La marcha acelerada no permite conversar. Vamos silenciosos. Tropezamos por el camino con gentes que concurren a misa, gentes humildes, insignificantes: un par de viejos vestidos de luto, una mujer embarazada, otras mujeres, chiquillos. Todos nos miran curiosamente; muchos dan vuelta la cabeza, aun, admirando la gallardía de Solveig, las caderas cimbreañas, las finas pantorrillas desnudas.

Pronto llegamos al puente. Al otro lado del río, en la cima de una breve cuesta, el retén de carabineros destaca su sobria adustez.

—Bueno... hasta aquí no más. Aquí me va a esperar.

Solveig me mira sin decir nada. Asiente con la cabeza, sonriendo alegremente.

Cruzo el puente y asciendo por la cuesta con rapidez. Desde lo alto torno los ojos y veo a la muchacha afirmada en las barreras, contemplando el agua,

absorta, en esa actitud de abandono que me atrae y me duele a la vez.

Cubriendo la puerta del cuartel, una veintena de mapuches se apretujan en la vereda, impacientes. Es un rebaño triste, taciturno, miserable. Por encima del grupo resuena la voz del sargento que me espera de pie, en la puerta.

—Buenos días, señor Ríos. No lo vamos a demorar ni un segundito, tenemos listo el parte para la firma... Adelante.

Uno de los indios, seguramente el cacique, increpa al sargento:

—Ya pués, sarkentu... apúrate... entrega luego "finao"...

Miro al mapuche. Tiene un rostro de piedra oxidada, reluciente por la transpiración; los ralos bigotes, los cuatro pelos de la barba, cuelgan lacios, hirsutos, desmayados en un gesto de extrema fatiga. De los frágiles hombros penden las grandes alas de un "poncho" negro decorado con extraños dibujos blancos; el pequeño y viejísimo sombrero no alcanza a cubrir la pelambreira tupida y rebelde que escapa en indómitos mechones por las roturas de la copa aporillada. Todo él es un lamentable y hurafío espantapájaros.

—Apúrate sarkentu... ¡"caracu...!"

El rebaño ondula; me abro paso empujando rudamente a los recalcitrantes.

Entro al calabozo acompañado del sargento. Sobre el oscuro piso de cemento yace el suicida. El sargento se inclina y levanta un extremo del poncho que lo cubre. Los ojos desorbitados, la ancha lengua asomando entre los dientes negros, imparten un gesto de horror, de repulsión sin límites, a esa faz detenida, a ese rostro de obscura ceniza. Una huella azulosa sobre la descarnada garganta, recuerda el nudo que tronchó

la vida miserable. Miro atentamente las facciones yertas; reconozco una cara vagamente familiar.

—Pero si es Cayupí...

El sargento corrobora:

—Sí... Antonio Cayupí. Por lo que ha dicho el cacique, el difunto estaba trastornado. Se ahorcó anoche, al lado de su ruca, en un manzano... con su propio cinturón. Dice el cacique que los perros aullaron toda la noche... ¿Qué le parece, señor Ríos, les entregamos el cadáver?... A qué esperar más...

—¡Claro!... no tiene objeto. Este indio era mi cliente... estaba en las últimas, tuberculoso... Tenía alucinaciones... ¡mapuche desgraciado...!

En la sala de guardia del retén, fría y lustrosa, sin más adorno que una mesa y un pañol de carabinas, firmo, en mi carácter de sub-delegado, el acta consiguiente.

Me despido del sargento, y salgo rápidamente, antes que el grupo de indios irrumpa en el calabozo para transportar el muerto.

Desde la eminencia en que se enclava el retén, saludo con la mano a Solveig que, acodada en el puente, me contesta en la misma forma.

Súbitamente desaparece de mi espíritu la penosa impresión sufrida hace un instante. El paisaje se me entra por los ojos hasta el corazón; el sol llamea sobre el poblacho, reverberando en los vidrios del campanario que allá, lejos alza su fina aguja. Destacándose sobre el oscuro fondo de las zarzamoras que circundan la salida del puente, el vestido blanco de Solveig es una bandera jubilosa y deslumbrante.

Una ola de alegría me invade con sus aguas livianas. No me puedo contener; bajo corriendo.

—Solveig... Solveig... ¡no podría vivir sin tí!

La muchacha me toma de un brazo; se oprime contra mí ;se empequeñece. Me mira hacia arriba;

musita dulcemente:

—¿No me engañas?... No sabes cuanto deseaba oírlo de tí, mi niño...

Abajo, el río es una vena abierta, palpitante, por donde fluye el agua viva y eterna, coronada de espuma al romperse en el lecho sembrado de lustrosos pedernales.

EN la misma esquina de la plaza, justamente donde la calle se deprime en un arco que iguala su nivel primitivo al final del pueblo, un árbol aislado eleva hacia la altura su tronco centenario. El espeso y frondoso follaje es una copa de pájaros, un nidal de trinos y de alas, una guitarra verde y rumorosa en los dedos del viento.

Es un roble solitario, un roble "huacho". Ha entregado su nombre al pueblo que parece cobijarse bajo su sombra.

Ahí, sentado sobre una de las nudosas raíces que serpentean a ras del suelo, un muchachito taciturno, poblemente vestido, come tranquilamente una "coliza". Se levanta en silencio apenas me divisa; se descubre, inclinándose respetuosamente.

—Qué hubo, "Moroco"... ¿cómo te va?

—Ya no me llamo más "Moroco"...

—¿Sí...? ¿y cómo te llamas ahora?

—Ahora me llamo Juan Manuel.

—Magnífico, pues... Bueno... hasta luego, Juan Manuel.

El niño no contesta. Nos mira gravemente, procurando en vano mantenerse erguido. Los hombros desnivelados, torcidos, le dan un lastimoso aspecto de pájaro enfermo.

En el rostro de Solveig, levemente coloreado por la caminata bajo el sol, se insinúa un gesto de piedad

profunda. Asoma una silenciosa pregunta en los ojos compasivos.

Hablo cómo para mí mismo, sin mirarla.

—Sí... todo ésto es muy penoso. Nunca debí venirme a este pueblo... aquí he conocido aspectos horribles de la vida... este es uno de ellos. Juan Manuel, hijo de mi lavandera, es eplléptico... Una gente pobrísima... Hace algunos meses, mientras la mujer atendía no sé qué menesteres, el niño tomaba su desayuno frente al fogón. De pronto, sin síntomas previos, le sobrevino uno de sus habituales ataques. Cayó sin un grito, rodando con tal mala suerte que dió con la espalda entre las brasas... Ahí empezó a quemarse vivo... Por fortuna la madre percibió el olor a ropa quemada y acudió a tiempo para salvarlo... Me lo llevaron, inconsciente aun, a la farmacia. No se podía mirar aquel torso destruído... era una ascua viva... Todavía no me explico como no se murió. La mejoría demoró meses... cada curación era un tormento para él y para mí... Consumió kilos de unguentos... muchos metros de gasa... Al fin mejoró, pero le quedó un hombro anquilosado. Creo que más le hubiera valido morirse...

Las palabras finales se pierden en el repiqueteo impaciente de la última "seña".

Cruzan la plaza, aquí y allá, algunos fieles retrasados: una mujer gorda, sudorosa; la señorita Laura que, antes de perderse en la puerta de la iglesia, nos saluda alegremente. Le sonreímos desde lejos.

LA iglesia en silencio es un lugar de paz, de meditación. Pese al sol que, arriba, quiebra sus flechas de oro sobre los vitrales de color, una sensación de frescura, casi de frío, parece ahondar en los asistentes la actitud de devoción, de recogimiento.

Arrodilladas sobre duros reclinatorios de lustrosa madera, numerosas mujeres, tocadas en su mayoría de pequeños velos negros, se inclinan reverentes. Oran en silencio, transportadas.

Permanezco de pie casi en la misma entrada, junto a otros hombres, viejos en su mayor parte, que me miran con curiosidad. Contemplo a Solveig que se acerca a la pila de agua bendita; moja ligeramente la punta de los dedos en el pequeño recipiente de mármol, y se persigna, doblando a medias una rodilla. En seguida, avanza por el pasillo central en busca de un asiento adecuado. Se sienta por ahí, en cualquier parte. Al cabo de un instante se hinca sobre el duro reclinatorio.

Suena una campanilla angustiosa. Hay un reflujo de cuerpos, y todos los asistentes se arrodillan, golpeándose el pecho. Sólo yo estoy de pie. Miro a la muchedumbre de torsos inclinados, y allá alcanzo a ver la negra melena de Solveig.

Suena la campanilla nuevamente. Se produce un instante de honda tensión. Luego, otra vez el reflujo. Todos se sientan o se levantan.

Y en un silencio verdaderamente religioso, vuela desde el coro, como una bandada de blancas palomas, la música inefable del Ave María de Schubert. Es una cascada de notas claras y profundas que se va transformando en un río de poderosas melodías; es un canto de humildad, de amor, de ternura; es como un crepúsculo muriendo detrás de altas montañas; algo que consuela, algo remoto y divino...

DESPUES de almuerzo, mientras la señorita Laura duerme su acostumbrada siesta, me he quedado conversando un momento con Solveig en la salita de la pensión. Pero la niña no tiene deseos de conversar.

Observo en sus ojos un gesto de ansiedad, de obscuro anhelo. La mirada es más húmeda, más brillante que de costumbre. Se tiende sobre el respaldo del sillón en que está sentada, y en su actitud hay una extraña languidez.

Se incorpora de pronto, y me sorprende con una petición inesperada.

—Panchito, llévame a tu pieza... quiero conocerla.

—¡Oh..., no es posible!... No puedes imaginar en qué ratonera vivo. Además... no quiero exponerte a las malas lenguas... nos verían entrar... Te comerían viva...

—No me importa...

—¿Lo dices en serio...? Ay... ¡cuánto me gustaría...! Pero no es posible... aunque ¡claro!... no se me había ocurrido...

Solveig atiende anhelante a mis palabras.

—...yo puedo entrar por la puerta de la farmacia... a nadie le va a llamar la atención... y te abro la puertecilla de la cerca de zarzamoras que da a la línea del tren... En esta forma no creo que puedan verte... Eso es. Además, mi ayudante ya no regresa hasta la noche... juega al fútbol toda la tarde...

Explico a Solveig la manera de cómo podemos juntarnos sin despertar las sospechas de las comadres que en el poblacho enarbolan el estandarte de la virtud y rigen con manos implacables la moral sexual de los habitantes, colocando en el "index" a todos aquellos que osan quebrantarla.

Hablo, y mientras mis palabras brotan, persuasivas y lentas, una sombra de agravio me cruza la frente.

Pienso en doña Hortensia de Ramos, la mujer del director de la escuela, que vive ahí, al salto de la calle. Es una hembra gorda, chica, pálida; el labio su-

perior, ligeramente corto, le mantiene la boca entrea-bierta; da la impresión de andar oliendo algo constantemente. Beata, hipócrita, zalamera, ha dado en la manía de vigilar mis andanzas y costumbres. Pasa el día entero detrás de su ventana —de celestinos visillos— atisbando a la gente que entra en la farmacia, especialmente a las hembras jóvenes. A ella debo mi fama de borracho y libertino entre las familias “decentes” del pueblo, cuyas puertas jamás he podido franquear.

Doña Hortensia ignora la existencia de la puerta escondida entre las zarzamoras. Conociendo este detalle le he jugado, en más de una ocasión, la leve venganza de una broma pueril. Asegurándome de que la mujer estuviera al acecho tras sus vidrios, me he puesto de acuerdo con algunas de las mozas que entran en la farmacia, para hacerla salir por aquella puerta furtiva. La venenosa hembra queda con un palmo de narices, esperando la salida de la muchacha durante una tarde entera.

Así también doña Adriana Martínez, mujer del hotelero; y así la mujer del secretario Garrido; y la del gabacho Bourdachet; y otra, y otra.

Es una fauna multiforme, espesa, ruin; una jauría feroz, de lengua rápida y colmillos negros; de moños anhiestos y senos tristes, pronta a destrozar cualquier reputación.

Conozco esta gente; las desprecio un poco, y río de sus ridiculeces. Pero ahora se halla de por medio el nombre de Solveig y mi felicidad.

Toda precaución me parece escasa; repito a la niña, una y otra vez, los detalles de la arriesgada cita.

CUANDO Solveig cruza el umbral del aposento en qué vivo, siento en mis venas una especie de alegre es-

tupor que sube, inconteniblemente, hasta mis ojos maravillados.

Solveig entra allí sin falso rubor, con naturalidad, como si ya hubiera venido en otras ocasiones. Yo estoy temblando; siento un mareo súbito: veo el blanco vestido de la muchacha como si apareciera constelado de moneditas de oro. Es tal vez el reflejo del sol que afuera sacude sus fustas amarillas en el aire vibrante, persistiendo en la sombreada frescura de mi pequeña vivienda.

Cierro la puerta. De un tirón corro la cortinilla de la ventanita, y la estancia se sumerge en penumbras trémulas.

Solveig permanece de pie, silenciosa y sonriente, en el centro de la habitación.

Me acerco, callado. La cojo de los hombros. La miro en los ojos. Hundo mis manos en la cabellera alborotada. La besó largamente en la boca de fruta, en las suaves mejillas. Solveig cierra los párpados, extasiada.

Mis ávidas manos cifien el cuerpo ardiente, tenso como un arco.

Solveig se deja desnudar, impúdica y pura, como una tierna niña.

Mis dedos, torpes al comienzo, diestros en seguida, corren ágilmente, en todos sentidos, desabrochando ciertas amarras leves, ciertos tenues lazos que ceden al instante.

Y de pronto, visión pagana y dionisiaca, emergiendo desde unas ropas desmayadas surge el cuerpo tembloroso de la mujer desnuda como una llama pállida que me quemara el corazón.

La escasa luz resbala sobre la piel de seda, cubriendo la estatua palpitante de un halo irreal.

Cojo en mis brazos el cuerpo de trigo, lo oprimo con amor infinito; lo alzo para llevarlo al lecho.

Después... es un naufragio bajo una ola tibia y

poderosa que todo lo arrastra...

HAN pasado las horas.

Solveig se oprime contra mí, me besa dulcemente, me acaricia. Siento temblar sus manos, siento en mi pecho la suave presión de sus senos. Pero un vago anhelo golpea extrañamente mi corazón, algo así como el deseo de que se aleje, que me deje solo. Así es mi alma, agreste y huraña, ansiosa de retornar a los oscuros abismos de la soledad.

Solveig me mira de pronto, extrañada. Tengo miedo de que pueda adivinar mis ocultos pensamientos; su intuición de mujer la puede llevar a la sospecha antes de que su razón esté en condiciones de analizar mi actitud. La abrazo, entonces. Y siento otra vez, junto a ella, una ternura desconocida, una extraña felicidad, un deseo impreciso de aniquillarme, de desaparecer.

Solveig se levanta del lecho, así, desnuda. Rebusca entre las sábanas ciertas horquillas dispersas por los apasionados transportes.

La miro en silencio. Me sonríe desde el espejo mientras peina la espesa cabellera. Enciende un cigarrillo, y fumo, perdido en una confusa maraña de dicha y angustia.

Y hé aquí que de pronto se me acerca otra Solveig. La frondosa mata de cabellos aparece aplastada, ahora, en un alto peinado recogido hacia arriba a la moda de principios del siglo. Ya no es la adolescente misteriosa, patinada de melancolía, de mi primera impresión. Es la mujer madura, la mujer eterna y avasalladora, amorosa y maternal. Así he visto por ahí, en viejos álbumes familiares, algunas borrosas fotografías de la juventud de mi madre.

El rostro de Solveig se ilumina con una clara sonrisa. Alza los brazos, y con brusco ademán se suelta

los cabellos; los altos senos tiemblan levemente; una cascada obscura rueda hacia los hombros de marfil. Y hé aquí, otra vez, la Solveig adolescente, la dulce muchacha confiada e inexperta.

Se tiende de nuevo en el lecho, a mi lado. Me cubre de besos, y se incorpora otra vez. Rebusca, curiosa, en la repisa de los libros; saca uno que hojea tumultuosamente. Las páginas giran como impelidas por un torbellino; una de ellas se desprende, y cae sobre la almohada. Pero no es una página. Es una vieja fotografía de mi infancia que ha ido a parar allí, no sé cómo.

Solveig contempla durante largo rato la antigua cartulina patinada por el tiempo. Me mira en seguida. Y torna a observar la vieja estampa, comparándome. Una alegre sonrisa retoza en los labios jugosos. Pero no dice nada.

La niña vuelve a estirarse, junto a mí. Uno de sus brazos rodea mi cuello. Me atrae hacia ella. Sobre mi rostro se derrama la ola negra y brillante de su cabellera. Soplo, entonces, y la frondosa mata se va partiendo como empujada por unos dedos invisibles.

Solveig ríe, jubilosa. Fija las pupilas en el cielo raso, y se pone seria. De los rincones cuelgan telarañas, ligeros tallos negros brotando hacia abajo, que tiemblan sacudidas por tenues corrientes de aire.

La mirada de la muchacha recorre fugazmente los contornos de la pieza. Un leve gesto de aflicción contrae, imperceptiblemente, el fino arco de las cejas. Me oprime una indefinible sensación de empequeñecimiento. Por primera vez reparo en la sordidez de mi vivienda, en sus muros desolados, en su abandono. Y siento vergüenza de mi pobreza.

—Mi hijito...

Me invade el deseo de gritar. La necesidad de gritar. Gritar de alegría. De hundirme para siempre en

ROBLE HUACHO

este momento definitivo. Mi hijito. ¿Quién sino tú, hembra mía, mujer mía, podía derramar sobre estas pequeñas palabras tan transparentes mieles de ternura?

Cae la tarde. La moribunda luz del día se difunde apenas a través de la cortina, borrando detalles, contornos, aristas. Todo se ha sumergido bajo la ola impalpable de la penumbra, de la que sólo emergen las luminosas pupilas de Solveig, y la niebla lechosa de su rostro.

—Tengo frío...

La voz es un susurro. Ya no sonríe. Ha empalidecido de repente. Es como si su pensamiento hubiera huído, marchándose por un camino obscuro, no sé dónde.

Regresa lentamente. Miro sus ojos, húmedos ojos de gacela aterida, en los que tiembla el brillo de las lágrimas.

La cubro hasta el cuello.

Sobre la cubierta del techo rueda un sordo rumor, un sonido vago e impreciso, como de lluvia lejana.

—¿Qué es éso...?

—Nada... No te asustes... Es el viento que agita las hojas de los eucaliptus... el viento...

X

NOVIEMBRE QUEMA sus últimos días en la hoguera inagotable de un sol en llamas.

Una primavera anticipada después de un invierno benigno —algo extraordinariamente raro en Cautín— derramó un lujurioso oleaje de verdura sobre los valles, hondonadas, faldeos y montañas de la provincia. Mirando desde arriba hubiera podido contemplarse el espectáculo de una tierra convertida en flor, en una inmensa flor verde de infinitos matices, en una umbela esmeralda dorada por el sol.

Pero a medida que transcurrieron los días, la primavera fué haciéndose abrasadora y seca, retardando el exuberante desarrollo inicial de gramíneas y hierbas anuales. El jugoso manto verde de los comienzos, fué transformándose poco a poco en una superficie desmayada y mustia, verde-amarillenta por la falta

de humedad.

El agua indispensable ha huído de las capas superiores de los terrenos elevados —lomas y faldeos— justamente en donde más falta hace, pues hasta allí no alcanza a filtrarse el fluido vivificante de ríos y canales.

La única esperanza es la lluvia, la ansiada lluvia que tarda ya demasiado en descargarse.

La adusta y sombreada montaña mantiene sin embargo la pura lozanía de su verde inalterable. Allí, en el silencio de su espesura trizado sin cesar por el grito agorero del "tricao", los apretados ramajes desmenuzan la violencia del sol, tamizándola por la criba casi impenetrable de las espesas frondas. Aun cuando el ardiente verano llegara a evaporar los últimos vestigios de humedad en el corazón de los bosques, las profundas y tenaces raíces se encargarían de extraer el agua bienhechora desde las capas más hondas del sub-suelo, creciendo hacia abajo, más y más, en busca de misteriosas y escondidas vertientes.

La implacable sequía quiebra sus manos apocalípticas contra la enhiesta vitalidad de las montañas; sólo en las lomas y terrenos descubiertos galopan sus potros de fuego, calcinando la tierra, marchitando los pastos, doblegando las cabezuelas de las espigas pertinaces.

Un viento sur desapacible arrastra la tierra suelta de los caminos, algunos días. Espesas nubes de polvo giran en las alturas, rodando como una marejada turbia y silenciosa.

Colonos, medieros, inquilinos, miran el cielo con ira y espanto. Nadie recogió la cosecha el año anterior; no valía la pena hacerlo: el costo de la recolección era superior al precio del cereal. Todo el esfuerzo de una labor durísima se esterilizó sobre la tierra generosa; pudrióse el dorado trigo en las semente-

ras, fallida promesa de un pan que no llegó a ninguna boca.

Los campesinos, atemorizados por la crisis, apenas sembraron este año lo indispensable para subsistir. Y la persistencia de la sequía aprieta los corazones temerosos con negras garras de desaliento.

EL viejo Anguita, afirmado en el palenque donde amarra los caballos, remienda unas coyundas.

Es un hombre mediano, cenceño, de rostro atezado. Bajo las zarzas de las cejas, brillan las pupilas tranquilas. Una cabellera de nieve descuelga algunos tufos aplastados por el ala carcomida de una chupalla de paja. El mentón firme y agresivo, los hombros poderosos y altos a pesar de la edad, las grandes manos curtidas, le dan un aspecto de testadurez impresionante.

Las modestas casas de su hijuela se asientan en el fondo de una quebrada por donde se escurren las aguas jubilosas de un hilillo cantarín. El viejo ha construido por ahí, en cierto lugar, una represa que difunde fertilidad a un cultivo de hortalizas y a un promisor plantío de papas.

La alegría que sacude el corazón del hombre al contemplar la chacra ubérrima, se torna en pesadumbre cuando, al alzar los ojos, atisba en lo alto de la loma próxima la sementera mustia, aplastada por el calor que arranca a la tierra vaharadas trémulas.

No obstante, el viejo Anguita siente en lo profundo de los nervios un regocijo íntimo, una suerte de liviana felicidad que destella en los ojos zahoríes. Mañana o pasado vendrán los carabineros de Roble Huacho a restablecer los antiguos deslindes del pequeño predio. La demanda contra don "Nacho" Cabrera fué acogida favorablemente en el juzgado de Temuco; el informe del agrimensor que vino a rectificar las líneas,

influyó decisivamente en su favor pese a un intento de soborno por parte del rico.

El viejo Anguita permanece afirmado en el palenque. Canta en voz baja mientras agujerea la sogá endurecida con una aiezna oxidada. La faja de suelo que el codicioso potentado le arrebatara arbitrariamente, volverá a su poder, a incorporarse al patrimonio que piensa dejar al nieto bullicioso, alegría de su vejez, tierno huérfano de la hija única fallecida al darlo a luz.

No importa que la cosecha no sea pródiga. Sabe por la dura experiencia de largos años, que cada siembra es una aventura, un azar en las manos caprichosas del tiempo impreciso. Pero sabe también que la tierra no se gasta; no ignora lo mudable y transitorio de todo lo que, viviendo, corre hacia los oscuros abismos de la muerte. Pero la tierra, como el agua, permanece en el tiempo, generosa y eterna, con sus pardos regazos abiertos siempre a la esperanza infinita del hombre.

El viejo se sobresalta súbitamente. Suspende el quehacer y mira hacia el final de la quebrada.

Del rancho de Fidel Cárcamo, su inquilino y mediero, se alza un tenue y azul penacho de humo, recto hacia el cielo de la tarde. Levanta los ojos hasta el filo de la loma, más allá del alambrado que lo separa del vecino temible, en donde se enclava el edificio de la escuela rural atendida por la señorita Flor Quintana. La mirada salta a la margen opuesta manchada a trechos por ralos bosquecillos cuya sombra guarece del calor la hacienda menguada: dos vacas, tres caballos, unas cuantas ovejas.

Todo sigue igual que otros días, aparentemente. La canícula hace hervir el aire junto a las superficies

recalentadas, refractando los rayos luminosos. Casas, animales, árboles, parece que temblaran en la resolana coruscante.

Sin embargo, en esa atmósfera de metal ardiente ha entrado de pronto un elemento extraño, algo que el viejo percibe más con el instinto que con los sentidos. Una especie de fluido invisible, una presencia sin cuerpo, pura y radiante, pone tensos los nervios del hombre haciéndolos temblar. Una sensación de inmovilidad parece interrumpir la vibración del aire; un extraño silencio se derrama sobre la tierra que aquieta toda impresión de rumor.

Un grueso abejorro pasa zumbando al lado del viejo. De repente descubre la causa de su inquietud.

Se vuelve hacia las casas. Grita:

—¡Viejaaa...!

Al cabo de un rato se oye una voz malhumorada.

—¿Qué quieres...?

—Vieja,... va a llover.

La voz rezonga.

—Viejo "allecahue"...

El viejo Anguita no habla más. Se enfufruña. A cada rato mira el caminito que conduce a la escuela, por donde luego sonará la carrera alborozada de Temístocles, el nieto-gárrulo.

EL viejo Anguita no se ha equivocado. Al anocheecer el cielo se torna caliginoso, amenazante. Alas rápidas cruzan el aire en vuelo despavorido, buscando un abrigo de la tormenta. A poco, llegan las primeras ráfagas en oleadas calientes y tempestuosas, sacudiendo las copas de los árboles, ululando en los techos de totora y en los alambres de las cercas.

Un vívido resplandor ilumina de pronto un cielo de tinta. Luego retumba el trueno, arrastrando por

las barrancas su marejada de roncocos. Después, la lluvia empieza a caer en gruesos goterones, lentos, blandos, levantando tenues nubecillas del polvo de los caminos. Un olor a tierra mojada, un aroma a riego, grato, profundo, invade los pechos jubilosos.

Arrecia la lluvia, más y más.

La noche ha cerrado completamente. Junto al encendido fogón de la cocina, tibio y cariñoso refugio en la soledad vernacular, se agrupa el pequeño mundo del viejo Anguita.

La mujer, hosca y taciturna, hila un blanco vellón. Las viejas manos sarmentosas —pardas como los terrones de los barbechos— hacen girar en el aire el huso de palo estabilizado con una "tortera" de piedra. Baila la sencilla rueca torciendo las sueltas fibras de lana en un hilo grosero y ceñido que al enrollarse sobre el lustroso vástago, forma una bobina hinchada en el centro.

Temístocles se ha quedado dormido en los brazos del abuelo. Un gato runrunea junto a la hoguera. Marta, una muchachuela enteca y desgarbada que sirve al matrimonio solitario, dormita cabeceando, sentada sobre un pequeño taburete de madera.

La lluvia cae a torrentes.

El viejo Anguita se levanta silencioso, con el niño dormido en los brazos. Se encamina a la habitación del lado, y acuesta el infante sobre mullido lecho. Al regresar a la cocina se detiene un instante a contemplar la noche a través de los opacos vidrios de una ventanuca.

Desde la altura —limitada por el estrecho marco de la ventana— cae sobre la tierra un diluvio pertinaz, un muro de gotas que ondula impelido por el viento como una cortina líquida, negra y brillante, impidiendo toda visión.

dos metros de la casa todo parece sumergirse

bajo una atmósfera turbia y profunda. La luz de los relámpagos se refleja, crudamente, en las charcas que crecen y se desbordan con rapidez inusitada sobre el estero próximo.

Un perro entra en la cocina, la pelambre empapada por la lluvia. Se acerca al fogón; entiesa las patas, sacudiéndose con violencia. Una ráfaga de gotas sale disparada en todas direcciones. La vieja atrapa en la fogata una rama encendida, y amenaza al perro que huye despavorido.

—¡Afuera "Fierabrás"... perro del diablo...!

Estalla en el aire una fugitiva lluvia de chispas. La vieja reintegra a la hoguera la rama; sacude a la muchachita amodorrada:

—Pasa la banca, chiquilla... Anda a "acostate"... estás "meucando" ahí...

La chicuela abre los ojos adormilados y tambalea, asustada. Tiende a la mujer el banquillo pedido, y se dirige a un rincón de la cocina para ordenar el informe montón de sacos y pellejos en que duerme.

El viejo Angulta retorna al lado del fuego. Hurga en los grandes bolsillos del pantalón de "diablo fuerte", de donde extrae su bordada petaca. Calmadamente desenrolla la larga amarra y lía, con parsimonia, un cigarro de hoja que pega con la lengua. Fuma en silencio, a grandes chupadas.

La vieja sigue hilando mientras afuera cae la lluvia sin cesar

La tempestad ha pasado como un meteoro.

El sol del nuevo día ilumina un cielo puro, sin nubes. Una agradable sensación de frescura, de aire lavado y limpio, se derrama en la atmósfera transparente. La tierra reseca ha absorbido con avidez el agua de la lluvia; aquí y allá algunas charcas plateadas disminuyen lentamente de nivel, copiando en sus espejos inmóviles el azul desvaído de un cielo remoto.

Sobre las hojas de los árboles, en los delicados tallos de la hierba, resbalan las gotas de lluvia como lágrimas de vidrio; las telarañas parecen consteladas de brillante pedrería; los tonos verdes acentúan su intensidad; la loma que ayer no más agonizaba bajo la sequía, ahora yergue sus espigas triunfales, rizada levemente por el airecillo matinal.

El viejo Anguita toma el mate del desayuno, chupando con fruición la bombilla recalentada. Su mujer ordeña las vacas en un corralito próximo, mientras la sirvientita da de comer a las gallinas.

Los tres perros del viejo salen disparados, de pronto, hacia las vallas que cierran el camino, por ahí cerca, a la vuelta de la loma. En un momento desaparecen tras el recodo, ladrando furiosamente.

A poco resuenan unas voces airadas, y se escucha el sordo rumor de unos cascos herrados que hollan, rudamente, el espeso barrizal del camino.

El viejo Anguita se asoma al corredor abierto, con el mate en la mano. Desde donde se encuentra no alcanza a atisbar la gente que se acerca; baja unos pocos peldaños y sale a la pequeña planicie en que se asientan las humildes casas.

Un vago temor lo asalta al divisar los tres jinetes que se acercan resueltamente. En el del medio reconoce a don Nacho Cabrera, erguido en la silla, arrogante, las duras cejas contraídas en un gesto de odio y maldad. Bajo el bigote recortado, cerdoso, se aprieta la boca bestial, de labios retintos, en una mueca de desprecio y rencor.

El avío insolente— alta montura “doñihuana” ricamente enjaezada, bridas dobles recargadas de pasa-

dores de plata, espuelas adamasquinadas— contrasta notablemente con el modesto apero de sus acompañantes.

La vieja interrumpe la ordeña. Se aproxima lentamente, rodeada por los perros expectantes.

Los tres hombres montados cercan al viejo Anguita que permanece extático, tranquilo, una mano crispada sobre el mate de "calabaza", el pulgar de la otra perdido en la ancha faja que ciñe los riñones.

El rico se acerca aun más. Las pupilas implacables brillan como puntas de acero asesino.

La atropellada parece inminente. Empero, hay algo en los ojos del hombre desmontado que contiene la arremetida. El terrateniente y el colomo se miran fijamente, en silencio. Son dos voluntades en pugna, dos fuerzas distintas chocando fieramente por un mismo anhelo, por un deseo idéntico, tumultuoso, irrefrenable; por una pasión telúrica brotada de la entraña de la raza, pasión elemental y primigenia que ha hecho derramar torrentes de sangre en los campos del sur: la conquista y la defensa de la tierra.

La lucha psíquica es de corta duración. Sintién-dose vencido, el orgulloso terrateniente escupe el insulto al labriego indefenso:

—¡Saliste con la tuya,... viejo maricón!

El viejo Anguita parece tornarse de piedra. Las facciones contraídas por la ira, se sueltan en un gesto solemne:

—Defiendo lo mío... mi pan.

—¿Así es que yo seré ladrón...?

—¡Ladrón será!

La pesada argolla de la "penca" cae arteramente sobre la frente venerable que se quiebra con un chasquido trágico. El viejo se desploma sin un grito, el rostro bañado en sangre.

—Defiende lo tuyo, ahora,... "hocicón".

Las patas de las bestias, al volver grupas, salpican de barro los blancos cabellos.

La vieja se arrodilla, temblando, junto al hombre inerte. Grita enloquecida:

—“¡Bandíos”!... ¡mataron mi pobre viejo!...

Se yergue iracunda. Azuza los perros que se lanzan ladrando tras la cabalgata talmada.

—...¡chús... chús...! ¡mátalos, Fierabrás...! ¡Maldita la entraña que te parió, Nacho Cabrera...!

Uno de los peones se inclina y golpea en la cabeza al perro que salta furioso a morderle las piernas. El animal da un par de vueltas y huye, aullando. Describe un ancho círculo por el campo, y regresa ladrando otra vez, pero sin acercarse a los caballos. Los otros dos perrillos lo imitan hasta que la tropa artera desaparece en el recodo próximo.

EL viejo respira débilmente, sin recuperar el conocimiento. La sirvientita ha acudido con un tiesto lleno de agua; la mujer trata de restañar la sangre que mana abundante de la frente abierta.

Casi al mismo tiempo llegan hasta allí Fidel Cárcamo y la señorita Flor —la profesora rural que desde lo alto de la loma contemplara la cobarde agresión— y entre los cuatro cargan el cuerpo sin sentido, transportándolo hasta la vivienda cercana.

Un charco de sangre mancha de rojo la tierra obscura; de él parte un hilillo bermejo, irregular, que llega hasta las casas, y se deslía rápidamente en la superficie humedecida del suelo trágico.

El mate de calabaza y la bombilla yacen tirados por ahí, en medio del barro que se endurece a prisa bajo el caliente soplo del sol.

XI

HAN PASADO ALGUNOS días.

Don Nacho Cabrera, sentado detrás de su escritorio —en el ancho aposento en que se hacinan libros y monturas, quesos y tarros de manteca, carabinas y cebollas— revisa cuidadosamente unos papeles. Está de pésimo humor. Un gesto de ira contrae el gesto innoble.

Grita de pronto:

—¡Juan Agustín...!

Se siente venir un rápido roce de “chálas” por el largo pasillo. Asoma en el hueco de la puerta una cabeza desgrefñada, jadeante, servil.

—Mande, patrón...

Don Nacho mira un instante el siervo sumiso que

no se atreve a alzar los ojos.

—¿Tomaste desayuno?... Mira... ensilla el "Canario" y te vas a Pichi-Lleuque... Le dices a don Cándido que me mande a "Cara de Saco"... hoy mismo.

—Bien, patrón.

—Nada más... ¡vete!

MIENTRAS adereza el avío mísero sobre los inquietos lomos de la cabalgadura —de extrañío pelaje amarillo— el peón medita tratando de adivinar qué "zafadura" está fraguando el "futre".

Pero ¡qué puede importarle a él lo que le ocurra al patrón...! Es tan "mañosazo" el rico... Si se apresura puede alcanzar al almuerzo en casa de las "Patatas de Pidén", niñas alegres que viven en las lindes de Pichi-Lleuque, el fundo cordillerano del patrón. Poca es la plata que lleva, es cierto; apenas le alcanzará para un "chufly". Pero no importa. Sabe que la Celedonia es compadecida: le puede fiar una "acostá".

Aprieta la cincha calmosamente. Sale de la pesebrera con el caballo de tiro y lo amarra a una vara próxima. Cruza el ancho patio circundado de construcciones, y entra al cuchitril en que reposan por las noches sus huesos proletarios. Sale al cabo de un instante, calzadas las espuelas, el raído chamanto terciado sobre un hombro. Monta en la bestia nerviosa, y se encamina —masticando un mendrugo— bajo los trallazos de un sol que azota rabiosamente el aire con sus fustas ardientes.

DON Nacho Cabrera sigue sentado, perdido en sus pensamientos.

A pesar de que Alfredo Walter, su paniaguado de Roble Huacho, hizo lo posible por detener la demanda, el viejo Anguita consiguió llevar hasta el juzgado de

Temuco la querrela criminal por lesiones graves.

Es claro que no irá a la cárcel; su dinero e influencias lo librarán de toda contingencia desagradable. Pero las molestias no podrá evitarlas. Y el viejo además de recuperar la faja de terreno, es posible que consiga sacarle quien sabe qué suma como indemnización.

Don Nacho se estremece de cólera y despecho.

"...Y ese boticario infeliz... no tiene donde caerse muerto y dándose las de protector de desvalidos. Si no hubiera sido por sus consejos, el viejo Anguita se quedara con la paliza. La demanda hubiera llegado solamente hasta el juzgado de sub-delegación para desaparecer, como tantas otras, en las manos mágicas de su amigo Walter".

"...Y esa perra de la profesora... A pesar de vivir en sus dominios, fué especialmente a declarar en su contra como testigo del viejo. Eso no lo puede perdonar. Ella es la causante exclusiva de todos los sinsabores que ahora lo atormentan. Sin su testimonio, el viejo Anguita no hubiera podido probar nada... no había otro testigo... ¡Ah...! Tarde se va dar cuenta la maestrilla estúpida quien es Ignacio Cabrera... Sentirá en carne propia aquello de que la letra con sangre entra... Pero ahora sí que no habrá testigos ni delatores; ahora no quedará huella..."

El placer de la venganza próxima lo sustrae por un momento a las preocupaciones que lo embargan. Sonríe fugazmente. Y la sonrisa, que en la mayoría de los hombres es un destello uro del sentimiento, en los labios del implacable encomendero es una mueca feroz.

AL atardecer de ese mismo día llega "Cara de Saco", obediente a la llamada del patrón.

Es un gañán hercúleo, ceñudo. Sobre el cuello de toro se asienta la cabeza torva, de ancha carota acribillada por la viruela. De ahí el sobrenombre que nadie, nunca, se ha atrevido a expresar en su presencia. Una gruesa cicatriz prolonga el rasgo de una de las comisuras en un gesto de extraña ironía.

“Cara de Saco” —leñador desde niño— ha vivido siempre bordeando las fronteras del delito. En dos o tres ocasiones ha caído al calabozo del retén por robo o lesiones. La influencia poderosa del patrón ha logrado evitar, cada vez, la merecida condena.

En los turbios manejos de don Nacho Cabrera, “Cara de Saco” ha sido el brazo incondicional: ha quemado incontables sementeras, ha apaleado inquilinos exigentes. Una larga lista de tropelías lo ha rodeado de una fama temible. Tal vez por ésto don Nacho Cabrera lo mantiene alejado —escondido más bien— en las ásperas serranías cordilleranas; talando araucarias, desde donde lo extrae cada vez que necesita emplear una mano dura.

Agresivo e insolente con todo el mundo, el rústico sayón es un niño temeroso ante el amo imponente.

—QUE hubo, Rigoberto... ¿cómo te estás portando?

Una sonrisa taimada estira la comisura horrenda, dejando ver la dentadura de lobo. Los ojillos desaparecen en la apretada grieta de los párpados. Entre las manos callosas la mugrienta chupalla gira sin cesar.

—Así, así, no más... patrón.

—Mira... ¿conoces la profesora de la escuela nueva?

—No la conozco “ná”, patrón.

—Es una yegua chúcara... Me hizo una gran-

de... ¿te atreves a montártela...?

“Cara de Saco” se pone serio. Una arruga profunda quiebra la frente mezquina. Se rasca con un dedo la hirsuta pelambreira.

—Quien sabe, pues, patrón... Poco me gusta atropellar mujeres... Pero si su “mercé” lo manda...

—Conforme... esta misma noche, entonces. Deja el caballo listo al lado de las trancas... Te vuelves a Pichi-Lleuque apenas te la “pites”... Cuida tus manos... no quiero que la maltrates.

—Bueno, patrón.

Don Nacho mira con detención al esbirro mísero. Repara en la andrajosa vestimenta, en los pantalones llenos de parches, en la sucia y sudada camiseta.

—Por la... que andas roto.

Escribe algo en un papel que alarga al peón mugriento, junto con un billete que extrae de un grueso fajo.

—Ahí tienes una orden para la pulpería... Don Cándido te va a entregar un pantalón y una camisa. Te los regalo... Y aquí tienes diez pesos para que te diviertas... Vete a la cocina... dile a la Chepa que te dé de comer... Y cuidadito con hablar ¿eh?

—No, patrón.

—¡Ah!... mira... la profesora vive con una vieja... creo que es tía... Del susto se van a “miar”... je... je...

Un destello de lascivia brota de las pupilas cónicas.

—Es una buena torcaza, Rigoberto.

El pringoso jayán se relame la negra boca. Un gesto malicioso eleva las cejas montaraces.

—Hay que dar fe, patrón...

XII

LA noche de Diciembre es alta y profunda.

Un cielo plateado, lejano, vierte sobre la tierra sombría un resplandor pálido, indeciso, remoto. Las constelaciones lanzan sus surtidores de polvo de estrellas hacia los cuatro puntos cardinales.

La Cruz del Sur clava en el ancho firmamento sus aspas de plata. Y gira en la noche tranquila y silenciosa.

La cordillera lejana, obscura masa milenaria, circunda el horizonte con su filo desgarrado por enhies-tos picachos. Brilla el cono nevado y rutilante del Llaima. El cráter encendido es, a la distancia, otra estrella, un astro prodigioso de rojas lámparas inmó-viles.

La vida animal agotada por la fatiga y el hastío, se hunde en el reposo transitorio. Sólo se oye el sordo

frú-frú de las lechuzas y murciélagos agitando los flotantes tules de la noche con sus pausadas alas de franela.

No obstante, vibra en el aire un tenue rumor, una leve palpitación de vida que crece al amparo del silencio y la obscuridad: es la savia que trepa, la hoja que brota, el fruto que estalla.

Un perro ladra a lo lejos. Y el ladrido es un cristal sonoro que el viento conduce de quebrada en quebrada hasta romperlo contra los flancos de la montaña misteriosa.

EL hombre atraviesa los potreros sigilosamente, salvando las alambradas con ruda destreza. Para él, la noche es la noche, nada más. Los simples meandros del alma primitiva no alcanzan a registrar la majestuosa solemnidad de la hora, la inmensidad cósmica que allá arriba gira en el espacio infinito y eterno.

Súbitamente surge ante los ojos avizores la silueta del edificio de la escuela, recortándose sobre el fondo tachonado del cielo, enclavado en el lomo de una eminencia próxima. El hombre franquea una última valla y trepa por las suaves laderas a paso de lobo, deslizándose sobre el terreno cubierto de hierba, sin hacer el menor ruido.

Una delgada línea de luz escapa por las juntas de una ventana. El hombre se aproxima, se alza sobre la punta de los pies, y mira ansiosamente.

LA señorita Flor es una hembra garrida, alta, rubia. Bajo la cabellera fulva, centelleante, la piel lechosa aparece sembrada de pecas bermejas. Una ligera miopía confiere a los ojos azules una expresión de dulzura, de ensueño permanente. Sin embargo, bajo ese inofensivo aspecto de candor late un corazón decidido, una voluntad de acero, un valor auténtico

e indudable que la hizo aceptar —hace algunos meses— la dirección de esa escuela campesina a sabiendas de la soledad y el desamparo que aquello significaba.

Pero los últimos acontecimientos —junto a los atemorizados consejos de la vieja tía que la acompaña— la han decidido a solicitar su traslado a otro lugar en que se sienta más segura. Espera salir a vacaciones, dentro de un par de semanas, para gestionar ante las autoridades del servicio su cambio de ubicación. Tiene ya redactada la solicitud en que expone detalladamente los motivos que abonan su pretensión; guarda, empero, una íntima desconfianza acerca del éxito que pueda tener. Ella es profesora "interina"; aun no tiene la propiedad de su cargo. A pesar de obtener las mejores calificaciones en los cursos rápidos que funcionaron en Temuco para suplir la alarmante escasez de "normalistas", la dirección provincial la destinó al campo, exponiéndola como a tantas otras, a las contingencias de una vida dura, a los rigores invernales de un clima hostil, a los vejámenes de soberbios latifundistas.

Sí. Debe irse, le conviene alejarse de allí aun cuando sienta una pena profunda ante la posibilidad de dejar esa escuelita en que han transcurrido sus primeros tiempos de maestra. Siente abandonar a sus alumnos, mapuches la mayoría. Ha aprendido a querer esas espesas mentes insensibles a la abstracción, esas cabezas hirsutas de tiasas y negras pelambreras, esos ojos húmedos y tristes llenos de infinita melancolía. Ha logrado amar esos rostros serios, pétreos, huérfanos de sonrisas; rostros de niño sin infancia, pensativos, taciturnos, apretados por dos puñitos convulsivos, tratando de comprender, desesperadamente,

sin lograrlo, las sencillas palabras de la maestra cariñosa.

LAS dos mujeres, ya acostadas, se dedican al último quehacer del día. La vieja desgrana las cuentas de un rosario interminable; el rezo es un bisbiseo imperceptible, un chasquido apagado de labios marchitos, mientras los ojos contemplan vagamente un punto lejano. La joven, sentada en el lecho frontero, atrapa en pequeños tufos la cabellera cobriza; los envuelve en horquillas de alambre que amarra enseguida con finas tirillas de lienzo. Así mantiene la ondulación de los frondosos cabellos. Ya está por terminar la operación. La cabeza aparece rodeada de una aureola extraña, algo así como una medusa de inofensivas serpientes.

Una lámpara de parafina colgada en el muro junto a una imagen de Cristo, difunde por la estancia una brillante claridad.

—Qué hubo, tía... ¿terminó su rosario?

La vieja se vuelve, los ojos entrecerrados, sin dejar de mover los labios. Suspira al cabo de un momento.

—Ya está, mi hijita... Tengo hecha una manda a San Judas Tadeo, abogado de los imposibles, para que nos saque luego de este purgatorio.

La anciana es un saco de huesos y pellejo, una ruina física, temblorosa, desolada. Las manos enjutas —como tallos resecos— cuelgan trabajosamente el negro rosario de una de las perillas del respaldo del catre.

—Ese hombre es malo... Creo que fué un gran error declarar en su contra.

—Pero señora... ¿cuántas veces le voy a decir

que fui porque me llamaron?... Por mí, no hubiera ido... ¿Qué no vió el carabintero que vino a citarme?... Además, fué tan vil el atropello...

—Sí... pero... ¡ayayay!... No debían mandar mujeres a estos puestos de los campos... Para éso están los hombres... ¿por qué no mandan profesores hombres...?

—No se atormente, tía. Tal vez pronto salgamos de aquí.

—Dios lo quiera, hijita.

De pronto, una ráfaga de aire hace ondular con violencia la ancha cortina que reemplaza los batientes de la puerta por donde se va desde el dormitorio a la sala de clases. La llama de la lámpara se estira en una lengua súbita hasta lamer los bordes del tubo de vidrio, amenazando apagarse.

La anciana se paraliza. Un terror animal difunde sus fríos metales por las venas pausadas. La caída mandíbula tirta convulsivamente.

—Ya, pues, señora... déjese de sustos. Es alguna ventana de la sala que se abrió con el viento. Voy a cerrarla.

La mujer salta de la cama para calzarse unas pantuflas. Al agacharse, la ceñida camisa de dormir revela una grupa firme y poderosa, un cuerpo opulento de mujer madura.

Abre con brusco movimiento las alas de la cortina. En el mismo instante se siente cogida en un abrazo mortal que le corta la respiración. Dos brazos fornidos la zarandean en el aire. Como a través de una pesadilla ve una cara horrible, sub-humana, de labios bestiales empapados de baba. Siente un resuello grueso, asqueroso, que la quema; unas ásperas cerdas que le hieren el rostro sin piedad.

La voluntad de luchar, de sobrevivir, la abandona un instante en desmayo brevísimo; los músculos, laxos un momento, se contraen de nuevo; la conciencia vuelve a brillar y se apresta a la defensa con la decisión heroica de triunfar o perecer.

Toda llamada de socorro es inútil. Nadie la oiría. El viejo Anguita permanece aun en Temuco, curándose la herida; el rancho de Fidel Cárcamo queda demasiado lejos; la anciana tía que hubiera podido salir en busca de auxilio, yace desmayada sobre las almohadas piadosas.

La profesora se da cuenta de lo estéril que sería gritar. La invade un odio profundo, una ira desatada, sobrehumana, que acrecienta en ella la ardiente voluntad de resistir.

El hombre la tiende de espaldas sobre el lecho, violentamente. Los blancos muslos zigzaguean en el aire, pero al instante se aprietan, tenaces, uno contra otro. Se alcanza a ver la visión fulgurante de una mano que sube y baja, proyectándose sobre el rostro odiado en el que cinco uñas iracundas dejan otros tantos surcos sangrientos.

El hombre, enfurecido, golpea brutalmente el mentón indefenso, tratando de aturdir a la hembra indomable. Desgarra la camisa con violenta maniota, y mientras sujeta a la mujer por las muñecas, hunde el rostro en la tersa blandura de los senos desnudos.

Nada rompe el silencio de la noche; sólo se oye el jadeo del hombre delirante que deja escapar roncros estertores.

La profesora se siente aplastada por un peso que la ahoga. Experimenta, de pronto, la horrible sensación de unos labios quemantes que succionan uno de los delicados pezones. Reúne, entonces, sus últimas fuerzas, y quiebra el cuello en doloroso esguince. Se

aprieta contra la greñuda cabeza, y muerde, con ferocidad inaudita, una oreja asquerosa cubierta de vello. Brota un caliente chorro que le salpica el rostro. El hombre suelta una de las manos para golpear ahora en los ojos airados. El pesado puño alcanza una ceja que se parte al instante.

La profesora no siente los golpes ni el dolor. Con el brazo libre rodea la cintura del hombre. Un súbito envión hace caer al suelo la pareja iracunda; los dos cuerpos ruedan confundidos en estrecho abrazo.

La mujer —ya enteramente desnuda— se golpea el torso, el vientre, los senos, contra las esquinas de los pequeños muebles que se vuelcan con estrépito. El blanco cuerpo aparece lleno de manchas moradas y difusas.

El hombre consigue tomar en vilo el cuerpo latigüeante. Lo inmoviliza contra el borde del lecho, oprimiéndolo con el peso de un tórax poderoso. Una rodilla inhumana se clava entre los muslos contraídos.

Cuando la violación parece inevitable, la mujer acierta un rodillazo inconsciente, con la violencia de una catapulta, en los testículos descubiertos. El hombre afloja la presión instantáneamente, tambalea, se dobla sobre sí mismo desvanecido por el dolor. La profesora se alza rápida como un rayo, y abre el cajoncillo del velador. Brilla el cañón niquelado de un revólver diminuto y dos deslumbradores fognazos chamuscan la cabeza despavorida, sin herirla.

“Cara de Saco”, el terror de la región, huye como un conejo, la cara ardiendo por los arañazos, una oreja desgarrada por el mordisco implacable. Salta por la abierta ventana y se echa a rodar por el faldeo hacia abajo.

En la obscura oquedad de la ventana aparece una figura blanca que se inclina hacia la noche. Un último disparo perfora las espesas sombras que allá, al

pie de la loma, parecen moverse inquietantes. El vívido resplandor rasga las tinieblas y dardea, deslumbrante, el aire trémulo. La detonación corre en la noche, resonando en las barrancas hasta apagarse a lo lejos.

LA señorita Flor a medio vestir, atiende a la anciana que acaba de abrir los ojos. El viejo corazón golpea sordamente el pecho hundido; las arterias del cuello laten a saltos, sacudiendo la piel de pergamino. Las palabras brotan llorosas, entrecortadas por la emoción:

—¡Dios mío... mi hijita... cómo te han dejado la cara!... Dios, que es justo, castigará esta infamia... y a ese desalmado... cobarde... vengativo... Estoy segura que este salteo es obra suya...

Con la cara arrasada por las lágrimas mira el rostro macerado de la profesora; no hay allí una pulgada de piel intacta. Los ojos, la boca, las mejillas, aparecen llenos de verdugones, de huellas moradas que se ennegrecen rápidamente.

—...dime, mi hijita... dime la verdad... ¿te tomé ese canalla?

La maestra es incapaz de pronunciar una sola palabra. Se sienta en el lecho, convulsa, junto a la anciana, y niega tenazmente con la cabeza. Siente derramarse por el cuerpo tembloroso una extraña laxitud que embota los sentidos, anulando todas las sensaciones. Lleva ambas manos a la frente en un gesto maquinal. Tambalea, pero el desmayo no alcanza a producirse.

Súbitamente un hondo sollozo la sacude entera. Las fibras femeninas recuperan el nivel psíquico perturbado un instante por la voluntad que no reconoce fronteras sexuales. Y estalla en llanto, un llanto profundo, de mujer pura y heroica, que es como una liberación.

Sobre el rostro machacado y tumefacto ruedan las lágrimas, copiosas y fáciles. La anciana coge la cabeza sufriente, la atrae hacia sí, acaricia los enredados cabellos.

Las dos mujeres se estrechan mutuamente. Esperan largas horas, sin hablar, pesarosas, hasta que el amanecer— con el consuelo de su luz— insinúa en el alto cielo sus claras saetas opalinas.

XIII

EL CABO FELIPE Inalaf y el carabinero Calixto Garcés cabalgan pausadamente a lo largo del pequeño sendero que corre junto al Huichahue, lento riacho de aguas frías como el corazón de las altas cumbres andinas de donde brotan.

El sol del mediodía fustiga el paisaje con sus chichos ardientes, agobiando la tierra aquietada y soñolienta. Un confuso rumor se derrama en el aire, un zumbido pertinaz, mareante, que parece hacer hervir la espesa y aplastada floresta bajo el leve impulso de invisibles burbujas: millones de veloces insectos borrachos de luz y atormentados por el calor.

Los dos carabineros van silenciosos, malhumorados, resacas las gargantas con el polvo del camino. Salieron de madrugada del retén de Roble Huacho, pesquisando el robo de una oveja del secretario Ga-

rrido; han patrullado inútilmente la colonia de Mendoza, vasto panel de pequeños predios rurales; por todas partes se han estrellado contra la desconfianza y la miseria de los infelices colonos. Nadie ha visto ni dicho nada. Ni dado nada; ni un pan, ni un mate, ni un "muño" de harina. Nada.

El carabiniero Calixto Garcés se rebulle en la montura. Afloja el rendaje sobre el duro arnés, y rebusca algo en los bolsillos superiores de la ceñida guerrera; en las oscuras manos aparecen un paquete de "Favoritas" y una caja de cerillas.

—¿Echemos humito, mi cabo...?

El indio voltea la cabeza, con desprecio. Es una bola de sebo sudorosa y brillante; por el alto y rígido cuello de la guerrera se desbordan, en rollos grasientos, la papada enorme y la gruesa nuca acribillada por horrendas cicatrices de ántrax. Las hombreras de la chaqueta amenazan estallar por la presión de la espesa gordura. Una gorra diminuta corona el cráneo mongólico pelado al rape. Contesta con un gruñido.

—Yo no fuma...

—Así, sin gastar ni en tabaco, ya tendrá su buena taleguita de "molido", mi cabo...

—Yo fuma "Reina Victoria"... Yo no fuma "fuingue".

—Pucha, mi cabo... Desde que le colgaron las jinetas ya no se contenta ni con la teta del "huilque"...

El carabiniero agita los labios en una sonrisa de picardía. Toda la dotación del retén, incluso el sargento, ríen a costillas del cabo Inalaf, de su orgullosa apostura, de su altivez, de su ignorancia. Desde que le enseñaron a leer en la misión capuchina de Padre Las Casas —en las afueras de Temuco— y logró conocer los hechos hazañosos de sus antepasados en la gesta guerrera de la Araucanía, el mapuche encendió el alma en el orgullo de su estirpe. Hoy considera despre-

clativamente a sus compañeros— la mayor parte de ellos salidos del ardiente corazón del pueblo— y que a su vez lo tratan como a una criatura consentida y ridícula; saben que el indio no pasará de cabo; sin embargo, la mayor parte del tiempo, por reírse, le rinden homenajes de capitán. El mapuche, ufano y serio, convencido de su importancia, es incapaz de comprender las burlas y acepta la falsa pleitesía como algo que le correspondiera legítimamente.

El Huichahue corre por la quebrada cintura de dos suaves lomajes. A ambos lados del camino el terreno se presenta cubierto de una vegetación aplastada e ininterrumpida, espesos quilantales, retoños de boldos y hualles, avellanos y canelos, un manto de hojarasca entretejida en el firme cañamazo de enredaderas y parásitas del que emerge una descarnada multitud, silenciosa, angustiada: los troncos muertos de un bosque incendiado.

Por aquí pasó la ola roja y crepitante del "roce" fatal; secando raíces; quemando follajes, bestias, sabandijas; extraviando pájaros en huida con la acre humareda de las resinas para precipitarlos, ciegos, en la ardiente vorágine; dejando en pos huesos calcinados, cenizas, desolación, muerte.

Ahora, ceñudos y agrios mástiles elevan hacia el cielo las secas y retorcidas manos de sus ramajes desnudos. Hasta los pájaros huyen de estos erguidos y siniestros fantasmas por cuyos descarnados brazos sólo discurren las vivaces lagartijas doradas y esmeraldinas.

Pero ya los retoños levantan hacia arriba el impulso de la tierra vivificada por las cenizas del bosque desaparecido. La floresta alza desde el suelo, lentamente, sus espesas olas verdes. En pocos años más la marea inmortal rodará otra vez, en las alturas, bajo las manos eternas de los vientos y los soles.

LOS dos carabineros marchan en silencio. Al doblar uno de los suaves meandros del río oyen, de pronto, una explosión apagada, no lejos de allí.

Calixto Garcés se agazapa instintivamente sobre el caballo, y requiere con presteza la carabina. Mira el cabo que ha detenido la cabalgadura y permanece en actitud de acecho, el rostro tendido hacia adelante como tratando de olfatear el aire.

La tensión dura breves instantes. El cabo Inalaf decide desmontar, lo que hace con rápido e inesperado salto; el carabinero lo imita; amarran los caballos en uno de los tantos troncos que bordean el camino, y avanzan sigilosamente, carabina en mano, ocultándose en el espeso matorral.

Una nueva explosión estalla casi junto a ellos, en el río, al otro lado del reborde de quillas. Al apartar la apretada hojarasca, atisban un hombre desnudo, sumergido hasta la cintura en el riacho, mirando ansioso el agua tranquila y transparente; de rato en rato larga una manotada para atrapar algo que brilla fugazmente y que echa dentro de un morral de malla colgado del cuello.

El hombre se afana, los cinco sentidos puestos en la extraña labor; se mueve hacia acá y hacia allá. trabajosamente, apoyado en una muleta cuya contera resbala a cada instante en las pulidas piedras del fondo.

Los dos carabineros observan con atención los movimientos del hombre que, a poco, se dirige a la orilla en la cual están justamente los uniformados confundiendo el color de sus vestimentas con el del matorral que los oculta por completo.

Calixto Garcés susurra en la oreja del cabo:

—Es Cristóbal, ... el cojo que vende pescado.

El cabo Inalaf se limita a cruzar un dedo sobre la gruesa boca.

El hombre sale por fin del río, cojeando lastimosamente. La pierna derecha, amputada por encima de la rodilla, es un péndulo trunco, un muñón ingobernable del que escurre un intermitente hilillo de agua. Algo falta allí rompiendo cierta obscura armonía, una ausencia monstruosa en una inconclusa unidad.

Por ahí, encima de una gran piedra, yace la mísera vestimenta; al lado aparece una canasta, llena a medias, de plateados salmones; el cojo se aproxima y vacía en ella el morral. No hay allí brincos angustiosos ni coletazos de agonía; sólo ocurre un deslizamiento de brillantes escamas, un fluír de blandos puñales que se aplastan con agrio golpeteo: el de peces muertos chocando contra peces muertos.

El carabinero sonríe:

—Pucha el cojo diablo... recogiendo salmones ahogados.

—¡No joda, hombre!... Este "caraco" está pescando con dinamita... ¡espérese!... ¡quiero pillarlo con "mano en masa"!...

Calixto Garcés mira con admiración al cabo Inalaf; piensa que el indio no es tan tonto como parece; por algo le han colgado las codiciadas jinetas.

El cojo revuelve, mientras tanto, sus raídas prendas y saca de ellas un atado de oscuros filamentos, cortos, brillantes. Con temeroso cuidado enciende uno y lo lanza, con fuerza, al medio del río. El negro petardo flota en el agua sin apagarse; arde la embreada mecha con apagado chisporroteo, desprendiendo una tenue humareda.

Un seco estallido aprieta, de pronto, el agua en una densa masa inmóvil, de dos o tres metros de contorno. Casi instantáneamente se rompe la fluida cohesión de ese bloque fugaz, y un suave reflujo golpea las piedras de la orilla. En la sacudida superficie del

agua asoman los pálidos vientres de dos o tres salmone reventados por la explosión.

El cojo alcanza a dar algunos pasos ,pero un agudo relincho lo clava en su sitio; la yegua del cabo venteó tal vez algún lejano semental y la llamada apremiante no se hizo esperar.

Los dos carabineros salen del matorral y avanzan hacia el cojo que permanece inmóvil, como una fiera acorralada, crispando sobre la pesada muleta las manos poderosas.

Pero la lucha sería absurda, estúpida. ¿Qué podría hacer un hombre desnudo contra dos carabineros armados hasta los dientes y con la indudable ventaja moral que supone la existencia de un delito infraganti?

El cojo afloja la ceñuda faz en un gesto de soborno:

—¿Qué hubo, mi cabo... ¿quiere un "parcito" de salmone?

—¡Tu abuela!... Yo te va a enseñar la pesca con dinamita... matando pescado chico y pescado grande... ¡Ya!... ¡entrega los tiros!... ¡luego...!

El cojo abandona, en las manos del carabinero que lo mira compasivamente, el atado de cartuchos. En seguida se viste con aire de desaliento; parece haber envejecido. Toma la canasta y sale al camino, seguido por los carabineros. Cojeando, cojeando, avanza por en medio del polvo, delante de los caballos que marchan lentamente, agobiados por el calor, en dirección a Roble Huacho.

Como epílogo, cincuenta pesos de multa; los tiros de dinamita perdidos; y el canasto de salmone decomisado por don Ismael Garrido Franco, secretario del juzgado.

De esta manera se esfumaron las últimas monedas de Cristóbal, el cojo que vendía pescado. Hoy su mujer hace cola ante la "olla del pobre" que funciona

en la Municipalidad.

LA crisis abrumba el poblacho. Las negras escobas de la miseria barren la esperanza de la gente, su alegría y su fé.

La mayoría de los pequeños almacencillos han cerrado sus puertas; no hay compradores ni qué vender. Sólo los grandes negocios —“La Favorita” del gaba-cho Bourdachet, “La Joven Sultana” del turco Halabí, las bodegas del alcalde y de Sebastián Elgueta— sólidamente cimentados en años prósperos, han podido ir resistiendo la racha funesta.

Grandes fortunas agrícolas de la región se han venido al suelo como castillos de barajas. La crisis ha puesto en evidencia la fragilidad financiera de ciertos hacendados que, abusando de créditos ilimitados, inflaron sus deudas en forma inaudita, estafando al comercio y las instituciones bancarias, hundiendo su inquilinaje en indescriptible miseria.

Las quiebras se suceden con frecuencia alarman- te. Un clima de pesadumbre vierte su obscura angus- tia sobre el poblacho indefenso. No hay aquí industria alguna que pueda mover la actividad del caserío. La producción agropecuaria es insignificante. Hay gran- des extensiones perdiéndose entre las manos de terra- tenientes ignorantes y retrógrados. Y en los pequeños predios —Colonias de Mendoza y Huichahue, en los aproches de la comuna— la falta de aperos, de bueyes, de semillas, va hundiendo en una lenta miseria a los mínimos propietarios. Las instituciones del gobierno destinadas a proteger la agricultura, han bloqueado los créditos. El circulante ha desaparecido. Y esa gen- te no sólo puede comer papas; necesita azúcar, ropa, medicinas. Necesita dinero, vivir.

La pasada cosecha se perdió totalmente. A me- diados de Otoño los infelices colonos empezaron a

vender gallinas, cerdos, efectos personales, todo pagado a precios irrisorios pues la oferta era exuberante y escasa la demanda.

El invierno fué espantoso. Nadie podría narrar la miseria de esas gentes que en los campos sumergidos bajo el azote interminable de la lluvia, vivieron como hongos, apegados a la tierra húmeda y triste.

Junto al tibio y cariñoso refugio de las fogatas soñaban con la primavera, con el talado en los bosques silenciosos, con el penetrante zumbido de los aserraderos, con el cadencioso rodar de las carretas fletteras.

Sueño inútil, como todos los sueños. La realidad sigue ahí, hurafía, hostil, sacudiendo las pequeñas esperanzas y aventándolas con el soplo brutal de la depresión.

HASTA Florencio Ravanal —el único figaro del pueblo— se ha impuesto una economía rigurosa con el fin de acumular el dinero necesario para trasladarse a un ambiente que ofrezca mejores expectativas. Su clientela ha disminuído en forma asombrosa. Se propina dos o tres afeitadas diarias para conservar la destreza de sus manos. O rasguea su vieja guitarra, sentado detrás de la ventana de la barbería, atisbando las crecidas melenas de los escasos transeúntes.

Mi farmacia mantiene su reducida venta. Ya no es posible vender menos, pero la misérrima utilidad me permite ir viviendo. Aquí llega siempre alguna gente trayendo sus penas, sus dolores, y a veces, sus agravios. Hombres demacrados, mujeres enfermas, crituras agonizantes, arriban hasta el diminuto mostrador en busca de una medicina... o de un consuelo.

Atiendo lo mejor que puedo a esta pequeña y triste multitud; escucho pacientemente la historia de sus males; les entrego lo que necesitan. Las más de las ve-

ces no traen dinero; es bastante lo que ya me deben, pues siempre me he negado a recibir objetos en pago.

Mi pequeña farmacia polariza el dolor físico del poblado. He visitado la mayor parte de las viviendas del caserío. He visto morir gente de diversas maneras, aplastados por carretas o por troncos, quemados con el vapor de calderas reventadas, monstruosamente hinchados por la "picada", por la peritonitis, por septicemias, por fiebre puerperal. He visto ahogados, suicidas, asesinados. He visto morir tuberculosos, viejos, envenenados. Y sobre todo, criaturas consumidas por infecciones intestinales, "empachadas" según el decir de las comadres, muriendo con los ojos en blanco, sin un gesto, sin un gemido, como frágiles larvas.

Aquí, en esta obscura tras-botica, ayudado por Lalo, lavé la frente quebrada del viejo Anguita, mirando como latían las meninges a través de la ancha y horrenda grieta. Aquí curé las heridas de la señorita Flor, la profesora rural, víctima de un crimen que quedó impune. Aquí he extraído anzuelos ensartados en dedos, en pantorrillas, en orejas; crochets clavados en nalgas, en muslos, en senos; aquí he cauterizado mordeduras de perros, de caballos, de ratas. Hasta he sacado, una vez, un grano de maíz germinado en el conducto nasal de un rapaz alocado.

La pobreza me ronda sin cesar. Y sin embargo no reparo en ella. He logrado evadirme del desolado panorama con que la vida rompió los sueños de mi juventud al enterrarme en este medio mezquino y doloroso a la vez. Vivo sumergido, ahora, en una suerte de maravillado encantamiento, en un ensueño sempiterno, físico y mental.

Solveig cubre todo el horizonte de mis días con sus pálidas manos, con sus ojos oscuros, con su voz.

Ya no estoy solo. La llevo dentro de mí, incorporada definitivamente en los oscuros torrentes de mi

sangre. Es mía, eternamente mía. Ya nadie podrá arrebatarme el recuerdo de esta pasión que ha ennoblecido mi vida, que ha perfumado para siempre mis horas, alegres o tristes ellas sean. A veces tengo miedo de mi felicidad; temo pagarla con dolor. Pero veo a Solveig, y todo lo olvido.

La niña viene a menudo a la farmacia; salimos en las tardes, frecuentemente; paseamos por el campo, por la orilla del río.

Solveig vive extasiada, perdida en un oscuro nirvana. En cuanto a mí, a veces he logrado atisbar las salpicaduras de la marejada malediciente que procura envolver nuestros pasos confiados y dichosos. Sin embargo, he preferido no advertir a Solveig; no quiero inquietarla ni romper el encanto de nuestros amores con una advertencia que pudiera herirla. Además, soy libre; y en cuanto a ella, nadie sabe que es casada.

Vivo, nada más. Espero, no sé qué. Pero, más que vivir, sueño, abandonándome en la satisfecha quietud de mi carne y mi espíritu.

—MARI mari, peñi...

—Mari mari, fiañita...

La india ríe mostrando una dentadura de animal sano. Los anchos pómulos se elevan, estrechando los ojos oblicuos en una grieta maliciosa. Agita la cabeza y el "trarilonco" de plata (1) tintinea alegremente, entrechocando las colgantes monedas. Sobre el robusto pecho, un "trapelacuche" (2) de tosca labradura aprieta sus águilas plateadas contra una esquina del "chamal" (3) que cubre enteramente el cuerpo re-

1 — Diadema.

2 — Prendedor de plata con festones colgantes.

3 — Túnica burda, de lana, de una sola pieza.

choncho. Un vistoso "trarihue" (1), constelado de brillantes y redondas escamas, cifie la ancha cintura. Las largas trenzas penden, rectas, estiradas por el peso de rutilantes "nitrohues" (2). Bajo el chamal asoman los gruesos pies desnudos, de callosos y cuarteados talones.

Celia Colimil; así se llama esta india "boroa" de cabellos rubios y ojos azules en una piel de bronce. Venancio Colimil, el marido, es artífice "platero". Ella, la india, téje choapinos y pontros; desde hace años me visita periódicamente en busca de colorantes. Todas las veces se repite el mismo diálogo:

—Mira, Pancho... ¿aquí son bueno el afil...?

—Claro... ¡quimel...!

—¿A ver...?

Me inclino y extraigo un tarro desde debajo del mostrador. Lo destapo, y aparecen allí los gruesos y oscuros terrones del afil.

La india separa un trocito y lo frota entre los dedos, pulverizándolo. Escupe sobre ellos, y vuelve a frotar; se produce una mancha de intenso color azul brillante. Celia Colimil la observa atentamente; no satisfecha aun, camina hacia la puerta para mirarla a la cruda luz del día. Vuelve hacia el mostrador, limpiándose los dedos en una punta del chamal. Introduce una mano en el seno, y saca de allí un atadito de monedas. Los colgajos de plata cascabelean con argentino son.

—Epu peso quellhue"... epu peso "curriquellhue"... quíñe y quíñe peso afil.

Abro el cajón de los colorantes. Saco cinco pape-lillos de anilina roja y otros tantos de anilina grana-

1 — Faja de lana tejida, recamada en plata.

2 — Cintas para las trenzas, con aplicaciones de plata.

te; los coloco encima del mostrador. Tomo el tarro del afile y me encamino hacia la tras-botica para empaquetar los seis pesos pedidos.

La india me sigue; quiere ver la pesada. La desconfianza condicionada por siglos de engaño; la dura experiencia adquirida frente a la rapacidad de tenderos y mercachifles que en los albores de la Pacificación despojaron a la indiada crédula de sus mejores tierras a cambio de chucherías y aguardiente, brilla en los azules ojos de esta india que no cree en la palabra de nadie.

Conozco esta psicología. La dejó hacer. Manipulo solemnemente la báscula bajo la mirada inspectiva de Celia. Hago un paquete con todo.

La cara de bronce sonríe fugazmente al despedirse:

—Chacui vi anei, Pancho...

—Chacui vi...

Lalo se afana, mientras tanto, en atender a un raído huaso. El muchacho se desplaza para acá y para allá, abriendo y cerrando cajones, mientras amontona sobre el mostrador un sinnúmero de paquetes, yerbas en su mayoría. Al cabo de un instante viene a mi encuentro con un papel en la mano:

—Señor... ¿qué cosa es ésto...?

Y apunta con el índice una palabra escrita en horrorosos caracteres.

Lo dé siempre; una ilegible receta de "meica" con su extraña polifarmacia. Leo, adivino más bien:

—Flores de alhucema, hijo...

Hay en el poblacho una peste de "meicas" que se copian unas a otras. Todas sus recetas son iguales; hemos despachado miles de ellas, tanto que ya no encierran novedad alguna para mí. Sin embargo, por divertirme, echo un vistazo sobre el arrugado documen-

to. Dice así:

“Primeramente Dios, y receta. Una friega entre pecho y espalda de un puño de afrecho, una cucharada de sal y medio vaso de orines podridos. La toma para el sudor de tilo, borraja, fianco, una aspirina de gekarol y una oblea María. Agua pasto de cachenhuen, culle colorado, chéptica blanca, doradilla argentina, sanguinaria del mar, flores de alhucema y unas “goteritas” de agua florida. Un purgante de Pagliano compuesto. Los polvos para el estómago de uña de la gran bestia, piedra ara, piedra bezar y bicarbonato. Un frasco de Licor de los Arabes”.

Lalo despachó el mísero cliente. El hombre pliega con cuidado la estrafalaria prescripción y la guarda entre las hojas de una mugrienta libreta. Sale en silencio. Sólo se escucha el tintineo de una única espuelita amarrada en el calcañar desnudo con una lonja de cuero sin curtir.

Miro la hora. Llamo a Lalo:

—Ya, ... cierra no más. Vamos a almorzar.

LALO viene a interrumpir mi siesta:

—Señor...

—¿Qué hay...?

—Ahí está la señora de don Rubilar... quiere hablar con usted...

—Ya voy... ¡un momentito!

Salgo a la farmacia. Lalo limpia por veinteava vez el mostrador y las estanterías del fino polvo de la calle que levanta al pasar cada caballo o carreta y que el viento se encarga de introducir por la ancha puerta.

—Diga no más, señora...

La mujer, una hembra desalñada, ventruda, con las faldas barriendo el suelo, toma en brazos una cria-

turita que sienta en el mostrador. La muchachita, tendrá cuatro o cinco años de edad, torna la cabeza torpemente y me mira soñolienta. La contemplo con curiosidad; es una masa fofa, de cara abotagada, con una expresión de estupidez en los ojos perezosos; las mejillas y la nariz aparecen rojas, hinchadas, de brillo repugnante, como untadas de grasa.

—Diga no más, señora... ¿qué le pasa a su niñita?

La mujer se cubre el rostro con las manos en un gesto de fingido rubor, tratando de ocultar una sonrisa que se me antoja descarada.

—Señor, ... créame... me da vergüenza decirlo... Yo no más tengo la culpa... Mi marido me ha llegado a levantar la mano... ¡fíjese!

Siento una leve impaciencia. Trato de imaginar a "don" Rubllar en una actitud de enojo, los puños crispados, amenazantes, abatiéndolos sobre el erguido moño de la corpulenta mujer. No lo consigo.

Don Rubllar es un hombrecillo diminuto, flaco como una sardina, un ratón temeroso y taciturno. Tiene un "boliche" en la misma esquina en que la calle tuerce hacia el río. Nunca he estado allí. He visto, no obstante, al pasar, dos panzudos toneles casi en la propia entrada de la obscura taberna, y, en un rincón, ciertas borrosas figuras, furtivas, siniestras, en torno a una mesa, bebiendo.

—Resulta, señor, que no puedo quitarle a esta niñita el vicio de la bebida...

—¿Eh?

—Sí, señor... Cuando apenas gateaba, adquirió la costumbre de beberse los "pocitos" de vino... quiero decir, el que se acumulaba en las medidas con el goteo de las espitas... Así se fué enviciando... Yo no podía preocuparme de ella porque... usted sabe, señor... la vida del pobre... un chiquillo cada año... Ahora, si

no le damos licor, llora y se pone trémula... Con el vino se le pasa... todas las noches se acuesta "curadita"...

—¡Qué barbaridad...!

—Sí, señor... Decidí poner "cara de callo" y trársela... no sabe la vergüenza que siento... ¡Por favor, déme un buen remedio...!

—Aquí no hay remedio que valga. Lo único que se puede hacer es privarla completamente del "trago".

Observo la criatura con detención. Tiene toda la estampa de un borracho consuetudinario; un imperceptible temblor sacude las manitas inocentes; toda ella despidе un extraño olor, una tufarada desagradable. Le tomo el pulso; el pequeño corazón late como un reloj enloquecido.

—Mire, señora... voy a prepararle una poción para calmarle los nervios... Cuando se ponga odiosa, le da a tomar una cucharada... tres o cuatro veces al día... Y ni una gota de vino ¿me oye?... Esta chica está envenenada con alcohol... Usted será la responsable de su muerte si no hace caso de mis indicaciones.

—Sí, señor... No se imagina usted cómo deseo mejorarla. Mi marido...

Corto bruscamente la retahilla de lamentaciones:

—En una hora más le tengo la "tomita"... Podrá durarle cinco o seis días. Creo que tendrá que repetirla varias veces, hasta que la chica recupere la normalidad...

—... ¿cuánto cuesta?

—¿Cuánto será...? Bueno... ¡serán tres pesos!

—Ya... ¡aquí está!... ¡Muchas gracias...! ¡hasta luego, señor!

Veo como la mujer se aleja, levantando tenues nubecillas de tierra con el ruedo del vestido. Lleva a la chica en brazos, dormida, mientras el sol calcina la calle polvorienta y solitaria. Por la puerta de la far-

macia cruza, en rápidos giros, una mariposa blanca; es un pétalo deslumbrante, una mancha agilísima que parece disolverse en la atmósfera llameante.

TENGO mi recetario en uno de los ángulos de la tras-botica; es un ancho mesón de cubierta forrada en hule verde, lustroso; por tres lados lo circundan pequeñas repisas en que descansan rígidas hileras de frascos con las drogas más usuales.

La parte inferior del mesón se halla dividida en compartimentos que almacenan los útiles de la farmacia: hay allí morteros de loza, medidas de vidrio, espátulas, embudos, un obléario de níquel, todo cuidadosamente ordenado y limpio por la mano vigilante de Lalo. Una fina balanza, protegida por una tapa de vidrio, asienta en el centro de la cubierta sus brillantes platillos inmovilizados.

Levanto la tapa de cristal, y coloco dos papeles iguales en los platillos; abro el cajoncillo de las pesas; saco de ahí una de cinco gramos y la deposito sobre uno de los papeles. Arqueo el cuerpo para extraer un frasco desde una de las repisas laterales, y en el mismo momento en que voy a hacer girar el tornillo de torsión para despegar los resortes; veo una mosca parada en el papel destinado a recibir la droga.

Me quedo inmóvil, con el frasco en la mano. Me inclino al cabo de un instante, y acerco los ojos a la balanza. La mosca se ha entregado, de pronto, a un laborioso manejo; pasa ágilmente las nerviosas y delgadísimas patas delanteras por encima de los hinchados ojos, una y otra vez, como tratando de desprender algo que no alcanzo a percibir. Frota las patitas, en seguida, una contra otra, en un rápido floreo, en un asalto de flexibles espaditas chocando, temblando nerviosamente. Repite la operación con las patas posteriores; después, los ágiles cepillos recorren la transpa-

rente superficie de las alas de gasa.

Siento súbitamente un duro contacto en la espalda, y la alegre voz de Solveig que amenaza:

—¡Arriba las manos...!

La mosca alza el vuelo, despavorida.

Me doy vuelta vivamente. Ahí está mi niña, encañonándose con un riflecito de salón.

—¿Me quieres...?

La miro en silencio.

—Porque si no me quisieras...

—¿Qué...?

—¡Te mataría!

Y se echa a reír.

"...Solveig, Solveig... pequeña Solveig, dulce y liviano corazón ¿dónde encontrar las palabras para decirte mi alegría?... ¿dónde, la profunda expresión de mi ansia, de mi anhelo imposible? Como un ave herida vuela hacia tí mi esperanza infinita y eternamente derrotada".

La niña se me acerca. La ternura emerge de ella como la niebla de un lago lejano. Susurra quedamente:

—¿Qué está haciendo, mi amor...? ¿muy ocupado...? ¿no quiere salir conmigo...?

—¡Claro...! ¡Espérame!... en un momento termino esto... ¿y ese rifle?

—Es de tía Laura... pero está sin balas.

La mirada de Solveig rueda desde mis ojos a mis manos; me observa curiosa, expectante. Siento en la piel el influjo de esa húmeda y brillante mirada que me oprime como una presencia física, como si fuera algo que me empujara hacia no sé qué extraña y dolorosa felicidad.

Preparo rápidamente la pocin bromurada para la criatura de "don" Rubillar, y la vacio en un frasco apropiado en el que pego una etiqueta con las indica-

clones.

Lalo nos mira, impasible. Me despojo del guardapolvo, y salgo tal como estoy, sin chaqueta.

—¿Y ese frasco que llevas...?

—Es para una criatura enferma que vive allá, al final de la calle. Como vamos en esa dirección... no me cuesta nada pasar a dejárselo...

Salimos entonces, y al salir, nos sumergimos al instante en el aire trémulo, incendiado por las ardientes flechas del sol.

Pasamos frente a la tienda del gabacho Bourdanchet. Entro, y adquiero unos cuantos balines para el rifle que la niña lleva consigo.

DESDE la misma esquina ocupada por la tienda, la calle empieza a descender en una depresión que sólo al cabo de tres cuadras recupera su nivel original, justamente en frente de la "vinería" de Rubillar.

Las casas —de un piso, de viejas y reseca maderas, distantes unas de otras, raleadas por cercas podridas que contienen difícilmente la agreste invasión de las malezas brotadas en el abandono de los sitios vacuos— siguen la forma del terreno, hundidas en el arco por cuyo fondo corren las aguas lentas de una acequia, cuajada de algas, que se vacía en el río cercano.

Cruzamos allí un puentecillo, arqueado peligrosamente bajo el peso de nuestros cuerpos. Solveig se detiene en el centro; se alza sobre la punta de los pies, y con un leve impulso, doblando y estirando las rodillas, se columpia sobre una de las flexibles tablas.

—Cuidado... no vayas a caerte en el agua.

Me mira picarescamente. Rechina por ahí cerca una áspera cerradura; se abre una puerta y por ella asoma el rostro agrietado de una vieja que nos contempla con expresión de enojo.

Solveig sale corriendo, sofocada por la risa; me toma de un brazo, nerviosa, y así, apretados, ascendemos lentamente por la calle que sube ahora en una suave ladera.

Llegamos al punto en que la calle tuerce hacia el río. La puerta de la vinería corta la esquina en un ancho bisel. Entro allí, y también entra conmigo un claro resplandor, un destello radiante que ilumina hasta el fondo del obscuro figón: es la luz del sol reflejada en el vestido blanco de Solveig como en un espejo opaco inmovilizado sobre la acera.

La mujer de Rubilar anda en el sitio de la casa; mientras van a llamarla, observo dos individuos que beben, sentados en torno a una mesa chorreada de vino, en un rincón. No me dan la cara, pero los reconozco de inmediato: son Ricardo Cuevas, el repugnante empleado de la Tesorería Comunal, y el viscoso Gabriel Torrès, inspector de la Municipalidad, de aviesos y furtivos ojos de ofidio. Ahí están, como siempre, aprovechándose de sus cargos para beber en las cantinas, sin que los desamparados taberneros se atrevan a cobrarles el consumo so riesgo del consabido parte y la multa correspondiente. Ahí están, bebiendo, sudorosos, deprimidos. No saben hacer otra cosa. Son colmeros mínimos, chantagistas minúsculos, vendiendo el prestigio municipal por un "potrillo" de vino o un "cauceo de patas".

Don Rubilar escurre junto a ellos su apagada figura de rata melancólica y furtiva.

Por fin aparece la mujer; le entrego el frasco, reiterándole las indicaciones que ya le había hecho en la farmacia. Y salgo a la calle en busca de Solveig.

DECIDIMOS irnos por la orilla baja del río; remontamos el curso de la corriente a lo largo de la pedregosa ribera. Por ahí, en cierta parte, nos ataja una

cerca de alambres de púas que llega hasta el riacho; la última estaca se enclava en el agua impidiéndonos el paso.

Franqueo de un salto el obstáculo; desde el otro lado levanto lo más que puedo el hilo inferior a fin de que Solveig pueda pasar con comodidad, sin correr el riesgo de rasgar el vestido en las púas traidoras.

Mientras la muchacha se inclina, levanto los ojos y miro por casualidad hacia el puente; alguien lo cruza, corriendo; observo más detenidamente, y reconozco a Ricardo Cuevas, el "Patás de Huasca", a quien encontrara, no hace mucho, bebiendo en casa de Rubilar.

CAMINAMOS lentamente por la orilla del río. De trecho en trecho me inclino para recoger redondas piedrecillas que lanzo en los raudales, a flor de agua; los pedruzcos salen disparados con fuerza, hendiendo la superficie, a saltos, apareciendo y desapareciendo hasta hundirse definitivamente a lo lejos.

Muestro a Solveig una de las piedras; es un disco perfecto, pulido, aplastado, de bordes agudos.

—Fíjate en las "tagüitas" que voy a hacer con ésta...

Me arqueo, y la piedra vuela con la fuerza de un proyectil. Miro a Solveig; va contando cada salto con un movimiento de cabeza, sin mover los labios. El reflejo del sol en el agua cubre de cambiantes destellos el rostro de marfil.

Se vuelve hacia mí, alborozada:

—¿Sabes cuántas...? ¡Doce!

Me ufano como un colegial.

—Bueno... ahora me toca... ¡Dame una bala!

Solveig maneja con soltura el riflecito. Le entrego uno de los balines; lo encapsula con rápido movimiento en la lustrosa recámara. En seguida coge del

suelo una pequeña flor silvestre de múltiples pétalos amarillos, cuyo peciolo introduce en las grietas de un viejo álamo que por ahí levanta su fina silueta, y se retira diez, quince pasos. La pequeña flor es una monedita de oro brillando sobre el fondo oscuro de la corteza.

Solveig dispara casi sin apuntar; el rifle emite un seco ladrido. Miro el tronco; la flor ha desaparecido, aventada por el balazo certero.

Esbozo un gesto de incredulidad:

—¿No habrá sido “zapallo”...?

Por toda respuesta Solveig me pide otra bala; coge otra flor. Se aparta ahora veinte pasos. Nuevo ladrido del rifle, y la flor vuela por el aire, pulverizada.

—Increíble... ¡qué magnífica puntería...! Déjame ensayar a mí... a ver si repito tu hazaña.

Fracaso rotundamente. Una y otra vez la flor permanece intacta. Solveig me mira en silencio, sonriendo suavemente.

Al otro lado del río un tronco desolado araña el aire con sus manos sarmentosas, retorcidas en una inmovilizada crispación. Allí, en el cruce de dos altas ramas, logro atisbar la roja pechuga de una lloica. Apunto cuidadosamente hacia el pájaro, y disparo. Yerro. No obstante, siento una íntima satisfacción de que así haya ocurrido.

La bala debe haber pasado muy distante, pues el ave no se ha movido de su sitio. Ahí permanece, tranquila, hinchando el rojo pechito: es como una flor viva y rutilante en lo alto del seco ramaje.

Solveig toma el arma; apunta hacia arriba, y dispara. El pájaro cae como una piedra, desplomado; rebota en una de las ramas bajas y se pierde entre el quillantal de la alta ribera. Unas ligeras plumas rojas flotan un instante en el aire.

Solveig se queda extática, mirando las leves plú-

mulas arrastradas por el viento de la tarde, hasta que se pierden a lo lejos.

Vuelve hacia mí, entonces, los ojos humedecidos. Hay en ellos un gesto de quebranto; las pupilas parecen temblar bajo la brillante película que crece hasta rodar en dos gruesas lágrimas. La contemplo acongojado.

—¡Oh,... perdóname!... Estoy bien castigada por mi vanidad... quería que siguieras admirando mi puntería... Nunca hubiera creído que la muerte de un pájaro me impresionara tanto...

—Ya está hecho... no te atormentes más... Así ocurre a veces... cuando extraemos la felicidad a costa de un dolor ajeno... ¡no lo vuelvas a hacer...!

—¡Oh... no...!

Al cabo de un momento vuelvo a sentir su fresca risa.

—Solveig... ¡qué poderosa es en tí la vida!... Orillas el sufrimiento sin caer en él...

—¡Oh... no lo creas!... Siento intensamente el dolor... pero hay en mí una extraña fuerza que siempre me libra de la desesperación... Siempre me ha ocurrido así...

Nos sentamos en un pradito junto a un profundo remanso. Aquí he estado otras veces, solo, pensando, soñando, bajo las copas de estos viejos robles que entrecruzan sus espesas frondas para formar un sombrío dosel por donde fluye el agua verde y silenciosa. Apenas un poco más allá, libre de la sombra de los árboles, el oscuro remanso relampaguea bajo los infatigables destellos del sol, proyectando trémulas lumbraradas sobre la densa gruta del bosque.

El pueblo ha quedado allá abajo, muy lejos, olvidado.

Me tiendo sober la alta hierba. Solveig se sienta junto a mí; al cabo de un instante se estira a mi lado.

Ahí está, al alcance de mis manos, próxima, tan próxima que sus cabellos rozan mis sienas. No alcanzo a verla, pero oigo su respiración acompasada, rítmica, levantando la redonda marea de los altos senos.

Estoy silencioso. Ella tampoco dice nada. Sólo el viento agita, arriba, las hojas de los árboles, entremezclando su suave susurro con el rumor del agua fugitiva.

Pienso en Solveig como si siempre me hubiera pertenecido, como si fuera mía para siempre. Aparto de mis ojos el brumoso, el indeciso y remoto mañana, para clavarme como una flecha ardida en este maravilloso y eterno presente, en este tiempo detenido, sin término ni edad, sin pasado y sin porvenir, con Solveig tendida aquí a mi lado bajo el cielo profundo, y el agua huyendo, huyendo siempre...

Siento cómo Solveig se incorpora de pronto; me alzo a medias, y veo a la niña, inclinada, recogiendo una piedrecilla que lanza al centro del raudal. El pedruzco se hunde como sorbido por el agua que parece girar en lentos remolinos.

—¡Qué hondo está!... Es un lugar ideal para bañarse...

—¿Sabes nadar...? Este es un sitio peligroso...

—No importa... Nado bastante... bien. He pasado casi toda mi vida a orilla del mar... ¿no me crees?

—¡Oh..., sí... por supuesto...! Bueno... ¡ahí está el agua!

—¿Cómo...? Si no he traído mi ropa de baño... ¿o quieres que me bañe desnuda...?

—¿Y por qué no...? Nadie te vería... solamente yo.

Solveig me mira en los ojos, incrédula. Se me acerca; me coge del cuello y me besa largamente. Veo pasar por las oscuras pupilas veloces celajes.

—Bueno... pero no me mires... ¿palabra?

—¡Palabra...!

La muchacha se aproxima al borde del agua, y con brusco tirón arranca un largo y delgado junquillo para amarrar los espesos cabellos. Se esconde, luego, tras una frondosa mata de ruda que por ahí, cerca del riacho, expande su penetrante aroma.

Miro hacia allá; sólo alcanzo a ver la negra cabellera de la niña emergiendo desde el apretado arbusto, y un índice fugaz que amenaza en mi dirección.

Cierro los ojos. Al abrirlos un instante después, veo a Solveig inclinada sobre el agua, desnuda, como un pálido lirio brotado en la ribera al influjo de no sé qué mágico conjuro. Entra en el agua lentamente, sin mirarme; siento cómo crecen mis pupilas para contener la visión de ese torso de trigo hundiéndose en el negro remanso.

Pierde fondo súbitamente; y nada, entonces, a grandes brazadas, hacia la ribera opuesta. Allí, en la rocosa y alta escarpa, arranca una ancha hoja de pangué. Regresa al instante, nadando, envuelta en una hirviente túnica de espuma; bajo el roto cristal del agua transparente, el blanco cuerpo ondula como un extraño pez.

Viene hacia mí; emerge lentamente del oscuro remanso, cubriéndose los senos con la verde lámina. Se tiende sobre la hierba, a pleno sol.

—¡Qué agua tan helada...! Estoy aterida.

Un escalofrío la sacude entera. El pálido cuerpo aparece constelado de gotas que resbalan por la piel reluciente. Saco mi pañuelo y procuro enjugar esas suaves dunas que conozco tanto, esas dulces colinas que he contemplado tantas veces en el silencio de mi obscura vivienda.

De pronto estalla un seco chasquido en el borde de la escarpada barranca que tenemos al frente. Sol-

veig se sobresalta; me mira, azorada; murmura con espanto:

—Dios mío... ¿quién andará allá arriba...?

Pienso instantáneamente en "Pata de Huasca" cruzando el puente. Pero no quiero asustar a Solveig. Trato de dar a mis palabras un tono indiferente:

—No tengas cuidado... es algún animal perdido... algún caballo que se extravió entre las quillas...

XIV

- ¿NO SABE, COMADRE...?
- ¡Fíjese, vecina...!
- ¡Oye, mujer... fíjate que...!
- ¡Tía, no sabe que...!
- Oiga, compadre...
- ¿Sabía usted que...?

El rumor, propalado por Ricardo Cuevas, corrió en el poblacho como una mancha de aceite. Aliro García me lo da a conocer esta mañana, mientras regresamos de la estación donde hemos ido a despedir a René Jorquera y al "rucio" Fernández.

Caminamos por la calle polvorienta y solitaria. Es temprano; aun no son las ocho de la mañana. Pero ya hace calor, un calor de horno, algo que deprime y fatiga. El cielo está bajo, empañado, aun cuando no son nubes las que lo cubren: es humo, humo de los roces.

Anoche ardía todo el lejano horizonte, hacia el sur, quemando las viejas montañas. El viento traía, por instantes, el sordo rumor del incendio, como un tronar remoto atenuado por la distancia. Al atardecer, antes de que la noche pusiera en total evidencia el salvaje resplandor de las llamas distantes, cayó sobre el poblacho un susurrante diluvio de hormigas aladas, una temblorosa invasión de polillas aéreas. Era la vanguardia de la fatalidad, los siniestros heraldos de la destrucción de los bosques, ahuyentados por las voraces lenguas del fuego que quemaba, a su paso, los podridos refugios, los horrendos nidales socavados en el corazón de los troncos caídos en las montañas bajo la mordedura del tiempo o de feroces y silenciosas larvas.

A lo largo de la calle por donde vamos, el suelo aparece cubierto, junto a los muros de las casas, de una apretada lluvia de hojitas transparentes, de un rastro de pétalos de vidrio destellando como un surco de lágrimas sobre la faz inmutable de la tierra. Son las alas de las hormigas, las frágiles alitas desprendidas de los repugnantes cuerpecillos al chocar contra los vidrios de las ventanas, tras las cuales brillaba en la noche la luz de las lámparas de misteriosa e invencible atracción.

Escucho a Aliro con verdadero estupor. Habla con una franqueza desusada en él; no teme herirme. Tal vez se encuentra, aun, bajo la influencia de la embriaguez reciente —estuvo de fiesta toda la noche en compañía de los que acaban de tomar el tren—, y el sopor de la traspasada no le permite vigilarse.

¡Qué gente más infame...! Allro me cuenta detalles que no han ocurrido jamás. El rumor ha ido creciendo de boca en boca; cada uno agregó algo, y la versión que ahora llega a mi conocimiento, es una historia escandalosa, impúdica, innoble.

No sé qué pensar. Ni qué hacer. ¿Advertir á Sol-

veig? De ninguna manera. Quizás se iría. No podría tolerar, acaso, ser el blanco del comentario insidioso, pérfido, grosero.

Cómo habrán reído los bribones del Hotel, el juez Walter, don Nacho Cabrera, las repugnantes ratas de la Municipalidad... Siento una ira ardiente, el impulso irrefrenable de matar a ese inmundo "Pata de Huasca", a ese nauseabundo injerto de víbora en asno, a ese borrachín hipócrita que ha enlodado mi bella ilusión.

Pero, ¿vale la pena, acaso, amargarse por ésto que en el fondo carece de toda importancia? ¿No reiría Solveig, tal vez, al saber cómo nos han tratado?

El pelambre. He ahí la constante de la vida que, en los pueblos pequeños, encierra un tedio abrumador. La falta de cines, bibliotecas, paseos; el atraso en recibir las noticias; vivir al margen del mundo y su incesante vibración; la monotonía de la existencia y el exacto conocimiento que cada cual tiene sobre su vecino; todo ésto empuja a la gente a volcar su curiosidad insaciable sobre cualesquier mínimo suceso.

Sí. Esta gente es buena en el fondo; es el hastío, es el espeso aburrimiento lo que la impele al comentario burlón o despiadado, del que pronto se cansan, afortunadamente.

¿Quién se acuerda ahora, por ejemplo, de aquella resonante pelea en la estación, a la salida del tren, entre la mujer del secretario Garrido y la joven esposa del gabacho Bourdachet, en que la primera agarrara por el moño a la segunda, cruzándole el rostro de arañazos para que otra vez "la grandísima... buenamoza no tenga la desvergüenza de meterse con hombres casadõs...?"

¿O de aquella ocasión en que todo el pueblo vió pasar al ex-tesorero Venegas entre dos carabineros, acusado de estafa, y condenado a prisión, posterior-

mente?

Sí. Conozco esta gente y este medio. Y también me conozco. Hoy me siento torturado; pero mañana ya me habré evadido de esta preocupación que ahora quebranta mi espíritu.

Aliro marcha a mi lado, soñoliento.

Echo de menos a mis viejos amigos. Tengo a Solveig, es cierto. Pero, aun cuando ella domina mis pensamientos y en las playas de su alma mueren las altas mareas de mi tormento interior, la partida de mis camaradas me ha causado una suerte de extraña congoja. Ellos formaban parte de ese universo emocional que me pertenece pero que queda más allá de mis anhelos y mis ansias, y que es como un lago de aguas fraternales que recoge las tranquilas corrientes de mis preferencias afectivas.

Se fueron. La oficina de la Caja de Ahorros de Temuco decidió cerrar esta sucursal a causa de la escasez de movimiento. En los últimos tiempos la crisis adquirió tales caracteres que hubo días en que la sucursal no recibió ni un solo depósito, ni cursó un solo cheque.

Ya no están más aquí. Voy quedando sin amigos. La semana pasada se fué Tito Andrade, trasladado al Departamento de Caminos de la provincia de Malloco.

Anoche comimos en mi pensión, juntos por última vez. Fué una cena alegre y triste a la par. Brindamos por la vida, por el futuro, por Solveig. René Jorquera bebió, como otras veces, "por la mujer que amamos y que nunca conoceremos...".

Después, excitados por el vino y el alborozo de la partida inminente, se fueron a casa de la Eva, acompañados por Aliro. Yo no quise ir; en parte, por no encontrarme con la Adriana que está muy enferma según me han dicho, y en parte, por no quebrantar una norma de vida que me he impuesto desde el mo-

mento en que Solveig me perteneció.

Hace ya muchas semanas que no bebo ni trasnocho. En un principio sentí leves remordimientos por esa especie de traición a mis amigos. No obstante, pronto olvidé estas inquietudes absorbido por mi vehemente pasión. Mi horizonte llega hasta los brazos de Solveig; ahí termina mi pequeño mundo, el pequeño mundo de mis afanes, y mis penas, y mis sueños.

Llegamos a la esquina de la farmacia. Sumergido en mis pensamientos, apenas presto atención a las últimas palabras que me dice Aliro antes de separarnos.

—Oye, Pancho... Otra cosa. Me han dicho que Damián, ese sabandija del Hotel, está arruinado... Desde que murió don Marcelo y echaron a Venegas de la Tesorería, ya no gana ni para pagar la servidumbre... ¡Cuidate!... Me dijeron que tiene asegurado el Hotel en una buena suma. Cualquiera día le va a prender fuego... Y tú estás al lado... Debieras asegurar tus pilchas, por si acaso... Te digo ésto porque eres mi amigo... porque te estimo... Y además, somos algo parientes... ¡eres casi mi sobrino...!

Pienso en la señorita Laura, tía de Solveig, y reímos sin tapujos.

—Sí, viejo... ¡tío! Más de una vez he pensado hacerlo. Uno de estos días, cuando vaya a Temuco, pasará a cualquier agencia de seguros... Gracias de todos modos... ¡hasta luego!

Y entro en mi farmacia.

AQUI me siento seguro; aquí palpo la tierra firme bajo mis suelas. Este es el refugio de mi cobardía, de mi pusilanimidad ¡Qué lejos estoy de aquel brillante porvenir que me vaticinaron mis maestros y mis compañeros, y que mi madre y mis hermanas se atrevieron a esperar para mí...!

Aquí vivo, lleno de deseos y esperanzas, pero sin

hacer el menor esfuerzo para derrotar la apatía que me ha infiltrado hasta los huesos la perenne modorra de este medio aniquilante y embrutecedor.

No me atrevo a pensar en el porvenir junto a Solveig. ¿Qué podría ofrecerle? ¿Dónde ir? ¿Cómo salir de aquí? La pobreza ha destruído mi voluntad, ha aniquilado mi ambición y mi espíritu de lucha.

Si perdiera a Solveig... ¡Qué cobarde soy...! ¿Qué es lo que me amarra a este ambiente hostil, a este medio estéril del que nada puedo esperar?

No sé... Mientras tanto, los días caen en una lenta fuga, rodando hacia el obscuro abismo del tiempo por esta desolada calleja que se estira ante mis ojos como un surco ciego y amargo.

La vieja "Polca" me espera dentro de la farmacia, sentada en el escaño. Nunca he logrado conocer el nombre de esta viejecilla vivaracha, nerviosa, infatigable, con el demonio metido dentro del cuerpo menguado, y la malicia desbordándose a raudales sólo por uno de los ojos, pues una espesa nube opalina cubre la pupila del otro, tornándolo en una esferita lechosa, repugnante, como de opaco vidrio líquido, causa del sobrenombre.

La vieja se levanta apenas pongo el pié en el umbral, y me aborda de inmediato echándome en el rostro las ingratas vaharadas de su ocena incurable. La voz de la mujer se escurre a través de las obstruídas narices, en un gangoseo atropellado, de tono bajo, casi susurrante, como si secretara:

—Buenos días, señor... Tempranito lo vine a ver... quería encontrarlo solito. Se trata de algo grave... pero muy reservado. Me gustaría que el chicuelito no se impusiera... todavía no le ha madurado el seso, y podría salir a contar...

—Ya... un momento.

Entro en la tras-botica. Me asomo al mostrador.

y cojo un boleto de ferrocarril y un billete desde el cajoncillo del dinero. Llamo a mi ayudante:

—Lalo... vete al desayuno... y enseguida alcanzas hasta la estación. Averigua si ha llegado este equipaje... con la mercadería que pedimos la semana pasada.

La vieja pestañea rápidamente cuando el muchacho pasa a su lado. Hay algo de repulsivo, algo de inno- ble en el gesto de esta vieja descarada, esta celestina decrepita y pestilente, escoria arrabalera de pueblo chico.

La "Polca" tiene una lúgubre fonda frente a la estación. Con ella vive un par de mozas de "a dos pesos el rato y cinco pesos la noche", rameras infelices llenas de lacras y de mugre, carne barata y hedionda, macerada, podrida. Allí recala la hez del poblacho, rateros, mendigos, vagabundos de paso, una clientela putrefacta, nauseabunda, feroz.

A pesar de tener el mostrador de por medio, me arqueo instintivamente hacia atrás para rehuir las pestíferas emanaciones de las aplastadas narices de la vieja que se inclina hacia mí, sin abandonar su aire de misterio.

—Vengo a hacerle una denuncia en contra de la Ema... esa señora morena, vecina mía, dueña de la cocinería "El Cisne"... esa señora amiga del juez, y que le dicen por mal nombre, con perdón de la gente, la Ema "del tajo"...

No puedo reprimir una sonrisa fugaz.

—Resulta, señor, que esta... perdonando la palabra, mala mujer... vendió en quince pesos, como quien dice una borrega, a una chiquilla menor de edad..... Y el que la compró es "don" Elgueta... ése de la bodega... ése que parece caballero pero que... perdonando la palabra, es sólo un... aprovechador... Ahí en mi casa tengo ahora la pobrecita,

toda descaderada... Hoy también llegó la madre... y tan afligida que está la pobre... no halla qué hacer... es una señora sencilla... acaba de saber la muerte del marido... y encima esta otra... Como Ud. es el sub-delegado vine a denunciarle esta maldad... al juez no me le acerco ni por los diablos... ¿qué no sabe lo "cumpa" que es con "don" Elgueta?... Pss... se lo pasan tomando juntos en casa de la Ema... Y en el retén no me hacen caso... se ríen de mí... Es que he estado detenida dos veces por vender vino a escondidas... El sargento,... ese indio malagestado, con perdón de la gente... no me tiene voluntad...

Escucho atentamente la estrafalaria cháchara de la vieja. Inquiero detalles. Poco a poco voy desenredando la confusa madeja del relato hasta reconstruir lo sucedido. Hélo aquí:

Del tren de anteayer, confundidas con los míseros pasajeros de tercera, descendieron en el poblacho una humilde mujeruca y una muchachuela endeble, cenceña, de trece o catorce años de edad. Eran madre e hija. Venían de Yumbel, en busca del marido de la primera, jornalero agrícola que, acorralado por la crisis en las secas lomas de Ñuble, bajara hacia el sur, meses atrás, tratando de encontrar algo en qué ocuparse, un pequeño destino, un lugar seguro dónde asentar los afanes de una vida sin fortuna.

En su última carta, fechada hacía dos meses, el hombre señalaba el fundo "La Guitarra", en Roble Huacho, como el sitio de su residencia. Después, nada. Pasaron los días, y el prolongado silencio creció en el corazón de la familia abandonada como una planta angustiosa y amenazante. La esposa, estolca y valerosa mujer del pueblo, decidió salir en busca de la huella perdida. Pidiendo aquí y allá logró reunir los centavos indispensables para costearse el viaje de ida; repartió los chiquillos entre el vecindario compasivo, y partió

hacia ese desconocido Roble Huacho, acompañada de la hija mayor, a dónde llegaron sin dinero, sin conocer a nadie, indefensas y temerosas.

Permanecieron en el andén mucho tiempo después que el tren continuara su viaje, mirando cómo el viento esparcía el grueso penacho de humo de la locomotora jadeante por el esfuerzo al arrastrar los rechinantes artejos del pesado convoy hacia el término del ramal: la estación de Pichi-Lleuque, mísero caserío asentado en las primeras estribaciones andinas, al pie mismo del Llaima.

Poco a poco la estación fué quedando solitaria. Los pasajeros y los curiosos que siempre acuden a la pasada del tren, fueron los primeros en irse; luego empezó a disolverse el hostigoso enjambre de muchachuelos que, empujados por el aliciente de ganar algunas monedillas, acosan las plataformas disputándose a gritos y mojicones los bultos de los viajeros. Sólo quedaron por allí el telegrafista y dos o tres jornaleros ocupados en clasificar y guardar el equipaje traído por el ferrocarril.

La mujer y la muchachita no se movían; ahí estaban, en un extremo del andén, indecisas, de pie junto a una pequeña canasta. Era tal su actitud de abandono, que Zárate, el telegrafista, se acercó a ellas, compasivo:

—¿A quien espera, señora?

La mujer vaciló un instante. Luego, con esa humilde sencillez con que las gentes del pueblo confían sus penas al primer extraño que se les acerque, manifestó al empleado los motivos que la habían llevado hasta ese lugar.

—No se apene, señora... El fundo "La Guitarra" está muy cerca de aquí... Pero creo que ya es un poco tarde para que vaya hoy... se podría extraviar en el camino... ¿Tiene donde pasar la noche?

Ante el gesto negativo de la mujer, Zárate alzó el brazo mostrando un estrecho sendero enmaderado que conducía fuera de la estación.

—Salga por ahí... y al salto de la calle va a encontrar alojamiento barato... Vaya no más... y buena suerte.

De esta manera llegaron a la cocinería de la Ema "del tajo". Allí la mujeruca volvió a contar su historia.

La fondera escuchó atentamente, mirando con interés a la muchachuela que no alzaba los ojos. En seguida, convenció a la mujer de que fuera sola, mientras la chiquilla quedaría haciéndole compañía. No era conveniente que esa criatura anduviera por los caminos, expuesta quien sabe a qué peligros; que no tuviera preocupaciones por el pago; no cobraría nada; ella también había sido madre, y era capaz de comprender las penas de los demás.

Al día siguiente, de madrugada, partía la mujer en busca del hombre perdido, dejando la chiquilla en poder de la fondera.

Ese día se verificó la venta. La Ema "del tajo" llegó hasta la bodega de Sebastián Elgueta para adquirir una damajuana de vino, y, de paso, ofreció al semental la mansa presa que había caído entre sus manos.

La "Polca" supo estos detalles por un muchachuelo, hijo de una de sus mozas, empleado en la bodega para trasvasijar vino y lavar las cubas vacías; el rapaz, escondido detrás de unos toneles, escuchó la conversación.

El bodeguero y la fondera regatearon como dos chalanos en una feria por una bestia barata.

—Olga, don Sebastián... le tengo un "matecito" de primera.

—Ya estoy "cabreado" con tus "mates"... La última que me ofreciste estaba como "bolsillo de pa-

yaso"...

—No... ¡créame! Esta de ahora es macanuda... delgadita... no creo que ya esté "trajinada"...

—Bueno... y ¿cuánto?

—¡Mm... ésta no la doy por menos de veinticinco!

—¡Muy caro!

—Veinte.

—¡Quince! Ni un cobre más. Tú sabes bien que las ñatas de a dos pesos andan botadas...

—Bueno... quince... Pero "usté" pone el aguardiente...

—Ya... conforme... Entonces... a las ocho estoy por allá.

A las ocho de la tarde llegó Sebastián Elgueta a la cocinería de la Ema "del tajo". Entre los dos emborracharon a la chiquilla con "chufly", esto es, aguardiente mezclado con limonada. La muchachita resistió en un comienzo, pero cedió luego, apremiada por las zalamerías de la pareja. Bebió, bebió, hasta derrumbarse como un saco encima de uno de los lechos para "alojados".

Apenas un frágil tabique separaba esta escena de los oídos de la "Polca". La viejecilla escuchó, anhelante, los ahogados lamentos de la víctima. Después, un largo silencio. Otra vez los quejidos entrecortados. Nuevamente el silencio. De pronto, angustiosas arca-das; y en seguida el agrio sonido del vómito cayendo en bocanadas intermitentes, aplastándose contra las tablas del piso.

Después, el silencio definitivo.

Al día siguiente, es decir hoy, llegó la madre de la chiquilla, deshecha en llanto. Hacía justamente un mes que su marido había muerto, ahogado en un cañal del fundo mientras se bañaba; lo llevaron al retén del Roble Huacho; nadie lo conocía; era un ser anó-

nimo, un átomo sin nombre, perdido. Bajó a la fosa común, encajonado en el rústico ataúd costado por el Municipio, sin flores, sin lágrimas, sin oraciones.

Y ahora este pecado cometido con su hija. Vencida por el dolor, sin fuerzas para oponerse a los embates de la fatalidad, no atinó a otra cosa que retirar la chiquilla de aquella mancebía.

Así cayeron en casa de la "Polca". La viejecilla advirtió en lo sucedido un medio magnífico para hundir la odiada competidora, y corrió a denunciarme el hecho.

—SI... este es un crimen, no hay duda. Pero el procedimiento es otro... Que vaya la madre de la chiquilla al cuartel... a denunciar la violación... Que hable primeramente con el sargento, y una vez que el parte pase al juzgado, que la señora se vaya a Temuco con la chiquilla, y lo haga pedir desde allá... Que no se meta con el juez de aquí... no sacaría nada... la va a atemorizar... Yo no puedo hacer nada... sólo ayudarla para el viaje.

—Pero usted es el sub-delegado...

—Sí... pero no puedo invadir atribuciones. Si en el retén no la atendieran, entonces intervendría yo... Pero la atenderán... Dígale que vaya, no más... que no tenga temor.

—Ya está, pues... ¡Qué le vamos a hacer!... Yo había puesto mis esperanzas en usted, porque estos... perdonando la palabra... absolutos, son todos "uno"... Pero vaya por lo menos a ver la chicuella... no puede moverse... Ese chancho, con perdón de la gente, parece que la "rajó"...

—Perfectamente... apenas llegue mi ayudante alcanzaré por allá.

SON las once de la mañana. Camino lentamente por la calle en dirección a la casa de la "Polca". Arde

el aire; me oprime un calor sofocante; a cada rato tengo que enjugarme la transpiración que me empapa el cuello. El sol aparece como un disco rojo, de un rojo de sangre, velado por la opalescente cortina de humo. Las lejanías se sumergen bajo la opaca transparencia de un cendal lechoso, azulado: el humo del roce distante.

Por ahí, en cierto lugar de la calle, me cruzo con el juez Walter y Sebastián Elgueta. Me lanzan una rápida mirada, al pasar. Creo advertir en ella un gesto de maliciosa ironía.

Paso frente al pringado figón de la Ema "del tajo"; escapa de allí el apestoso tufo de una fritanga; un negro pizarrón yace afirmado en el marco de la puerta; se lee en él un anuncio escrito con tiza: "Camas para alojados y compro cueros".

—Pase no más, señor... ¡Por aquí!

Entro en la casa de la "Polca". Es una vivienda misera y obscura. La muchachuela yace en un camastro sumergido en la penumbra de un rincón. La madre permanece al lado, sentada, inmóvil, sin un gesto, las manos cruzadas sobre el regazo triste.

La muchachita muestra un rostro lívido, desencajado; los ojos, circundados por negras ojeras, miran fijamente. Los labios, hinchados y brillantes por la borrachera, se estiran en un rictus de dolor.

La "Polca" abre las sábanas; aparecen los frágiles muslos, entreabiertos; las caderas enjutas, andróginas, de sospechosa nublidad. La pelvis, sombreada de ligero vello, es una quilla levantada, lamentable. El pequeño sexo desgarrado, muestra coágulos secos. Observo atentamente. No hay señales de hemorragia.

—Bueno... Ya no hay nada que hacer... el dolor de las caderas pasará pronto... Aquí no cabe otra cosa sino la denuncia a Carabineros. Si el sargento creyera que mi testimonio pudiera servir, estoy dis-

puesto...

La mujeruca y la "Polca" se miran. Después de un prolongado silencio, la viejecilla empieza a hablar.

—Es que... denantes estuvieron aquí el juez y "don" Elgueta... Primero me amenazaron... ¿y qué va a hacer una que es pobre?... Por otra parte, don Elgueta se portó bien con la chiquilla... le regaló cien pesos... Además, cualquier día le iba a ocurrir ésto... y quien sabe con qué "roto", perdonando la palabra... ¿Qué puede hacer una contra estos caballeros?... Es para salir jodida, con perdón de la gente... "Pior" es mascar lauchas... Esta señora se vuelve a Yumbel... a buscar sus otros chiquillos... La niña se queda conmigo... Donde comen tres, bien pueden comer cuatro.

Siento una especie de vergüenza, una suerte de rubor y desaliento a la vez. Qué triste es constatar cómo la miseria rebaja la dignidad humana a estos insospechados límites de abyección.

¿Qué estoy haciendo aquí, parado como un imbécil, frente a este oscuro fatalismo, a esta resignación dolorosa e irritante a la par?

Me siento un poco en ridículo. Salgo en silencio, sin despedirme. Flota en el aire una ceniza leve, impalpable, que va cayendo como una mortaja gris sobre la calle solitaria.

XV

SON LAS CUATRO de la tarde. Solveig se me junta a esta hora, todos los días con absoluta seguridad. Pero aun no llega.

El ardoroso soplo del día pasa por la calle, hundiéndola en una atmósfera de plomo caliente. Miro hacia la plaza. Un perro la va cruzando, agobiado por la canícula. El can aletargado es el único signo de vida en la soñolienta visión del caserío.

Lalo rocía el piso de la farmacia. El calor evapora rápidamente el agua, y un hálito de frescura me acaricia el rostro. Soplan leves rachas de viento. Se forma un remolino que arrastra, papeles sueltos, briznas polvo.

Las cuatro y media. Y aun no viene.

Abro un cajón. Saco unas cuartillas. Y empiezo a copiar unos versos con mi apretada letra morisca.

Las cinco. Me agito, intranquilo. Y cuando ya he decidido ir a casa de la señorita Laura, hé aquí a Solveig que aparece en la puerta de la entrada.

Se me acerca en silencio. Se inclina sobre el mostrador, y coge el papel. Termina de leer, y apoya las manos sobre la página escrita. La miro. El dulce rostro adquiere de pronto un gesto de infinita melancolía. Los negros ojos se opacan en la contemplación de algo lejano y triste. Susurra quedamente:

—¿Me regalas estos versos...?

—¡Claro!... ¡llévalos!... Los he copiado para tí. Solveig observa atentamente el pliego.

—Es curioso. No conocía tu letra... nunca la había visto... Es extraña... parece que...

Viene creciendo un sordo rumor, creciendo, creciendo, hasta convertirse en una aterradora trépida-ción que estremece con violencia las vidrieras, y hace temblar la casa hasta los cimientos.

Suena un pitazo. El viento difunde por la calle una niebla azulada, densa, asfixiante.

Es el tren que pasa sacudiendo la tierra, y se va alejando con rapidez; deja en pos una tenue y persistente vibración.

—¿Qué parece...?

—No... nada. Iba a decir una tontería.

—Todo lo que dices es adorable... Nada es tontería.

—¿Me quieres?

—¿Me lo preguntas...? Eres más que mi vida... eres mi esperanza.

—¿Nunca me olvidarás...?

—Pero... ¿por qué me preguntas estas cosas?

—No sé... Todo ah sido tan maravilloso... tan maravilloso que... en fin... nada.

Suspira profundamente.

Solveig me ha transmitido su inquietud. La llamo. La niña entra a la tras-botica por la puertecilla de las mamparas. Ahí, delante de Lalo, me abraza fuertemente; me besa con furia, con frenesí, como si de repente hubiera enloquecido.

La oprimo dulcemente:

—¿Qué tienes, mi vida...?

No me contesta. Se ha puesto palidísima. Estoy temblando.

Alguien entra en la farmacia. Sin soltar a Solveig, me levanto sobre la punta de los pies. Miro por encima de las mamparas. Atisbo la hirsuta barba de don "Rey". El chiflado me mira fijamente.

—Dice mi hermanita que se vaya la niña... la necesita "al tiritito"...

Y se aleja al momento.

Solveig ha oído el recado. Afloja el abrazo; me suelta. Se pasa las manos por los ojos, se alisa el cabello. Sonríe.

—Qué tonta soy... perdóname... no puedo evitarlo.

Y sale. Desde la puerta me contempla con una extraña y profunda mirada.

—Hasta pronto, mi amor... Espérame... vuelvo en seguida.

Pero no volvió.

POR atender un cliente de última hora, me atrase a la comida. Al entrar en la pensión de la señorita Laura, me encuentro en la puerta con don "Rey". Viene borracho, tambaleando, sumergido en sus extraños abismos. Imposible cruzar con él una sola palabra.

Entro en el comedor cuando ya la comida toca a su fin. No están allí ni Solveig ni la señorita Laura.

Sólo veo a Allro y a dos individuos que no conozco: un viejo robusto, rubio, de cara colorada, y un adolescente pálido, taciturno. Allro me presenta. Los dos hombres se levantan, inclinándose. No me dan la mano. Murmuran algo que no entiendo, sus nombres probablemente.

Reparo en el extraño parecido del mozo con Solveig, y desfallezco. Un doloroso presentimiento me oprime el corazón. Me siento. Nadie habla. Flota en el aire un silencio preñado de amenazas.

Los dos desconocidos se retiran pronto. Quedo solo con Allro. No puedo comer. Siento la boca amarga, algo me duele, un dolor intenso que me haría gritar. Llega desde lejos una ronca voz, un sonido profundo, funeral: es don "Rey" que canta en su buhardilla.

Salgo, huyo más bien. Allro me sigue. Caminamos en silencio, hasta la esquina. Me afirmo contra un poste del alumbrado.

—Son el padre y el hermano de Solveig... vienen a buscarla... Se la llevan, viejo.

—¡Lo sabía!

Mi voz suena ronca.

—Es la vida, viejo... No te atormentes... Vamos a beber... así olvidarás.

Lo miro un instante. Allro baja los ojos. Siento una ira súbita, un deseo vehemente de golpear a mi amigo, de gritarle:... "...Olvidar... imbécil... Olvidar... ¿qué sabes tú de ésto?... Es mi vida... Era mi vida, y me la quitan... Ya no vivo... soy un muerto, un fantasma lacerado... Vete, imbécil... déjame solo".

—Déjame solo, por favor.

Sin esperar respuesta me marchó por la oscura calleja. Ando, ando. Bajo por el arco de la calle; llego hasta el fondo de la depresión. Cruzo el puentecillo... aquí se columpió una vez... Subo la cuesta, corrien-

do. Tuerzo hacia el río. Me afirmo en las barreras del puente. El viento de la noche refresca mis sienes. Grito. Mi voz se pierde en la noche como el ladrido de un perro. Abajo corre el agua, negra como tinta.

Miro hacia el pueblo. Todo está obscuro. Sólo una de las ventanas del convento rompe las tinieblas con su luz de esperanza. Pero también se apaga. Y siento que una noche sin estrellas, una noche eterna, cae sobre mi corazón, ahogándolo.

FASA el tren de la mañana estremeciendo la tierra. Me despertó sobresaltado. Y me hundo de nuevo en el angustioso dolor. Apenas he dormido. Me acosté muy tarde, transido de frío y amargura.

Llego a mi pensión. Me traen el desayuno, pero no puedo probar nada.

Todo está lleno de su recuerdo. Aquí, en esta galería, la conocí. Aquí la ví por primera vez. Aquí empezaron nuestros amores.

Veo a la señorita Laura. Viene desencajada, llorosa. Me abraza desconsoladamente.

—Se fué... Tenga confianza en Dios, Panchito... ¡algún día volverá...!

Algún día... Mi corazón me dice que nunca más la volverá a ver. La he perdido para siempre... Solveig, mi pequeña Solveig, ... mi pequeña flor.

Lucho para retener los sollozos. Pero es inútil. —Alguien, no se sabe quien, escribió un anónimo... sobre aquello del río. Por ésto vino el padre, y el hermano... Querían maltratarlo... Pero Solveig los amenazó con matarse si algo le ocurría. Mi cuñado me insultó, me trató de alcahueta... Se llevaron la niña. Quieren que vuelva junto a su marido... ahora no vino, está enfermo, trastornado por el licor... No

creo que lo consigan. Tal vez la encierren en un convento... Quien sabe...

Escucho tembloroso. La pregunta me brota angustiada.

—Nada... Se encerró en un silencio de piedra... Me dió miedo... ni una lágrima... ni un sollozo... Extraña y valerosa criatura.

Tienes razón, Alíro. Es la vida. Tiene razón, señorita Laura. Extraña y valerosa criatura. No vale la pena llorar.

XVI

HAN PASADO LOS días.

He estado enfermo, quebrantado por la pena. Voy emergiendo lentamente de mis ruinas, en una convalecencia que durará mucho tiempo, tal vez toda mi vida. Ya no siento la mordedura del dolor, es cierto. Pero mi alma está llena de melancolía.

Creo que ya he gastado toda mi capacidad de sufrimiento. Ya no podría sufrir más. Sólo queda en mí la huella, la grieta del dolor.

Leo por centésima vez la carta de Solveig. Lalo me trajo esta tarde, condundida con la correspondencia de la farmacia.

"Amor mío: Antes que el tiempo esfume la intensidad de mi recuerdo, te escribo estas palabras para decirte adiós.

Te he amado como nunca en mi vida pensé amar.

Plenso en ti, y es como si fueras mi primero y único amor; como si todo mi pasado hubiera sido un mal sueño del que desperté cuando te conocí.

Todo ha sido tan maravilloso, tan maravilloso que no podía durar... Fugitivo, así creo que es el amor, mi niño... Sé que nunca me podrás olvidar. Y en cuanto a mí, siempre te amaré..."

Nada más. Y ninguna dirección donde poder escribirle.

Doblo el papel con manos trémulas. Ya es una voz de ayer, pero una voz que siempre estará presente en mí. Para tenerla más a mano, guardo la carta en el cajoncillo del dinero. Ahí queda, sumergida en la penumbra.

"Solveig, ... tu ausencia ha obscurecido mi vida. En mis noches solitarias tu recuerdo vierte en mi corazón sus imágenes vivas, sus inusitados relieves. Has sido para mí la más pura encarnación del amor, plena y fugaz, dolorosa y alegre, frágil y sempiterna".

DICIEMBRE... Enero... Febrero...

Pasan los días. Todo sigue igual. Solveig no me ha escrito más, es como si se hubiera hundido en las sombras.

He vuelto a beber. Ahora, cuando estoy borracho, lloro, abrumado por mis recuerdos.

He vuelto a casa de la Eva. Pero la Adriana ya no está más allí. Murió hace tiempo en Osorno, tuberculosa, al lado de los padres que la perdonaron. Paz en su tumba.

Mi farmacia cada día vende menos. Ya no sé qué hacer. Si no resuelto irme de aquí, pronto moriré. Me siento enfermo. He enflaquecido horriblemente. Mi madre nada sabe; no he querido inquietarla.

DOS acontecimientos conmueven la vida del po-

blacho: la llegada de un circo, y el arribo de una tribu de gitanos.

Los zingaros despliegan sus viejas tiendas en un sitio vacuo frente a la estación, mientras las mujeres derraman por el pueblo el ruedo de sus percalas diciendo la buenaventura.

Una de ellas entra en la farmacia, una gitana jovencita; no tendrá más de quince años. Habla roncamente, con descaro:

—¿Tienes goma mástica?

Se acoda en el mostrador. Por el ancho escote asoma el nacimiento de los magníficos senos. Miro los ojos azules, las trenzas de oro viejo, la tez levemente morena, sin retoque.

—No. No tengo.

—No importa... ¿quieres que te vea la suerte...?

—No tengo suerte.

—Mentira. Tienes una boca de suerte. Dame tu mano.

—No quiero nada... ¡Andate...!

La gitanilla se yergue ofendida. En las pupilas azules aparece una brillante gota de ira. Sale moviendo las caderas. La falda, de infinitos pliegues, es una ola airosa. La zingara me grita desde la puerta, sin volverse:

—¡Desgraciado...!

UN hombre entra en la farmacia, un individuo pequeño, flaco, de nariz quebrada y grandes orejas. Los ojos son de un color azul tan desvaído que parecen ciegos. De uno de los bolsillos del raído vestón asoman las doradas puntas de una "marraqueta". El hombre tiene una extraña manera de andar, balanceándose, como de marinero. Pero no es éso precisamente. Trae un papel en la mano.

Su voz suena como la de un gallo, pero trizada.

—¿Tiene de estas inyecciones?

Miro el papel. Son ampollas de luminal.

—¡Sí... sí tengo!

—¿Podría ir a colocar una a mi mujer? Estoy aquí cerquita, en ese sitio frente a la Municipalidad... Soy del elenco del circo que acaba de llegar.

—Ya... un momentito.

Esterilizo rápidamente la jeringuilla, y la envuelvo en un algodón empapado en alcohol. Salgo al instante. El hombrecillo me espera en la calle; es un pájaro triste y taciturno.

Llegamos al lugar en que unos cuantos individuos están armando la carpa del circo. Hay allí una increíble confusión; sillas plegadizas, tablones, trapecios, aros, plataformas, cuerdas. Y en torno, una multitud de papanatas y chiquillos curiosos.

Es un circo pequeño, pobrísimo.

Entro en una de las carpas para los artistas; el hombrecillo me conduce. Hay allí un enorme baúl del que me emergen revueltas ropas, una mesa pequeña cubierta de platos sucios, una criatura metida dentro de un cajón. Sobre el suelo, en el único lecho, yace una mujer que grita, retorciéndose, los ojos en blanco.

—¡Mi hijito!... ¡no me lo lleven!

Preparo la ampolla. Restriego uno de los brazos con la mota de algodón; clavo la aguja, y hago entrar lentamente el líquido. Miro con piedad el rostro exangüe de la pobre histérica que, poco a poco, va cayendo en un sueño tranquilo, acompasado.

El hombrecillo tiende la marraqueta a la criatura del cajón; el chico empieza a comer vorazmente.

—¡Estamos listos...!

—¿Cuánto le debo...?

Digo una suma cualquiera: el valor de la ampolla.

El hombre me mira incrédulo.

—¿Tan barato?

—Sí... éso es todo.

—Ya... ¡muchas gracias!... ¿me puede esperar un momentito?

Sale, y vuelve al instante. Trae en la mano algo que me tiende.

—Le ruego me acepte esta entrada para la función de esta noche...

Nota mi vacilación.

—Por favor...

Cojo la entrada, y me retiro.

TODO está dispuesto para que la función empiece. Un cendal de ~~colgates~~ luces multicolores cruza la calle frente a la Municipalidad; el pequeño circo reluce como un ascua, rutilando bajo el brillo de la potente iluminación.

Toda la gente del poblacho se amontona y se agita ante la boletería; una larga cola se estira junto a la cerca que circunda el recinto. Ya ha entrado mucha gente, Lalo entre ella; pero sigue afluyendo una corriente ininterrumpida, deslizándose por el iluminado pasillo que conduce desde la entrada exterior hacia las aposentaduras.

Nos situamos, con Allro, en la esquina de la Municipalidad. Vemos pasar la gente. ¿Dónde habrá podido conseguir dinero esta multitud empobrecida? Tal vez el "coño" Alonso, dueño de la única agencia del pueblo, podría decir algo. Seguramente allí han ido a parar los pequeños tesoros de los humildes: un anillito, una bombilla, un serrucho.

Dos o tres viejas han instalado por ahí sus puestos de "pequenes". Soban afanosamente la masa de harina, alumbrándose con humosos lamparines de llama volteada por el viento. Ahí están las viejas, sobando, sobando: estiran la masa en una ancha hoja,

laminándola con una botella que hacen rodar sobre la batea de madera; sobre una mitad de la hoja van colocando cucharadas de "pino" en una larga hilera que cubren con la otra mitad. Con el canto de las manos comprimen en seguida los bordes de cada montículo, y los cortan luego con una "rayador", esto es, una dentada ruedecilla de hueso que gira en una horquilla propicia.

Ahí siguen las vejarucas, ágiles, vivaces, infatigables, aprovechando la oportunidad para entonar las finanzas domésticas con esa labor extraordinaria; acompañadas por celosas ayudantes que soplan el fuego, ahuyentan "quiltros" y chiquillos, o guardan los "pequenes" en grandes ollas esperando la salida de la función para freirlos en las "callanas" de hirviente grasa.

Por ahora sólo vemos entrar a la gente humilde. Ahí viene, por ejemplo, don Claudio Aqueveque, veterano de la guerra del 79, un viejecillo de aspecto afeitado, y su esposa, una mujer flaca, cuarentona, de sobresalientes pómulos pintados, y que, cada vez que bosteza, se desmandibula. Me saludan ceremoniosamente al pasar.

La "Polca" cruza por delante de nosotros apoyada en la muchachuela estropeada por Sebastián Elgueta, y que ahora forma parte de la guarnición de la vieja celestina. La muchachilla anda con descaro, empolvada como una lechuza, moviendo provocativamente las pequeñas posaderas.

Pasan "don" Rubilar y su corpulenta consorte, la Ema "del tajo", el zapatero Vivanco... Y sigue pasando la gente del poblacho, mujeres, viejos, chiquillos, caras conocidas y alborozadas.

En la calle, frente a nosotros, la banda del circo rompe de pronto en una briosa marcha. La componen cinco musiquillos de aspecto aburrido: un pigmeo re-

choncho que toca el clarinete; un ciego a cargo del oboe; un negro que sopla el trombón; y el infaltable gordo que golpea el bombo y los platillos; un mozal-bete desgachado, la visera de cuya gorra cae hacia la nuca, hace maravillas con los palos del tambor: ora es una granizada que se abate sobre el parche vibrante, ora una fina llovizna como el arrullo de una paloma. Los chiquillos lo rodean; la silenciosa admiración de los rapaces estimula la vanidad del ejecutante; el tambor adquiere vida bajo el impulso de los mágicos dedos; se va convirtiendo en una voz que grita, que llora, que ríe.

Se me acerca Juan Manuel, el hijo de mi lavandera. Le doy una monedita. El muchachillo aborda, en seguida, un hombre que pasa. Estamos cerca. Oímos la demanda.

—Caballero... oiga, caballero...

—¿Qué quieres?

—Oiga, caballero... si me da una chauchita le canto un cantito.

El hombre sonríe, divertido.

—¿A ver...?

Instantáneamente se forma un corrillo... Nos acercamos. Juan Manuel clava los ojos en el suelo, y empieza un monótono canturreo:

Yo soy el león de la "leonería",

a los que hallaría me los comería.

Yo soy la hormiguita del "hormigar",

te pico el potito y te hago saltar...

—Ja... ja... ja... Vaya, hombre... aquí tienes la chaucha... ja... ja... ja...

El corrillo se deshace. Juan Manuel se aleja. Pero oigo su voz, nuevamente, por ahí.

—Oiga, caballero... caballero...

No hay duda que logrará juntar, en esta forma,

estradora de palomas, vieja, flaca, vestida con un pollerín de lentejuelas, mostrando las marchitas piernas cubiertas de sarna. Un faquir, el empresario, vestido de negro y tocado con un blanco turbante, comiendo ampolletas eléctricas como quien como manzanas, masticándolas y deglutiéndolas penosamente. Una mujer de cara obscura, sin cejas ni pestañas, escupiendo fuego. Una hembra gorda, descocada, con avanzados síntomas de embarazo, recitando ciertos estrofalarios versos.

Y ahí el tony, por fin. Habla, y la galería estalla en una carcajada unánime.

¿Dónde he oído esa voz de falsete, aguda, monócorde...? Observo al juglar. Bajo la cara pintarrajeada reconozco esos ojos casi blancos, esas orejas descomunales, esa nariz torcida.

¡Pobre Pagliacci anónimo...!

Por un instante la pista queda solitaria. Sale de nuevo el empresario. Se hace el silencio. Dice simplemente:

—Se necesita con urgencia al señor dueño de la farmacia... ¡Lo esperan a la salida!

Me levanto. El hombre me hace un venia. Y salgo, seguido por la mirada curiosa de la multitud.

EN la puerta me espera un gitano, un mozo alto, cenceño, de perfil rapaz; un negro bigotillo bordea el fino labio superior; el inferior es un bello colgante, sensual. La voz es ronca, cavernosa:

—Perdone, caballero... Pero el jefe está mal... ¿nos haría el favor de ir a colocarle una inyección?... ¡Allá la tenemos...! ¡sólo faltaría la jeringa!

Partimos al momento. Paso a la farmacia en busca de la jeringuilla, y reanudamos el camino.

El jefe de la tribu, un patriarca moreno, casi negro, de barbas blancas, se ahoga bajo el impacto angustioso de un fuerte ataque de asma. Me traen las

el valor de su entrada.

La banda ejecuta una última pieza, y entra. Va quedando poca gente afuera: aquellos que no tuvieron cómo pagar la entrada y se contentaron con oír, desde lejos, el clamor de la multitud maravillada.

Entramos. La platea está casi vacía. Pero luego empieza a llenarse con los señores del poblacho, atrasados, porque es de buen tono llegar tarde, acompañados de sus hembras, sudorosas, ensombreradas, muy dignas y circunspectas, tiesas, orgullosas, saludándose con estudiada reserva.

La multitud que llena la galería se agita, inquieta, en un compacto oleaje. Se oyen las estridentes voces de los vendedores:

—¡A chaucha el paquete de turrón!... ¡turrón americano!

—¡A chaucha el paquete de maní...! ¡A chaucha!... ¡a chaucha!

—¡A peso la "limeta"!... ¡Quien dijo la "limeta"!...

Súbitamente suena un ronco pitazo. Se hace el silencio. La banda rompe en un cadencioso vals. Se alzan unas cortinas, y un hombre, el empresario, vestido con una casaca roja, pantalones blancos y altas botas negras, se adelanta hacia el centro de la pequeña pista cubierta de aserrín.

Alza el brazo. La banda deja de tocar. El empresario saluda al público, agradece la asistencia, y anuncia el comienzo de la función.

El público aplaude.

Suena el pito. Aparece un acróbata ceñido en una malla negra; restriega los pies en una pequeña plataforma de madera, y trepa por una cuerda hacia el trapecio que oscila en la altura. Miro hacia arriba. Reparo en la carpa llena de desgarrones y de parches.

Se desarrolla un programa lamentable. Una ama-

ampollas; son de adrenalina. Hiervo la jeringuilla en una pailita de cobre que asiento sobre la hoguera encendida a la entrada de la tienda. Me rodea toda la tribu, gitanas, gitanos. Reconozco entre ellos la mozueta que me insultó en la mañana.

Administro la inyección con mano segura. Observo como el ataque va cediendo rápidamente; la disnea se hace a cada momento menos intensa, hasta desaparecer por completo. El viejo no se atreve a hablar. Pero brilla en los negros ojos un hondo gesto de gratitud.

Siento por la calle numerosas pisadas. Es la gente que regresa del circo.

En torno a mí rebulé un oleaje de amplias faldas y bordadas chaquetillas. Espero, aun, un largo rato. Veo como el viejo se va tranquilizando. Decido irme.

—Ya pasó todo peligro. No creo que el ataque vuelva a repetirse, al menos por ahora... En todo caso... estoy a sus órdenes... a la hora que sea preciso.

—Muchas gracias, caballero... ¿Cuánto le debemos por la "molestia"...?

—Nada... Yo no vivo de ésto... No puedo cobrar nada.

—¡Pero no es posible...!

—No... nada. Es inútil.

—Espérese, entonces... No se vaya todavía... ¿O lo espera alguien, quizás?

—No... ¡Soy solo!

—¿Querría una tacita de café, tal vez...?

—Bueno... Eso sí.

Se aleja una gitana, y vuelve trayendo un curioso molinillo; es un cilindro de bronce adamasquinado, compuesto de dos piezas que juegan en sentido contrario. La mujer destapa el curioso artefacto, y extrae de allí el café necesario para una taza.

—¿Qué tienes, joven...? Parece que tienes pe-

na...

La voz de la gitana es grave, maternal.

—No... no tengo nada.

—Oh... Sí... Algo tienes... ¿Penas de amor...?

Pss... no sea niño... ¡Nadie muere de amor...!

El viejo me alarga una cajetilla de magníficos pitillos. Me ofrecen una esterilla; ahí me siento, y en el mismo instante en que la gitana me tiende la taza, oigo un tumulto en la calle, carreras precipitadas, voces. Me incorporo, inquieto. Alguien grita:

—¡¡Se está quemando el Hotel...!!

Salgo corriendo.

Cuando llego a la esquina de la plaza veo mi farmacia que arde por los cuatro costados, lo mismo el Hotel. Por ahí empezó el fuego. No tengo ni un centavo en seguros. He quedado en la calle.

Los carabineros impiden que los curiosos se acerquen a las llamas. Unos bomberos improvisados rompen a hachazos la cerca que une la fachada del Hotel con la de la casa próxima. De todas partes acuden hombres trayendo agua en toda clase de tastos, y que lanzan en las casas vecinas, peligrosamente expuestas.

Sería una locura tratar de dominar el incendio. Las resacas maderas arden como yesca. El calor es terrible.

El sargento me interroga. No, no tengo seguros. Quedo libre. Detiene a don Damián, el hotelero; un carabinero lo acompaña al cuertel. Pero la máquina ha funcionado bien. No ha dejado rastros.

Miro las llamas; voraces lenguas corren por los envigados; una fuerte explosión sacude el ascua crepitante; un tarro de alcohol, probablemente.

Siento que me invade salvaje alegría. Esto es el fin. Y el comienzo.

Ahora puedo irme. Sin remordimientos. Mi farmacia era el eslabón que me unía al sufrimiento de

este medio. Roto él, estoy libre. Una esperanza profunda me alliviana el corazón.

Volveré a Temuco. Volveré, no sé por cuanto tiempo, a la vieja casa de mi infancia, junto a mi madre. Al pequeño cuarto en que trascurrieron mis años adolescentes, mis sueños liceanos.

Después... no sé. No sé hacia dónde me llevará la vida.

La calle se va poblando de fantasmas: el juez Walter, Sebastián Elgueta, "Pata de Huasca"... Sombras oscuras, indecisas, que quedaron atrás.

Lalo se me acerca. El gesto taciturno se ha tornado sombrío. Trae algo en las manos.

—Señor... no pude salvar nada, sino ésto... ¿Qué haremos ahora, señor...?

—Aun no lo sé... pero no te atormentes ¡Te irás conmigo!

Echó una ojeada sobre lo que me tiende el muchácho. Es el cajoncillo del dinero, con la venta del día. Reviso el contenido: catorce pesos. Es bastante para llegar hasta Temuco.

¿Y ésto?... La carta de Solveig.

Una saeta lancinante me clava el corazón. Vuelvo a escuchar la voz de Aliro: "—Es la vida, viejo..."

"Solveig... Solveig, cálido sueño de mi juventud. Saldrá a buscarte por el ancho mundo. Por las ásperas rutas del dolor y la vida. Nunca habré de encontrarte, es cierto. Pero no importa. Siempre te buscaré... Y cuando quiera verte, cerraré los ojos. Ahí estarás, dentro de mí... Mi pequeña flor, extraña y valerosa..."

FIN

CONCEPCION, Agosto de 1944-Abril de 1945.

Este libro se terminó de imprimir en la "Tipografía Chilena", Agustinas 1627, Santiago, el día 24 de diciembre de 1947. La portada fué ejecutada por el pintor chileno Roberto Márquez. El autor agradece en forma muy especial la contribución económica que para esta publicación prestó el Honorable Consejo de Protección a la Producción Artística, Científica y Literaria, dependiente del Ministerio de Educación, y compuesta por los señores: Alberto Romero, Ernesto Galliano, Ricardo A. Latcham, Angel Cruchaga Santa María y Jorge Alfaro Ramírez.

Este libro ha sido entapado por

"DILIBROS"

Casilla 1418 -- Santiago.